

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIV

Nº3

MARZO 2011



**NUESTRA PORTADA:**

***RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE***

Retablo de San Miguel. Siglo XVIII. Madera policromada. Francisco de Castro Canseco.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIV

Marzo 2011

Nº 3

## SUMARIO

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos y defunciones ..... 233

Vicaría General

Carta de la Congregación para las Iglesias Orientales relativa a la Colecta del Viernes Santo  
dirigida al Vicario General..... 235

Vicaría para los Asuntos Económicos

Criterios para a asignación do sustento do clero e presupostos para o ano 2011

Fondo Común Diocesano: Criterios para a asignación do sustento do clero ..... 237

Fondo Común Diocesano: Presuposto para o ano 2011 ..... 242

Fondo Xeral: Presuposto para o ano 2011 ..... 243

Colecta Pontificia “Pro Locis Sanctis” (Pro Santos Lugares) ..... 246

### IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Declaración de reconocimiento recíproco del Bautismo entre la Conferencia Episcopal Española  
y la Iglesia Española Reformada Episcopal..... 253

Discurso Inaugural del Card. Antonio M<sup>a</sup> Rouco, presidente de le CEE, en la XCVII Asamblea  
Plenaria de la CEE ..... 258

Palabras de Salutación del Nuncio, Mons. Renzo Fratini, a la XCVII Asamblea Plenaria ..... 271

Mensaje a los jóvenes invitándoles a la Jornada Mundial de la Juventud ..... 274

Nota de prensa final de la XCVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española..... 277

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus ..... 285

Audiencias generales ..... 291

Cartas..... 306

Discursos..... 313

Homilias ..... 338

Mensajes ..... 346

Santa Sede

Intervención de Mons. Silvano M. Tomasi, Observador permanente de la Santa Sede ante la  
Oficina de las Naciones Unidas, en el XVI Periodo de Sesiones del Consejo de Derechos  
Humanos sobre la Libertad Religiosa. Ginebra, 2 de marzo de 2011 ..... 350

### CRÓNICA DIOCESANA

Marzo..... 355





# IGLESIA DIOCESANA

---



---

## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha 1 de marzo de 2011, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **Rvdo. Sr. D. José Blanco Dopazo** como Administrador parroquial de Santa María de Tamaguelos y del **Rvdo. Sr. D. Manuel Gómez Cid** como Administrador parroquial de Santa María de Tamagos y San Martín de Mourazos.

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. D. Felisindo Rodríguez Fernández, párroco de Santa María de Tamaguelos.** Falleció el día 25 de enero de 2011. Había nacido en el 16 de octubre de 1933 en Dozón, provincia de Pontevedra, Diócesis de Lugo. Realizó sus estudios en el Seminario de Ourense y se ordenó sacerdote el 23 de marzo de 1959. Ejerció el ministerio excepto durante el curso 1959-1960, que fue coadjutor de la parroquia de Fátima en el barrio de O Couto de la ciudad de Ourense, desde 1960 en las parroquias de Santa María de Tamaguelos, Santa María de Tamagos y San Martín de Mourazos, hasta su fallecimiento, durante un breve período de tiempo fue coadjutor de Santa Cruz de San Cibrao.

+ **Rvdo. Sr. D. Antonio Hermida Armada, ex Párroco de San Cristobo de Cea.** Falleció el día 28 de febrero de 2011. Había nacido en Cartelle el 20 de diciembre de 1921 y fue ordenado sacerdote en Ourense el 11 de enero de

1948. Realizó su ministerio sacerdotal en las siguientes parroquias entre 1948 y 1954 en San Salvador de Vilamaior da Xironda y Santa María de San Millán, el año 1954 fue destinado a San Cristobo de Cea. Los años 1956 a 1959 estuvo destinado en San Miguel de Lobios y San Martín de Arauxo. El 6 de octubre de 1959 fue nombrado párroco de San Cristobo de Cea, donde permaneció hasta su jubilación.

**+ Rvdo. Sr. D. Emilio Rafael Crespo González, ex Párroco de San Vicente de Reádegos.** Falleció el día 10 de marzo de 2011. Había nacido en San Salvador de Castro Dozón, provincia de Pontevedra y Diócesis de Lugo, el 16 de julio de 1933, realizó sus estudios en el Seminario de Ourense, siendo ordenado sacerdote el 29 de julio de 1957. Ejerció su labor pastoral en los siguientes destinos: desde 1957 a 1959 fue coadjutor de Santiago de las Caldas, en octubre de 1959 fue nombrado párroco de Santa María la Real de Oseira, donde permaneció hasta 1966, cuando fue nombrado párroco de San Martín de Valongo y administrador de San Verísimo de Refoxos; el 1 de octubre de 1990 fue nombrado párroco de San Vicente de Reádegos y administrador de Santa Eulalia de León, San Cipriano de Armental y Santa Marina de Albán.



## VICARÍA GENERAL

## Carta de la Congregación para las Iglesias Orientales relativa a la Colecta del Viernes Santo dirigida al Vicario General.

### CONGREGATIO PRO ECCLESIIS ORIENTALIBUS

Reverendísimo Señor:

Recordar la Colecta del Viernes Santo significa referirse a un compromiso que se remonta hasta la época apostólica. Lo atestigua San Pablo, escribiendo a los cristianos de la Galacia: *nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que procuré yo cumplir con mucha solitud (2, 10)*. Y lo confirma escribiendo a los hermanos de Corinto y de Roma (*1 Cor 16; 2 Cor 8-9; Rm 15*): *han tenido a bien hacer una colecta a beneficio de los pobres de entre los santos de Jerusalén (Rm 15, 26)*.

La Tierra Santa confía en la fraternidad de la Iglesia universal y desea corresponder a ella comunicando la experiencia de gracia y de dolor que marca su camino. Quiere reconocer, ante todo, la gracia del Sínodo de los Obispos para el Medio Oriente y de la Visita Papal a Chipre. Estos acontecimientos han aumentado el interés del mundo y el nuevo aflujo de tantos peregrinos sobre las huellas históricas del Señor Jesús. Pero siente también el dolor provocado por el incremento de las violencias contra los cristianos en las regiones orientales, cuyas consecuencias se manifiestan intensamente en Tierra Santa. Los cristianos de Oriente experimentan la

actualidad del martirio y sufren por la inestabilidad o por la ausencia de paz. La señal más preocupante sigue siendo su imparable éxodo. Y, en efecto, algún signo positivo en ciertas situaciones, no resulta suficiente para invertir la dolorosa tendencia de la emigración cristiana, que empobrece toda el área al quedar privada de sus fuerzas más vitales, constituidas por las generaciones jóvenes.

Por ello nos corresponde unirnos al Santo Padre para animar a los cristianos de Jerusalén, Israel y Palestina, de Jordania y de los Países orientales circunstantes, con sus mismas palabras: *Nunca debemos resignarnos a la falta de paz. La paz es posible. La paz es urgente. La paz es la condición indispensable para una vida digna de la persona humana y de la sociedad. La paz es también el mejor remedio para evitar la emigración de Oriente Medio* (Benedicto XVI en la homilía conclusiva del Sínodo de Medio Oriente – 24-10-2010).

La presente llamada a la Colecta se inscribe en la causa de la paz, a la que los hermanos y las hermanas de Tierra Santa quieren servir como instrumentos eficaces en las manos del Señor, para bien de todo el Oriente.

Esta llamada, que llega al inicio del itinerario cuaresmal hacia la Pascua, podrá encontrar su punto culminante en el Viernes Santo, o bien en alguna ocasión considerada más favorable según las circunstancias locales. Pero, en todo caso, la Colecta sigue siendo en todas partes la vía ordinaria e indispensable para promover la vida de los cristianos en aquella amada Tierra.

La Congregación para las Iglesias Orientales se hace portavoz de las necesidades pastorales, educativas, asistenciales y caritativas de sus Iglesias. Gracias a la solidaridad universal, estas Iglesias permanecerán arraigadas en los sufrimientos y en las esperanzas de sus respectivos pueblos, creciendo en la colaboración ecuménica e interreligiosa. Darán gloria a Dios y defenderán los derechos y deberes de cada persona y de las comunidades, comenzando por el derecho al ejercicio personal y público de la libertad religiosa. Se pondrán al lado de los pobres, s'n ningún tipo de distinción, contribuyendo a la promoción social del Medio Oriente. Y, sobre todo, vivirán las bienaventuranzas evangélicas en el perdón y en la reconciliación.

El Papa Benedicto nos invita, sin embargo, a ir más allá incluso del gesto -ciertamente digno de alabanza- de la ayuda concreta. La relación debe hacerse aún más intensa, hasta lograr la posesión de una "espiritualidad anclada en la Tierra de Jesús": *Por tanto, cuanto más vemos la universalidad y la unicidad de*

*la persona de Cristo, tanto más miramos con gratitud aquella Tierra, en la que Jesús ha nacido, ha vivido y se ha entregado a sí mismo por todos nosotros. Las piedras sobre las que ha caminado nuestro Redentor están cargadas de memoria para nosotros y siguen "gritando" la Buena Nueva. (...) todos los cristianos que viven en la Tierra de Jesús, testimoniando la fe en el Resucitado (...) están llamados no sólo a servir como «un faro de fe para la Iglesia universal, sino también como levadura de armonía, sabiduría y equilibrio en la vida de una sociedad que tradicionalmente ha sido, y sigue siendo, pluralista, multiétnica y multirreligiosa» (Exhortación postsinodal Verbum Domini, 89).*

Doy las gracias en nombre del Santo Padre a los pastores y a los fieles de la Iglesia entera, con la firme confianza de que confirmarán una vez más su generosidad. Este agradecimiento es un "gracias" sincero que expresan juntamente la Iglesia latina, reunida en la Diócesis Patriarcal de Jerusalén y en la Custodia Franciscana, y las Iglesias Melquita, Maronita, Siria, Armenia y Caldea, que componen unidas la Iglesia católica en Tierra Santa.

Con la fraterna expresión de los mejores deseos en Cristo Jesús.

Leonardo Card. Sandri  
*Prefecto*

+ Cyril Vasil', S.I.  
*Arzobispo Secretario*

---

## VICARÍA PARA LOS ASUNTOS ECONÓMICOS

### Criterios para a asignación do sustento do clero e presupostos ano 2011

#### FONDO COMÚN DIOCESANO

#### I. CRITERIOS PARA A ASIGNACIÓN DO SUSTENTO DO CLERO - ANO 2011

##### 1. Cantidade base

Os sacerdotes con dedicación á pastoral parroquial ou diocesana, recibirán unha cantidade de 745€ mensuais.

##### 2. Mínimo a recibir

Considérase como cantidade mensual mínima a recibir por cada sacerdote en activo da Diocese 1.000 € BRUTOS, incluíndo tódolos complementos, donativos por asistencia a funerais, ingresos netos por destros, reitorais, santuarios, capelas, pensión gratuíta, se a hai, e todos aqueles outros donativos ou honorarios que reciba pola súa condición sacerdotal, excepto desprazamentos e estipendios de Misas.

Se un sacerdote non chegase á cantidade de 1.000 €, poderá solicitar por escrito que se lle complemente a súa asignación, ata acadalos mencionados 1.000 €, da Administración Diocesana, acompañando a documentación que o acredite.

##### 3. Rebaixas na cantidade base

Todo sacerdote que reciba nómina de entidades distintas da Diocese de Ourense, e realice traballos, pastorais ou non, non contemplados na devandita nómina, verá diminuída a súa asignación de 745 € nunha cantidade igual ó 75% do que pasen de 745 € os ingresos netos que reciba das outras entidades, ben en metálico, ben en especie, en tanto sexa posible realizar esta dedución. O 25% restante considérase como compensación á responsabilidade e/ou gravosidade do traballo remunerado. En todo caso, os complementos por encargos de parroquias ou por desprazamentos e os estipendios de misas non se terán en conta ós efectos deste criterio.

##### 4. Aportacións extraordinarias

As aportacións extraordinarias serán equivalentes as aportacións mensuais, e serán dúas.

### 5. Complemento de xubilación

a) Os sacerdotes xubilados que non reciban unha pensión de xubilación superior a 745 €, recibirán un donativo mensual de 315 €. Para recibir este complemento teñen que remitir á Administración Diocesana documento que acredite a contía da súa pensión.

b) Os sacerdotes xubilados que perciban unicamente a pensión de xubilación que corresponde ós sacerdotes que recibiron aportación para o seu sustento soamente por tarefas pastorais, e estean impedidos para celebrar ou concelebrala Eucaristía recibirán, se os seus ingresos non son suficientes, un donativo complementario equivalente ó que percibirían polo estipendio de 30 misas, ademais do establecido no apartado a) deste número 5.

c) Os sacerdotes xubilados que perciben pensión de xubilación superior á mínima establecida recibirán un donativo igual a 315 € menos o 75% do que exceda de 745 € a contía da súa pensión. Para recibir este complemento deberán xustificar documentalmente a pensión que reciben.

### 6. Parroquias de menos de mil habitantes

a) O sacerdote non xubilado do que ningunha das parroquias que atende teña máis de mil habitantes, pero algunha delas teña máis de cincocentos, e non perciba nómina de entidade distinta da Diocese de Ourense, recibirá un donativo mensual de 37,25 €.

b) O sacerdote non xubilado que non atenda ningunha parroquia de máis de cincocentos habitantes, e non perciba nómina de entidade distinta da Diocese de Ourense, recibirá un donativo mensual de 49.50 €.

### 7. Encargos de parroquias

Os sacerdotes con máis dunha parroquia ó seu cargo percibirán polas parroquias distintas da titular:

- 21,00 € polo primeiro encargo
- 26.00 € polo segundo encargo
- 31.00 € por cada un, polo terceiro encargo e seguintes.

Se un sacerdote realiza outro traballo, pastoral ou non, distinto do encargo de parroquias, e, debido á aplicación do criterio nº 3, non percibira nada da Diocese

de Ourense, se ten o encargo dunha ou máis parroquias, aplicaráselle este criterio nº 7 xa desde a primeira parroquia que atende. Igualmente se lle aplicará o criterio nº 8 para os desprazamentos a segundo e sucesivos encargos.

### 8. Desprazamentos a parroquias de encargo

Contabilizaranse os desprazamentos desde a parroquia titular.

Abonarase unha axuda equivalente a 10 viaxes ó mes a cada parroquia de encargo a razón de 0,31€ quilómetro.

Se un sacerdote non pode residir en ningunha das parroquias a seu cargo, ben por non dispoñer de vivenda, ben por razón de outros ministerios encomendados polo Señor Bispo, abonaráselle os desprazamentos segundo este criterio, e, ademais, a axuda incluírá outros 10 viaxes mensuais dende o seu lugar de residencia ata a parroquia máis próxima.

### 9. Sacerdotes enfermos

O Señor Bispo estudará cada caso particular para asignar o complemento que necesiten.

### 10. Curia Diocesana

Os sacerdotes que exercen algunha función na Curia Diocesana recibirán 21.32 € por hora semanal traballada de forma habitual. Os Vicarios Episcopais recibirán, como mínimo, un complemento de 426.40 € mensuais.

### 11. Desprazamentos de membros de organismos diocesanos

Polos desprazamentos realizados en razón do cargo diocesano ou por pertencer a organismos diocesanos, percibirán unha axuda equivalente a 0,26 € por quilómetro, ademais dos gastos de aloxamento e comida. Tamén percibirán unha axuda equivalente a 0,26 € por quilómetro os desprazamentos realizados por un sacerdote a quen dende a Vicaría de Pastoral se lle encomende provisionalmente algún servizo pastoral.

### 12. Depósitos de reitorais ou destros

O sacerdote que é párroco ou administrador dunha parroquia da que a reitoral ou destros teñen depósito na Administración da Diocese, recibe,

anualmente, o 2 % da cantidade depositada; a cantidade a cobrar nunca excederá os 800 € euros e debe cobrala nos dous primeiros meses do ano seguinte.

As cantidades non cobradas neste tempo pasan ó Fondo Común Diocesano, igual que a cantidade que supere os 800 €. Se o capital é inferior a 50 € non cobra nada. O percibido por este concepto débese computar, dividido en doce partes, para o mínimo de 1.000 €.

### 13. Santuarios , Capelas e Festas Patronais

Da cantidade bruta recollida en Santuarios , Capelas ou Festas Patronais:

- o 10% destínase ó sacerdote administrador, ata un máximo de 800 €;
- outro 10% destínase ó Fondo Común Diocesano, sempre que, e o mesmo no caso do sacerdo-te administrador, a cantidade neta recollida dea un saldo positivo;
- o resto, deducidos gastos, deposítase na Administración Diocesana a nome do Santuario, Capela ou Parroquia.

Igual que nos outros depósitos, o percibido de Santuarios, Capelas ou Festas Patronais, dividido entre doce, compútase para o mínimo de 1.000 €.

### 14. Sacerdotes diocesanos desprazados realizando estudos

Os sacerdotes diocesanos desprazados, realizando estudos por encargo da Diocese, recibirán, ademais da cantidade base de 745 € mensuais, dúas aportacións extraordinarias de 745 € e as cantidades necesarias para o pago dos gastos de hospedaxe e manutención e unha viaxe de ida e volta por trimestre escolar ó lugar onde realizan os estudos.

### 15. Diáconos na etapa pastoral

Os diáconos da Diocese na etapa pastoral recibirán mensualmente un complemento de 745 € en concepto de pensión e dúas gratificacións anuais de 745 € para gastos persoais.

Se, por circunstancias imprevistas, a cantidade anterior non fora suficiente para cubri-los gastos de pensión, o Señor Bispo, en cada caso, estudará a solución.

## 16. Arciprestados

Tódolos arciprestados da Diocese recibirán, en dúas entregas de 373 € cada unha, 746 €, que se entregarán ós señores arciprestes nos meses de xuño e decembro do ano 2011 para cubrir gastos de funcionamento do arciprestado comarcal. Para recibir estas cantidades, será preceptivo ter mandado á Administración Diocesana a xustificación detallada dos gastos do arciprestado no semestre correspondente, aprobada polos participantes no arciprestado reunidos. As cantidades non cobradas nos meses indicados, pasarán ó Fondo Común Diocesano.

### **Notas para cubri-lo impreso de aportacións ó F.C.D.**

1. As aportacións deben facerse efectivas antes do 10 de xaneiro do 2012.
2. A aportación do % de Ingresos Parroquiais refírese a tódolos ingresos que, por calquera concepto, se realicen na parroquia, excepto as Colectas de Xornadas Misioneras, a da Campaña contra a Fame e a do Seminario. Tampouco se inclúen as de ámbito parroquial feitas cun fin puntual “extraordinario”. O tanto por cento fixado é o 10.5 %.
3. A aportación do “Día da Igrexa Diocesana” deberá equivaler, polo menos, a 0,37 € por habitante e ano en cada parroquia.
4. Lémbrese a normativa sobre estipendios no referente á aportación por estipendios de binacións. (Ver “Boletín Oficial del Obispado de Ourense”, xaneiro de 1995, páx.17 ss.).
5. No que se refire á porcentaxe de ingresos persoais, debe terse en conta o que sigue:
  - a) O cálculo da aportación persoal mensual faise SOBRE OS INGRESOS NETOS.
  - b) Non se contabilizan como ingresos:
    - estipendios de misas
    - complementos por quilometraxe
    - bens ou rendas patrimoniais do sacerdote.

c) Poden deducirse os gastos de desprazamento ó lugar de traballo se non se abonan como axuda por desprazamentos.

**Aportación mensual por ingresos persoais - baremo para o ano 2010**

.Ata 1.000.00 €.....	1 %
.De 1.000.01 € a 1.100.00 € .....	1,5 %
.De 1.100.01 € a 1.200.00 € .....	2 %
.De 1.200.01 € a 1.300.00 € .....	2,5 %
.De 1.300.01 € a 1.400.00 € .....	3 %
.De 1.400.01 € a 1.500.00 € .....	3,5 %
.De 1.500.01 € a 1.600.00 € .....	4 %
.De 1.600.01 € a 1.700.00 € .....	5 %
.De 1.700.01 € a 1.800.00 € .....	6 %
.De 1.800.01 € a 1.900.00 € .....	7 %
.De 1.900.01 € a 2.000.00 € .....	8 %
.De 2.000.01 € a 2.100.00 € .....	9 %
.De 2.100.01 € a 2.200.00 € .....	10 %
.De 2.200.01 € a 2.300.00 € .....	11 %
.De 2.300.01 € a 2.400.00 € .....	12 %
.De 2.400.01 € a 2.500.00 € .....	13 %.
De 2.500.01 € en diante.....	14 %

**FONDO COMÚN DIOCESANO**

**II. PRESUPUESTO PARA O 2011**

**GASTOS**

Aportación a gastos Obispado.....	50.000,00 €
Aportación ó Fondo Común Interdiocesano.....	64.000,00 € ..... 114.000,00 €

**APORTACIONES FIXAS A CLERO**

Sustento clero activo .....	1.200.000,00 €
Axudas a sacerdotes para estudos e vivenda .....	60.000,00 €
Donativos a sacerdotes xubilados .....	875.000,00 €
Complemento por número de habitantes.....	20.000,00 €
Complemento por número de parroquias .....	200.000,00 € .... 2.355.000,00 €



SACERDOTES ENFERMOS

Aportacións gastos, consultas, intervencións .....30.000,00 €  
 Seguro hospitalización ACUNSA.....60.000,00 € ..... 90.000,00 €

GASTOS ARCIPRESTADOS .....20.900,00 € ..... 20.900,00 €

DESPLAZAMENTOS ATENCIÓN PASTORAL

A Parroquias de encargo.....250.000,00 €  
 para asistencia a reunións Órganismos Diocesanos..... 10.000,00 € ..... 260.000,00 €

GREGORIANAS SOCIOS MONTEPIÓ .....5.000,00 € ..... 5.000,00 €

DISPOSICIÓN SEÑOR BISPO PARA NECESIDADES DIOCESE

36.000,00 € ..... 36.000,00 €

SEGURIDAD SOCIAL CLERO .....280.000,00 € ..... 280.000,00 €

**TOTAL GASTOS..... 3.160.900,00 €....3.160.900,00 €**

**INGRESOS**

FONDO COMÚN INTERDIOCESANO .....2.821.831,00 € .... 2.821.831,00 €

APORTACIONES COLECTAS

Colectas Xerais e Parroquiais.....55.000,00 €  
 Festas en Santuarios, Capelas e Parroquias ..... 15.000,00 € ..... 70.000,00 €

APORTACIONES PERSOAIS

Estipendios de binacións de misas.....30.000,00 €  
 % de ingresos persoais.....100.000,00 €  
 Misas ad mentem Episcopi ..... 50.000,00 € ..... 180.000,00 €

Déficit previsto .....89.069,00 € ..... 89.069,00 €

**TOTAL INGRESOS..... 3.160.900,00 €....3.160.900,00 €**

**FONDO XERAL**

**III. PRESUPUESTO PARA O 2011**

**GASTOS**

**Gastos ordinarios**

Reparacións ordinarias .....40.000,00 €  
 Servizos de profesionais.....75.000,00 €  
 Primas de Seguros .....61.000,00 €  
 Suministros .....45.000,00 €  
 Mantementos.....220.000,00 €  
 Gastos de funcionamento .....2.000,00 €

Celebracións e obsequios .....	2.500,00 €	
Comunicacións .....	125.000,00 €	
Biblioteca, publicac. E actividades culturais .....	50.000,00 €	
Outros varios .....	20.000,00 €	.....640.500,00 €
<b>Gastos de persoal .....</b>	<b>450.000,00 €</b>	<b>.....450.000,00 €</b>

**Actividades Pastorais**

Gastos de organismos diocesanos .....	12.000,00 €	
Desprazamentos Curia .....	25.000,00 €	
Vicaría de Pastoral .....	45.000,00 €	
Delegación de Vocacións .....	15.000,00 €	
Apostolado Segrar		
Delegación.....	1.000,00 €	
Infancia .....	1.500,00 €	
Delegación Xuventude.....	3.000,00 €	
Movementos Apostólicos		
ACI .....	1.500,00 €	
MXAC.....	3.000,00 €	
Cursiños de Cristiandade.....	3.000,00 €	.....13.000,00 €
Delegación de Familia		
Cent.Orientación Familiar.....	8.000,00 €	
Delegación.....	3.500,00 €	.....11.500,00 €
Delegación de Pastoral da Saúde .....	2.500,00 €	
Delegación de Ensino .....	2.700,00 €	
Delegación de Catequese .....	2.500,00 €	
Delegación de Pastoral Universitaria .....	500,00 €	
Delegación de Ecumenismo .....	500,00 €	
Delegación de Liturxia .....	3.000,00 €	
Actividade Caritativa e Social .....	30.000,00 €	
Migracións .....	500,00 €	
Delegación Causas dos Santos .....	500,00 €	
Delegación de Medios de C. S. ....	5.000,00 €	
Delegación de Vida Consagrada .....	1.000,00 €	
Delegación de Patrimonio .....	1.000,00 €	
Vicaría para o Clero .....	15.000,00 €	
Vicaría Xudicial .....	2.500,00 €	
Disposición Sr. Bispo .....	36.000,00 €	.....222.200,00 €

**Gastos financeirosiros**

Efectivo de Persoas .....	30.000,00 €	
Efectivo de Parroquias .....	21.000,00 €	
Fábrica de Templos .....	38.000,00 €	
Depósitos de Reitorais .....	44.000,00 €	
Xestión e mantem. Entidades financeiras .....	60.000,00 €	
Financiación - Amortización Créditos .....	250.000,00 €	.....443.000,00 €

**Aportación á Comunidade Diocesana**

Para Conservación de Templos .....	300.000,00 €
Para Conservación de Reitorais .....	350.000,00 €

Para a Casa Diocesana de Exercicios .....	30.000,00 €	
Para Casa da Igrexa .....	15.000,00 €	.....695.000,00 €
<b>Aportación á Provincia Eclesiástica</b> .....	3.700,00 €	
Secretaría Xeral da Provincia Eclesiástica .....	900,00 €	.....4.600,00 €
<b>Aportación á Igrexa Universal</b>		
Óbolo de San Pedro .....	20.000,00 €	
Axuda á Sé Apostólica (Canon 1271) .....	10.000,00 €	
Fondo Nueva Evangelización C. E. E. ....	3.000,00 €	.....33.000,00 €
<b>TOTAL GASTOS</b> .....	<b>2.488.300,00 €</b>	<b>.... 2.488.300,00 €</b>

## INGRESOS

Aranceis Curia .....	15.000,00 €	
De Fondo Común Interdiocesano .....	1.089.356,00 €	
Colecta “Día Igrexa Diocesana” .....	80.000,00 €	
De Boletín Oficial do Bispado .....	10.000,00 €	
Folla Comunidade .....	10.000,00 €	
De servizo de reprografía .....	5.000,00 €	.....1.209.356,00 €
De arrendamentos .....	650.000,00 €	
De Granxa de Couso .....	75.000,00 €	
Donativos para Asistencia Social .....	5.000,00 €	
De rendementos financeiros .....	300.000,00 €	
Donativos Institucionais e Subvencións .....	100.000,00 €	.....1.130.000,00 €
Déficit previsto .....	148.944,00 €	.....148.944,00 €
<b>TOTAL INGRESOS</b> .....	<b>2.488.300,00 €</b>	<b>.... 2.488.300,00 €</b>

## Previsión de inversións extraordinarias a realizar no 2011

Templo Parroquial de San Pío X de Ourense .....	200.000,00 €	
Centro Xeriátrico para Sacerdotes Maiores e outros no Seminario Maior.....	500.000,00 €	
<b>TOTAL</b> .....	<b>700.000,00 €</b>	

Crterios e Presupostos aprobados polo Consello de Asuntos Económicos o día 27 de decembro de 2010.

O Sr.Vicario Episcopal para Asuntos Económicos.

Vº Bº do Excmo. e Rvdmo. Sr. D. Luis Quinteiro Fiúza  
Bispo de Tui-Vigo  
Administrador Apostólico de Ourense

## COMISARÍA DE TIERRA SANTA

## Colecta Pontificia “Pro Locis Sanctis” (Pro Santos Lugares)

Viernes Santos 2010.

## PARROQUIAS

Parroquia	Titular	Cantidad
Abeleda.....	San Vicente.....	100,00 €
Allariz.....	Santiago.....	100,00 €
Arcos.....	Sta. Maria.....	70,00 €
Armariz.....	San Salvador.....	100,00 €
Astureses.....	San Julián.....	80,00 €
Belle.....	Sta Marta.....	31,92 €
Boveda de Amoeiro.....	San Pelagio.....	20,00 €
Cambeo.....	San Esteban.....	25,00 €
Campo.....	San Miguel.....	35,00 €
Carballiño.....	San Cibrao e Vera Cruz.....	225,00 €
Cea.....	San Cristobo.....	62,00 €
Coles.....	San Xoan.....	30,00 €
Corbillón.....	Santa Maria.....	60,00 €
Faramontaos.....	San Xes.....	20,00 €
Francelos.....	Sta Maria Magdalena.....	100,00 €
Fustás.....	San Lourenzo.....	15,97 €
Grixó.....	Sta. Isabel.....	20,00 €
Gudiña (A).....	Bto Sebastián de Aparicio.....	200,00 €
Gual.....	San Martiño.....	15,00 €
Guia.....	Sta Maria.....	15,60 €
Gustei.....	Santiago.....	45,00 €
Laza.....	San Xoán.....	75,00 €
Lodoselo.....	Sta. Maria.....	78,60 €
Manin.....	San Salvador.....	72,50 €
Melias.....	San Miguel.....	30,00 €
Moreiras.....	San Pedro.....	66,40 €
Ourense.....	Sta Eufemia la Real del Norte.....	540,00 €
Ourense.....	Cristo Rey.....	126,00 €
Ourense.....	Santísima Trinidad.....	340,00 €
Ourense.....	Donativos anónimos.....	100,00 €
Ourense.....	A Asunción de Nsa Señora.....	120,00 €

Ourense.....	María Auxiliadora .....	515,00 €
Ourense.....	A Milagrosa.....	105,00 €
Ourense.....	Sta. Teresita .....	75,00 €
Ourense.....	Nsa. Sra. De Fátima .....	275,00 €
Ourense.....	Sgdo. Corazón .....	165,00 €
Ourense.....	Igrexa Catedral.....	450,00 €
Ourense-Caldas .....	Santiago .....	230,32 €
Ourense-Centro .....	Sta. Eufemia.....	200,00 €
Ourense-Pino .....	Santa Ana.....	80,00 €
Ourense-Vistahermosa.....	San Xosé .....	100,00 €
Ourense-Cabeza de Vaca....	San Benito .....	44,00 €
Pao .....	Sta Maria .....	34,90 €
Piñor .....	San Lourenzo .....	75,00 €
Prexigueiró .....	San Salvador.....	90,00 €
Quintwla de Leirado.....	San Paulo .....	19,79 €
Rabal .....	San Salvador.....	20,00 €
Rante.....	Santo André .....	11,00 €
Ribadavia.....	San Domingos .....	65,00 €
Rubias de Ramirás .....	Santiago .....	41,00 €
San Cibrao de Viñas .....	San Ildefonso .....	15,00 €
Siabal.....	San Lourenzo .....	15,00 €
Torneiros .....	San Miguel.....	25,00 €
Toubes.....	Santiago .....	20,00 €
Trelle .....	Sta Maria .....	15,23 €
Valenza .....	San Bernabé .....	310,50 €
Verín .....	Sta Maria a Maior .....	100,00 €
Vilameá .....	Sta. Maria .....	17,00 €
Vilar de Ponte Ambía .....	Sta Maria .....	50,00 €
Xunqueira de Ambía.....	Sta Maria La Real.....	100,00 €
Xurenzas.....	San Pedro.....	20,00 €
<b>TOTAL COLECTA PARROQUIAS.....</b>		<b>6.202,73 €</b>

## COMUNIDADES RELIGIOSAS

Ourense.....	Franciscanos.....	620,00 €
Ourense.....	Comunidad Religiosas (Anónima) ...	1.500,00 €
Ribadavia.....	Clarisas Franciscanas .....	148,31 €
<b>TOTAL COMUNIDADES RELIGIOSAS.....</b>		<b>2.268,31 €</b>

**DIÓCESIS DE OURENSE - TOTAL COLECTA 2011**

PARROQUIAS.....	6.202,73 €
Comunidades Religiosas.....	2.268,31 €
<b>TOTAL GENERAL.....</b>	<b>8.471,04 €</b>

En nombre de la Custodia de Tierra Santa agradecemos la generosidad con la que las diversas Parroquias y Comunidades Religiosas han participado en esta Colecta Pontificia para el mantenimiento de los Santos Lugares y de la Comunidad Cristiana de Tierra Santa.









# IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### **CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

#### **Declaración de reconocimiento recíproco del Bautismo entre la Conferencia Episcopal Española y la Iglesia Española Reformada Episcopal** *“Confesamos un solo bautismo para el perdón de los pecados”*

1. La “Conferencia Episcopal Española” y la “Iglesia Española Reformada Episcopal”, asociada con su propia identidad eclesial a la Comunión Anglicana, conscientes de que el bautismo común es el primero y principal vínculo que une a los cristianos y que puede ayudarles a superar las divisiones que todavía los separan [1], no han dejado de alentarse al recíproco reconocimiento del bautismo. Lo hacen siguiendo las pautas del diálogo teológico anglicano-católico, reconociendo “con agradecimiento nuestra fe común en Dios nuestro Padre, en nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo, y nuestro bautismo común en la única Iglesia de Dios” [2]

Lo hacen asimismo conforme a la doctrina de la Iglesia, que reconoce desde los tiempos apostólicos la legitimidad del único bautismo válidamente administrado. Conscientes asimismo de que el diálogo ecuménico ha ayudado a afianzar la convicción del carácter fundamental del bautismo en la obra de la edificación de la Iglesia [3], al reconocer recíprocamente el bautismo que los une en Cristo, quieren dar

cumplimiento a las recomendaciones de que este reconocimiento goce de una expresión autorizada [4].

#### **Significado del bautismo**

2. La única Iglesia, nacida del costado de Cristo dormido en la cruz [5], se manifiesta en el único bautismo, que eleva al hombre a la vida sobrenatural y por ello es llamado nuevo nacimiento (cf. *Jn 3,3*), fundamento de toda la vida cristiana y pórtico de la vida en el espíritu que abre el acceso a la participación eucarística [6]. El bautismo “es la incorporación a Cristo, el Crucificado y el Resucitado; es la entrada en la Alianza Nueva entre Dios y su pueblo” [7] mediante el cual los bautizados adquieren la común dignidad de cristianos y se incorporan a la comunidad de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo y templo del Espíritu Santo.

3. Nuestro Señor Jesucristo conoció un bautismo practicado como medio de purificación ritual, y acudió a las aguas del río Jordán para ser bautizado por Juan, su Precursor, siendo señalado por él como “el cordero de Dios que quita el

pecado del mundo” (*Jn* 1,29). “El que no cometió pecado” (*1 Pe* 2,21) quiso descender al agua para significar el lavado de nuestras impurezas, “cargando sobre sí nuestros pecados” (*1 Pe* 2,24).

4. Por el bautismo le es dado al cristiano participar sacramentalmente en la muerte y resurrección de Jesucristo, muriendo a todo pecado, original y personal, y resucitando a una vida nueva; de suerte que por el bautismo los cristianos son sumergidos en la muerte liberadora de Cristo y, crucificado con Cristo el «viejo Adán», y vencido el poder del pecado, los bautizados ya no son esclavos del pecado, sino libres, para que, totalmente identificados con la muerte de Cristo y sepultados con él, reciban, aquí y ahora, una nueva vida por el poder de su resurrección (*Rom* 6,3-11; *Col* 2,13; 3,1; *Ef* 2,5-6) [8]. Este sacramento del bautismo, que siempre invita a una conversión constante, es mandato de Jesucristo, que después de su resurrección envió a sus apóstoles a evangelizar bautizando para la salvación: “Id por todo el mundo y proclamad a todos la buena noticia. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, será condenado” (*Mc* 16,16; cf. *Mt* 28,19-20).

5. El bautismo, sin embargo, no está cerrado en sí mismo como acto sacramental, sino que constituye el inicio de la vida cristiana, dando cauce a su pleno desarrollo gracias al don del Espíritu Santo, que marca a los bautizados con su sello, e implanta en sus corazones la

prenda de su herencia en calidad de hijos e hijas de Dios [9]; y nutre la vida del cristiano, alimentando el desarrollo de la vida de gracia con el alimento de la palabra de Dios (cf. *Mt* 4,4) y del don sacramental del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, entregado por nosotros (cf. *Lc* 22,19-20; *1 Cor* 11,24ss).

6. Creado por Dios a su imagen y semejanza (*Gn* 1,26) y caído en el pecado por su desobediencia (*Rom* 5,19), por el bautismo el hombre es liberado del pecado original en el que ha nacido, recibe el perdón de todos los pecados personales y por la obediencia de Cristo, “a quien Dios entregó a la muerte por nuestros pecados y resucitó para ser nuestra salvación” (*Rom* 4,25), obtiene la salvación y recibe aquellos dones que por nuestra desobediencia habíamos perdido [10].

7. El bautismo significa el «paso» y realiza la «pascua» mediante la cual Dios misericordioso “nos ha trasladado del dominio de las tinieblas y nos traslada al reino de su Hijo querido del que nos viene la liberación y el perdón de los pecados” (*Col* 1,13), y nos ha despojado del hombre viejo y “revestido de la criatura nueva, creada a imagen de Dios en orden a una vida verdaderamente recta y santa” (*Ef* 4,22-24; *Col* 3,9-10) [11].

### **Administración del bautismo**

8. En obediencia al mandato de Cristo, la Iglesia, desde la época apostólica,

administró el bautismo como medio de salvación que Dios ofrece a los hombres (cf. *Hech* 2,38; 8,16; 10,48; 19,5). El mismo san Pablo fue bautizado (cf. *Hech* 9,18; 22,16), al igual que eran bautizados cuantos se convertían personalmente a Cristo, e incluso familias enteras, incluyendo los niños junto con los adultos (cf. *Hech* 16, 15; *1 Cor* 1,14-16). Esta doble práctica de la Iglesia apostólica fue seguida por la Iglesia antigua durante los primeros siglos, si bien el bautismo de adultos, que sigue a la profesión de fe, preparado por el catecumenado que conducía a él es la práctica común de modo general hasta la difusión del cristianismo dando curso normal al bautismo de niños [12].

9. La Iglesia administró el bautismo a los niños y defendió su legitimidad, afirmando la iniciativa de Dios en la liberación del pecado, que por su carácter universal (cf. *1 Tim* 2,4) alcanza también a los niños, que nacen también con “una naturaleza humana caída y manchada por el pecado original” [13]. El niño, en efecto, “nace en un mundo quebrado y participa de su ruptura”. De esta suerte, “los niños necesitan también el nuevo nacimiento del bautismo” [14]. Es por medio del sacramento de la regeneración por el agua y el Espíritu Santo como la promesa y exigencia del Evangelio se hacen realidad en los niños que son bautizados. Esta doble práctica del bautismo, de adultos y niños, por su propia legitimidad no es ni excluyente ni disyuntiva. El bautismo de niños

“subraya la fe de la comunidad y la que el niño comparte con sus padres” [15] y ha de desarrollarse con su ayuda y la de sus padrinos (padrino y/o madrina) [16].

### **Sobre la validez del bautismo**

10. La validez del bautismo depende del correcto empleo del agua y de las palabras que acompañan el acto bautismal, así como la intención del ministro de hacer aquello que hace la Iglesia al bautizar siguiendo el mandato de Cristo [17]; y la intención de quien pide el bautismo personalmente, si es adulto [18]; o de quienes presentan a un niño al bautismo. Como el bautismo es un lavado, es administrado con agua derramada sobre la cabeza del bautizando (bautismo por infusión), o mediante su inmersión en la fuente bautismal. Aunque la inmersión puede expresar la participación en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, ambas formas son plenamente válidas. La aspersión colectiva no garantiza la validez, por la dificultad de realizar plenamente el simbolismo bautismal, si bien la aspersión puede servir de evocación litúrgica del bautismo válidamente recibido [19]. Al elemento material del agua, se une para la validez la invocación trinitaria «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28,19) por parte de quien administra el bautismo [20].

11. «La fe insuficiente de un ministro respecto al bautismo nunca ha

hecho inválido el bautismo. Debe presumirse siempre la intención suficiente del ministro que bautiza, a menos que existan razones serias para dudar de que ha querido hacer lo que hace la Iglesia». [21] Aún cuando el bautismo de niños no requiere el acto de fe personal del bautizando, la validez del bautismo de niños se justifica por ser presentados al bautismo por sus padres o tutores con la garantía de la promesa de «educar a los niños en la fe cristiana dentro de la Iglesia y con su cooperación». [22] Las promesas bautismales que se exigen de las personas adultas, en el caso del bautismo de niños son hechas, en nombre de los infantes, por los padres y padrinos, los cuales garantizan el crecimiento de los mismos, dentro de la Iglesia, en el conocimiento y seguimiento de Cristo [23]. Si no existe garantía de su educación cristiana, debe diferirse el bautismo y no debe otra Iglesia o Comunidad eclesial administrarlo.

12. El bautismo válido es en sí mismo un acto sacramental irreplicable [24]. La Conferencia Episcopal Española y la Iglesia Española Reformada Episcopal evitan siempre cualquier acto litúrgico que pudiera interpretarse como una repetición del bautismo [25], salvo que se trate del bautismo «sub conditione». Éste se confiere sólo ante la duda de que se haya dado un bautismo verdaderamente válido por razón de la materia o utilización del agua, de la invocación trinitaria o fórmula utilizada, o bien sobre la intención del que bautiza o del

que recibe el bautismo. El principio de verificación de la validez de un bautismo consistente en la observación de todos los elementos que lo constituyen. Cuando existen fundadas dudas sobre la práctica bautismal de una determinada Iglesia o Comunidad eclesial, se ha de investigar dicha práctica antes de emitir un juicio sobre la validez de su bautismo [26].

13. La verificación de la práctica bautismal que ha de resolver las dudas existentes debe contar al menos con los siguientes elementos:

- Certificación del bautismo debidamente diligenciada por la Iglesia o Comunidad eclesial que haya administrado el bautismo de cuya validez se duda y cuya identidad se certifica, consignando en la certificación el libro o registro de donde se extraen los datos, firma y sello, si existiere en el acta o registro del bautismo.

- La forma de bautizar de acuerdo con los libros litúrgicos de la Iglesia o Comunidad que bautiza.

- La consulta a la autoridad eclesiástica superior, si fuere necesaria.

Si persiste la duda tras la investigación, el bautismo «sub conditione» nunca significa una reiteración sino la seguridad de la validez [27], debiendo explicarse al interesado el significado de este bautismo, que se administrará privadamente.

La Conferencia Episcopal Española y la Iglesia Española Reformada Episcopal, firmantes de la presente Declaración, que conservarán en sus respectivos archivos, reconocen el mismo y único bautismo válidamente administrado y recibido. Con esta Declaración manifiestan el acuerdo existente “en que el bautismo cristiano se realiza por el agua y por el Espíritu Santo” [28].

La Declaración no se manifiesta sobre la diferencia acerca de la naturaleza sacramental de la Confirmación. Esta

diferencia no afecta al reconocimiento de la sacramentalidad del Bautismo y a su administración válida.

Con este reconocimiento recíproco del único bautismo, expresión del impulso del movimiento ecuménico, manifiestan al mismo tiempo su vivo deseo de que todos los bautizados en Cristo vivan como cristianos la común dignidad bautismal y se reconozcan como miembros de la Iglesia, que es su Cuerpo, y hermanos en el mismo Señor.

Madrid, 22 de febrero de 2011

Fiesta de la Cátedra del Apóstol San Pedro

## **POR LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

*Adolfo González Montes, Obispo de Almería, Presidente de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales*

## **POR LA IGLESIA ESPAÑOLA REFORMADA EPISCOPAL**

*Carlos López Lozano, Obispo de la Iglesia Española Reformada Episcopal*

### **NOTAS:**

- 1 COMISIÓN DE FE Y CONSTITUCIÓN, *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (Lima 1982) [BEM]: *Bautismo*, n.6. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el Ecumenismo* (1993) [DE], n. 92; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* [CCE], n.1271.
- 2 COMISIÓN PREPARATORIA MIXTA ANGLICANA-CATÓLICO ROMANA, *Relación de Malta* (1968), n.1. Cf. COMISIÓN INTERNACIONAL ANGLICANA-CATÓLICO ROMANA, *Relación final* (1981), prefacio e introducción, n.1.
- 3 JUAN PABLO II, *Carta encíclica Ut Unum sint*, n.42.

- 4 BEM: Bautismo, nn.15-16. DE, n.94; IIª ASAMBLEA ECUMÉNICA EUROPEA DE IGLESIAS (Graz 1997): Recomendación 1.1.
- 5 VATICANO II, Constitución sobre la sagrada Liturgia Sacrosanctum Concilium (1963), n.5.
- 6 CCE, n.1213.
- 7 BEM: Bautismo, n.1.
- 8 BEM: Bautismo, n.3.
- 9 BEM: Bautismo, n.5.
- 10 MISAL ROMANO: Prefacio VII dominical del Tiempo ordinario.
- 11 BEM: Bautismo, n.4.
- 12 CCE, n.1247,1252; BEM: Bautismo, n.11.
- 13 CCE, n.1250.
- 14 CCE, nn.1250, 1256.
- 15 BEM: Bautismo, n.12 y comentario.
- 16 CCE, nn. 1254,1255.
- 17 CCE, n.1256.
- 18 Código de Derecho Canónico [de la Iglesia Católica Romana] (1983), can. 869 §2.
- 19 DE, n.95a, nota 105; cf. BEM: Bautismo, n.18.
- 20 CCE, n.1240; BEM: Bautismo, n.17; DE, n.93.
- 21 DE, n.95b.
- 22 BEM: Bautismo, n.11.
- 23 Cf. catequesis sobre el bautismo del Libro de Oración Común: Primer Oficio de Instrucción.
- 24 BEM: Bautismo, n.13.
- 25 CCE, n.1272; BEM: Bautismo, comentario al n.13.
- 26 DE, n.95c.
- 27 DE, n.99d.
- 28 BEM, n.14.

### **Discurso Inaugural del Card. Antonio M<sup>a</sup> Rouco, presidente de le CEE, en la XCVII Asamblea Plenaria de la CEE**

*Lunes, 28 de Febrero de 2011.*

Queridos Hermanos Cardenales, Arzobispos y Obispos, Señor Nuncio, colaboradores de esta Casa, señoras y señores:

A todos saludo muy cordialmente al comienzo de esta Asamblea Plenaria, ya la número noventa y siete en la historia de nuestra Conferencia Episcopal, que se va acercando al medio siglo de su existencia. Justo ayer se cumplían los



cuarenta y cinco años de la aprobación de los primeros Estatutos, el 27 de febrero de 1966<sup>1</sup>.

Saludo especialmente al señor obispo de Solsona, Mons. D. Xavier Novell Gomá y al señor obispo auxiliar de Sevilla, Mons. D. Santiago Gómez Sierra, que participan en la Asamblea por primera vez. Para ellos, la más cordial bienvenida y enhorabuena. Felicitamos también a Mons. D. Atilano Rodríguez Martínez, a quien el Santo Padre ha elegido como pastor de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, así como a Mons. D. Raúl Berzosa Martínez, elegido para la de Ciudad Rodrigo. Pronto serán ordenados obispos D. Julián Ruiz Martorell, para las sedes de Jaca y de Huesca, y D. Eusebio Hernández Sola, para la de Tarazona. Los felicitamos y encomendamos al Señor.

Encomendamos también al Señor a nuestro hermano Mons. D. Ambrosio Echebarría Arroita, obispo emérito de Barbastro-Monzón, fallecido el día 6 de diciembre con la esperanza de la Resurrección.

I. “Hacia el gran encuentro de Madrid 2011”:

Son las palabras con las que Benedicto XVI terminaba su alocución del Angelus del 5 de septiembre del año pasado, en la que hizo una presentación sintética del Mensaje que había dirigido pocos días antes a los jóvenes del mundo con motivo de la XXVI Jor-

nada Mundial de la Juventud: “el gran encuentro de Madrid 2011”<sup>2</sup>.

En esta Asamblea - la última antes de la Jornada de Madrid, el próximo mes de agosto - también nosotros, haciéndonos eco del Mensaje pontificio, nos dirigiremos a todos los fieles y, en particular a los jóvenes para invitarles a participar en esa fiesta de la fe que será el encuentro de la juventud del mundo convocada por el Santo Padre.

Queda ya poco tiempo. Es verdad que la preparación de la Jornada está en marcha desde hace prácticamente dos años. La peregrinación de la Cruz y del icono de la Virgen por las diócesis de España está siendo un verdadero acontecimiento de gracia. Pero los meses de los que todavía disponemos antes del verano han de ser un particular tiempo de intensa oración y de disposición espiritual para “el gran encuentro de Madrid 2011”. Permítanme algunas reflexiones para este tramo final del camino.

1. Una gran misión para los jóvenes del 2011

La Jornada Mundial de la Juventud es un instrumento providencial al servicio del empeño misionero de la Iglesia en la evangelización de los jóvenes. La clarividencia apostólica de Juan Pablo II, iluminada por su gran amor a Cristo y a los jóvenes, fue el medio del que se valió la Providencia divina para poner en manos de la Iglesia este nuevo

procedimiento evangelizador, tan apropiado para las generaciones jóvenes de los últimos decenios del siglo XX y de comienzos del siglo XXI. ¿Qué jóvenes son esos y cuál el secreto de la nueva gran misión dirigida a ellos?<sup>3</sup>

Los jóvenes de hoy - de comienzos del siglo XXI - ya no son exactamente aquellos de hace veinticinco años que respondieron a las primeras convocatorias del Juan Pablo II. Aquellos, que se calificaban a sí mismos como “los jóvenes del 2000”, habían tenido ya tiempo de experimentar la decepción de las utopías fermentadas veinte años antes en el “mayo del 68”, y miraban hacia el cambio de milenio como cifra de la deseada realización de ideales más verdaderos. Los jóvenes del 2011 han tenido también ya tiempo de experimentar el alcance real de las posteriores utopías de la libertad y están a la búsqueda de una libertad verdadera, sólida, que permita construir la casa de la vida.

La caída del muro de Berlín, en 1989, fue el símbolo de todo un proceso de derrumbamiento de las viejas utopías revolucionarias del pasado siglo. Las nuevas generaciones que se habían beneficiado del modo de vida cada vez más holgado que se hizo posible en las democracias surgidas de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, habían establecido una paradójica complicidad con los ideales igualitarios de impronta totalitaria que se imponían al otro lado del telón de acero. Tal complicidad no podía sostenerse

por más tiempo. Una nueva utopía iba a sustituir al viejo ideal revolucionario. Pero los jóvenes se mostraban abiertos a nuevas respuestas verdaderamente capaces de llenar el vacío creado por las experiencias personales y sociales de una vida sin Dios y sin Cristo que les había legado su inmediato pasado.

Fue en ese marco espiritual donde resultó tan apropiado el lema de la IV Jornada Mundial de 1989, celebrada en Santiago de Compostela, pocas semanas antes de los acontecimientos históricos a los que nos acabamos de referir. Jesucristo se mostró ante los jóvenes como Aquel que les buscaba y amaba de verdad, sin engañarles ni pedirles nada a cambio, salvo la respuesta de su amor. ¡Verdaderamente Él era su Señor, su Amigo, su Camino, su Verdad, su Vida!

Era también el momento en el que la renovación conciliar daba sus frutos. Los nuevos impulsos para una nueva evangelización se notaban por doquier y en los ambientes más diversos: entre los sacerdotes, los religiosos y en el mundo seglar. No era, pues, extraño que se percibiese entre los jóvenes de la Iglesia como una nueva nostalgia de Dios y un anhelo escondido de encontrarse de nuevo con Jesucristo: con su verdad y con su amor. El Papa, captando lo que estaba pasando, impulsa las Jornadas Mundiales de la Juventud e invita a toda la Iglesia a abrir un nuevo capítulo de la pastoral juvenil en el surco espiritual y evangelizador abierto

por el Concilio Vaticano II. Los frutos no se hicieron esperar.

Entretanto, el ideal humano de la libertad reconquistada - bien antiguo y bien nuevo en las particulares expresiones de la moderna cultura de la libertad - ha sido propuesto y explorado por mil caminos en los dos últimos decenios. Entre esos caminos adquiere un puesto relevante el del mundo de la cibernética, cuyo desarrollo y popularización ha llegado a crear una nueva situación de intercomunicación globalizada de la que los jóvenes son actores principales. Prueba de ello son, por ejemplo, los acontecimientos de las últimas semanas y de ahora mismo en el mundo árabe, propiciados en buena medida por la aludida nueva situación. La red se ha convertido en un instrumento poderosísimo de información y de comunicación; pero también de propagación de fórmulas de vida de todo tipo, sin excluir las menos acordes con la dignidad humana. Así, los jóvenes se encuentran particularmente expuestos a la influencia desorientadora del relativismo, es decir, de una actitud guiada por la indiferencia ante el bien, por el "todo vale" y por la preterición de los bienes verdaderos. Al mismo tiempo, la atracción de las "redes sociales" propicia un estilo de vida "virtual", vacío - paradójicamente - de encuentros y de relaciones verdaderamente personales. Si a ello se suma la coyuntura histórica general, dominada por una crisis económica, socio-política, cultural y ética con pocos precedentes, no es extraño

que muchos jóvenes, duramente afectados por tal crisis, sientan sus vidas inmersas en la mayor de las incertidumbres.

Naturalmente, la gran cuestión de Dios y la interpelación proveniente de Jesucristo no se libran tampoco de la sospecha sistemática. Todo pasa a formar parte del mundo indiferenciado de "lo virtual" y de lo lejano.

¿Será, pues, necesario, ante la nueva situación en la que se encuentran los jóvenes del 2011, abandonar el planteamiento pastoral y evangelizador que ha caracterizado las Jornadas Mundiales de la Juventud? De ningún modo. Más bien es preciso consolidarlo y vivificarlo espiritualmente. No debe quedarnos ninguna duda al respecto: uno de los empeños misioneros más importantes de la Iglesia de comienzos del siglo XXI ha de ser una porfiada evangelización de los jóvenes que les posibilite y facilite vivir enraizados y edificados en Cristo, con una inquebrantable firmeza de fe. Es el programa que tan luminosamente nos ha propuesto el Papa en su Mensaje con motivo de la próxima Jornada Mundial de Madrid.

2. Una juventud necesitada y deseosa de Jesucristo

A algunos esto les parece una obviedad: centrar la misión juvenil en el anuncio completo de Jesucristo. Ellos buscarían enfoques supuestamente más específicos o más adaptados a las

necesidades de los jóvenes. Sin embargo, después de dos mil años de evangelización, la Iglesia se encuentra hoy con que Jesucristo sigue siendo muy poco conocido y muy poco amado. Algunos, en los países de vieja cristiandad, secundando ciertos movimientos de apostasía implícita o explícita, se han alejado de la fe. Otros muchos, en los países de tradición cristiana más nueva o incluso apenas existente, nunca han conocido a Jesucristo ni siquiera de un modo elemental. Todos comparten hoy, en uno u otro grado, la situación de incertidumbre anteriormente descrita. Sin embargo, la Iglesia no tiene otra cosa que ofrecer a los jóvenes y a todos los hombres de hoy sino a Jesucristo. No hay salvación fuera de Él. Y ellos la necesitan con urgencia. Se trata ciertamente de una oferta “a contracorriente”, como señala el Papa en la allocución del Ángelus a la que he hecho referencia. Pero, al mismo tiempo, es la propuesta que están esperando, sabiéndolo o no.

Es una oferta a contracorriente porque, en medio de un mundo que sufre de incertidumbre y que sin embargo parece disfrutar a menudo con ella, cerrándose a toda propuesta de verdad, la Iglesia quiere ofrecer a los jóvenes la firmeza de la fe que el Señor hace posible. La ofrece porque sabe - como el Papa explica remitiéndose a su propia experiencia y a la experiencia antropológica general - que los jóvenes no solo están preocupados por lo inmediato o por sus propios

intereses coyunturales: “Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro - escribe Benedicto XVI - y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata solo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito.”<sup>4</sup>

Por eso, el Papa se dirige a los jóvenes y les dice: “Es vital tener raíces y bases sólidas. Esto es verdad especialmente hoy, cuando muchos no tienen puntos de referencia estables para construir su vida, sintiéndose así profundamente inseguros. El relativismo que se ha difundido, y para el que todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni un punto de referencia absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y conformismo con las modas del momento. Vosotros, jóvenes, tenéis el derecho de recibir de las generaciones que os preceden puntos firmes para hacer vuestras opciones y construir vuestras vidas”.<sup>5</sup>

De ahí que el Papa haya elegido para los jóvenes del 2011 un lema inspirado en la carta de San Pablo a los Colosenses, en el que Jesucristo aparece como Aquel que permite echar raíces, construir sólidamente la casa y vivir de la firmeza de la fe: “Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (cf. Col 2, 7)”<sup>6</sup>. Sin Jesucristo no hay ni arraigo, ni edificación sólida, ni firmeza en la fe.

El programa de la pastoral juvenil de las Jornadas es una vez más netamente cristológico, centrado en Jesucristo. Así tiene que ser, porque “la fe cristiana no es solo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo.”<sup>7</sup> Las raíces de la existencia no se echan solo a base de conocimientos, sino ante todo, en el trato con Dios que permite al joven saber de verdad quién es él mismo y cuál es el sentido de su vida. El Papa evoca su propia vocación infantil al sacerdocio y el proceso de reconquista de esa certeza en su época de joven estudiante: todo, basado en la seguridad de que el Señor le quería y que, por eso, le daría la fuerza necesaria para el camino que le proponía. “Escuchándole, estando con Él, llego a ser yo mismo”. Por eso, es vital para el éxito espiritual de la Jornada procurar por todos los medios pastorales a nuestro alcance que la Palabra de Dios y la voz del Señor lleguen directamente al corazón de los jóvenes. ¡Qué importante es que se sientan llamados por el que dio su vida por ellos, por el que les ama como nadie pudo, puede ni podrá amarlos nunca!

Por tanto, porque se trata del encuentro con Cristo, la Jornada ha de ser una gran proclamación y anuncio del “Kerygma” apostólico. Lo cual es tanto más necesario, cuanto que - como les pasaba a los cristianos de Colosas a quienes San Pablo escribía - también hoy son muchos los que consideran que la Cruz de Cristo es una necesidad y proponen a los jóvenes sus particu-

lares alternativas filosóficas e incluso supuestamente cristológicas, bajo capa de modernidad y de científicidad. El Papa advierte de que “muchas de las imágenes que circulan de Jesús, y que se hacen pasar por científicas, le quitan su grandeza y la singularidad de su persona.”<sup>8</sup> Esas imágenes estorban la evangelización, porque impiden el encuentro con el verdadero Jesús, el del “Kerygma” apostólico, que el Papa presenta así: “Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros pecados; nos consiguió el perdón y nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna. De este modo, hemos sido liberados de lo que más atenaza nuestra vida: la esclavitud del pecado, y podemos amar a todos, incluso a nuestros enemigos, y compartir este amor con los hermanos más pobres y en dificultad.”<sup>9</sup>

Para el diálogo personal con Jesucristo, en el que se alimenta el conocimiento de su misterio y de nuestra salvación, el Papa propone a los jóvenes en su Mensaje tres caminos: la celebración de los sacramentos, el servicio a los hermanos y el encuentro con la Palabra de Dios escrita.

“Queridos jóvenes - les dice - aprended a ‘ver’, a ‘encontrar’ a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la

Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda. Entrad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo, en la fe. Conocedle mediante la lectura de los Evangelios y del Catecismo de la Iglesia Católica.”<sup>10</sup>

Los tres caminos han de estar presentes equilibradamente en toda pastoral juvenil, como lo están en la dinámica de las Jornadas.

### 3. Una Iglesia particular con especial vocación de misión universal

Las Jornadas Mundiales de la Juventud se han caracterizado también por constituir una gran experiencia de Iglesia. Los jóvenes buscan a Cristo y buscan la compañía en la que pueden encontrarlo, conocerlo mejor y seguirlo con perseverancia. “Cristo quiere afianzaros en la fe por medio de la Iglesia”, les recuerda el Papa a los jóvenes<sup>11</sup>. ¡Qué grande es la responsabilidad de nuestras Iglesias diocesanas, la nuestra como Pastores, la de padres, párrocos, maestros católicos, catequistas, la de todos los bautizados, llamados a ser testigos creíbles del Señor para las nuevas generaciones!

También los mismos jóvenes católicos saben bien que ellos pueden ser los mejores evangelizadores de sus amigos y compañeros. De hecho, una de las

virtudes de las Jornadas Mundiales de la Juventud es que, a través de ellas y de los numerosísimos jóvenes de todo el orbe católico que las protagonizan, la Iglesia ha podido mostrarse al mundo y a los jóvenes como un pueblo de anchos horizontes, lleno de vitalidad espiritual, cultural y artística, y de rostro joven. No precisamente en virtud de la mera dinámica de los movimientos de masas ni de las técnicas del espectáculo, sino gracias al aliento del Espíritu que caldea los corazones con sus dones y multiplica todas las capacidades humanas.

La Iglesia particular que ha recibido el encargo de la organización de la Jornada - junto con el Pontificio Consejo para los Laicos - y de la acogida de tantos jóvenes peregrinos quiere dar lo mejor de sí misma para estar a la altura de la responsabilidad asumida. Todas las Iglesias particulares que peregrinan en España se están preparando también con intensidad y entusiasmo para hacer rendir apostólicamente la ocasión que se nos brinda. Es oportuno recordar las palabras con las que, en su viaje a Santiago y Barcelona, el Santo Padre hablaba de la Iglesia en España evocando la vivacidad de su fe tanto en el pasado como en el presente, llegando a decir que “el renacimiento del catolicismo en la época moderna ocurrió sobre todo gracias a España”<sup>12</sup>. El Papa mencionaba en aquella ocasión a algunos de los grandes santos españoles que no solo contribuyeron de modo destacado a dicho renacimiento, sino que si-

guen inspirando el camino del futuro: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Juan de Ávila. Todos ellos son patronos de la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid, junto con San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, Santa Rosa de Lima, San Rafael Arnáiz y, Dios mediante, - por diferente y particularísimo título - el Beato Juan Pablo II.

La Iglesia que peregrina en España ha sido y sigue siendo una iglesia con especial vocación de misión universal. La Jornada Mundial de Madrid pone a prueba esta vocación y ofrece una ocasión providencial para responder a ella con generosidad no menor que la de otras iglesias y siguiendo el ejemplo del mismo Benedicto XVI.

Aunque se espera todavía una confirmación definitiva, es ya conocido el programa de los actos que presidirá el Santo Padre: una intensa tarea pastoral que asume con generosidad y entrega admirables. El Papa llegará a Madrid el jueves 18 de agosto y presidirá una liturgia de la Palabra en la plaza de Cibeles, el mismo lugar en el que dos días antes, el día 16, el Arzobispo de Madrid habrá acogido a todos los peregrinos. El viernes, día 19, por la mañana se encontrará en el Monasterio de El Escorial con religiosas jóvenes del mundo y también con jóvenes profesores universitarios; por la tarde, presidirá el Vía Crucis que tendrá lugar en el Paseo de Recoletos. El sábado 20, por la maña-

na celebrará la Santa Misa para miles de seminaristas en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena; al caer la tarde, se dirigirá al aeropuerto de Cuatro Vientos, donde presidirá una gran vigilia eucarística al aire libre. De camino, habrá visitado una institución eclesial donde son atendidas personas discapacitadas: el Instituto San José. Por fin, el día 21, a las nueve y media de la mañana, celebrará en el mismo aeropuerto la solemne Eucaristía dominical con todos los peregrinos. No dejará Madrid la tarde del domingo sin haberse encontrado antes con miles de voluntarios que han puesto sus talentos al servicio de la Jornada.

El Papa confía en la Iglesia que peregrina en España. La Iglesia en España agradece al Sucesor de Pedro su confianza y su incansable dedicación apostólica, a la que desea colaborar cada vez más estrechamente poniendo en ejercicio con responsabilidad y generosidad su tradicional solicitud por todas las iglesias en la unidad y universalidad de la Católica. Así lo haremos, con la ayuda de Dios, en la próxima Jornada Mundial de la Juventud y, ya desde ahora, en este último tramo del camino de preparación para ella.

II. La familia, la escuela y la parroquia, y la verdad del amor humano

Dos temas de vital importancia para la juventud de hoy y de mañana figuran en el orden del día de la presente Asamblea: la necesaria colaboración



entre la familia, la parroquia y la escuela en orden a la educación en la fe de niños y jóvenes; y la cuestión de la verdad del amor humano, como elemento clave de la maduración de los jóvenes como personas y, por consiguiente, del bien común de toda la sociedad.

Cada una de las tres instituciones mencionadas - familia, escuela y parroquia - constituye de por sí todo un mundo de complejas relaciones en su interior y hacia sus entornos de cuyas implicaciones no es fácil dar cuenta, menos aún, en nuestro contexto histórico caracterizado por tantos cambios y crisis interactuantes. Esta Asamblea se ha ocupado ya en el pasado de las tres instituciones en diversos momentos y desde diversas perspectivas<sup>13</sup>.

Sin embargo, es necesario volver continuamente sobre una temática tan amplia y, al mismo tiempo, de tan determinante actualidad. En concreto, es cada vez más claro que el futuro de las nuevas generaciones depende decisivamente de las familias cristianas. Al mismo tiempo, la experiencia pone también de manifiesto que la misión de la escuela resulta seriamente entorpecida y aun imposibilitada cuando no cuenta con la colaboración de los padres y de una vida familiar acorde con la ley natural y divina. El Estado no puede sustituir, ni siquiera suplir, el papel propio de esas dos instituciones básicas para el desarrollo de la persona. Por su parte, la parroquia, como célula básica de la vida eclesial, en la que el hombre

natural se hace cristiano, manteniéndose dentro de su misión específica, ha de ser capaz, sin embargo, de actuar a modo de catalizador de la vida cristiana de la familia y de la escuela.

Es precisamente el modo concreto en el que deba configurarse la sinergia de familia, escuela y parroquia el objeto de nuestra reflexión, apoyados en el documento en el que ha trabajado la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis. De dicha sinergia depende en buena medida el fruto de la acción evangelizadora de la Iglesia en beneficio de los más jóvenes y, en definitiva, de toda la sociedad.

Ahora bien, la clave cultural, intelectual y moral para una realización verdadera de lo que son la familia, la escuela y la parroquia se halla, sin duda, en el acierto con el que sea percibida, comprendida y vivida la verdad del amor humano. De ahí la importancia de este otro tema al que me acabo de referir y sobre el que viene a esta Asamblea un borrador preparado por la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.

Como ha recordado Benedicto XVI en la primera página de su encíclica *Deus caritas est*, “el término amor se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes.”<sup>14</sup> Se emplea ese mismo vocablo para significar la entrega permanente y sacrificada de unos



padres que alimentan y educan a una familia numerosa en la que los hijos pueden crecer confiados y alegres, bajo la protección de un amor inquebrantable; como se emplea también para referirse al deseo de quien encarga para sí un niño a un laboratorio, predestinado a la orfandad de padre o de madre y a la soledad de hermanos; o también, para aludir a las relaciones esporádicas entre jóvenes inmaduros, a la cohabitación de personas del mismo sexo o, incluso, al comercio de imágenes o de encuentros en determinados locales o en la red. Todo es llamado del mismo modo: amor.

Sin embargo, el amor tiene una realidad propia, una naturaleza que lo define de un modo pertinente: existe una verdad del amor, que es necesario saber reconocer. Si se usa y abusa tanto de esta palabra, es porque alude a una realidad hermosa y esencial para la vida humana que ejerce una gran fascinación. Por eso es empleada de mil modos impropios con la finalidad de hacer pasar por bueno y bello lo que, en realidad, no es más que falso y no conforme con la verdadera humanidad.

Efectivamente, como escribía Juan Pablo II en su primera encíclica, “el hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido, si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no

participa en él vivamente.”<sup>15</sup> Puede sorprender que la Iglesia hable de “la revelación del amor”. Porque se ha hecho demasiado común una comprensión de esa realidad humana fundamental que la entiende como un mero sentimiento emocional, un afecto espontáneo, un movimiento placentero del ánimo. Una realidad así, perteneciente más a la vida de los instintos o de lo puramente biológico que al alma espiritual y racional del ser humano, no necesitaría revelación alguna; más que “encontrarla” y “hacerla propia” - como escribe Juan Pablo II - lo que el hombre necesitaría sería simplemente sentirla y gozar de ella sensible y espontáneamente - según se dice.

Sin embargo, es verdad que el amor es encontrado por aquel a quien se le revela para que lo haga propio y participe de él. Porque el amor, antes que una realidad que se tiene como propia, es una realidad que precede a quien no puede vivir sin ella y por eso la desea y la busca. Pero tampoco es una realidad lejana, en búsqueda de la cual hubiera que realizar largos viajes. El amor nos precede y, al mismo tiempo, llama, cercano, a nuestra puerta, es más, se halla desde siempre en lo más interior de nuestro ser.

El amor nos precede porque implica la llamada de otro. El amor nos habita, porque sin una llamada así no podríamos ni siquiera existir. En su sentido más originario, el amor nos ha llamado al ser: el amor es Dios. En cuanto parti-

cipamos del Amor creador y redentor, nuestro amor es la aceptación del otro: primero de Él, del Creador y Redentor, y, en Él, del otro a quien encontramos a nuestro lado.

Hay un amor específico, que se revela como imagen del Amor originario y creador, un amor que es pro-creador: el amor conyugal. “La revelación del amor conyugal - enseñaba esta Asamblea en 2001 -, en cuanto que implica a toda la persona y su libertad, nos descubre las características que lo especifican como tal: la incondicionalidad con la que nos llama a aceptar a la otra persona en cuanto única e irreplicable, esto es, en exclusividad. Por ello, es un amor definitivo, no a prueba, porque acepta la persona como es y puede llegar a ser, hoy y siempre, hasta la muerte. Y por ser un amor que implica la corporeidad, es capaz de comunicarse, generando vida: porque no está cerrado en sí mismo.”<sup>16</sup>

La verdad del amor y, en concreto, del amor conyugal no puede ser “creada” ni por el hombre ni por las leyes. Más bien se manifiesta para ser comprendida y libremente aceptada. Cuando es remodelada al gusto de las opiniones o de los sentimientos del momento, privándola de alguna de sus características - que acabo de recordar -, entonces ya no se vive en la verdad, sino en el error y en la ofuscación.

En principio, la razón humana es capaz de reconocer la verdad del

amor. Pero para ello debe mostrarse dispuesta a abrirse más allá de sí misma para acoger la razón divina del amor. “Ningún hombre ni ninguna mujer, por sí solos y únicamente con sus fuerzas, pueden dar a sus hijos de manera adecuada el amor y el sentido de la vida. En efecto, para poder decir a alguien: ‘Tu vida es buena, aunque yo no conozca tu futuro’, hace falta una autoridad y una credibilidad superiores a lo que el individuo puede darse por sí solo. El cristiano sabe que esa autoridad es conferida a la familia más amplia, que Dios, a través de su Hijo Jesucristo y del don del Espíritu Santo, ha creado en la historia de los hombres, es decir, a la Iglesia. Reconoce que en ella actúa aquel amor eterno e indestructible que asegura a la vida de cada uno de nosotros un sentido permanente, aunque no conozcamos su futuro.”<sup>17</sup>

El desconocimiento de la verdad del amor está causando mucho sufrimiento y rompiendo muchas vidas. La Iglesia: nuestras familias, escuelas y parroquias, con el aliento muy especial de los Pastores, ha de ayudar a los jóvenes a evitar la ignorancia de una verdad tan decisiva para sus vidas y a paliar la influencia negativa de un ambiente marcado por tantas fuerzas y corrientes desorientadoras. La reflexión que haremos en esta Asamblea tiene esta hermosa finalidad.

La reducción emotivista e individualista del amor, dominante en la

cultura pública actual, ha conducido a una situación crítica que dificulta mucho la educación para el amor y para el matrimonio y que caracteriza nuestro vigente derecho matrimonial<sup>18</sup>. El matrimonio en nuestro Código Civil es simplemente “una manifestación señalada” de “la relación de convivencia de pareja, basada en el afecto.”<sup>19</sup> La institución matrimonial reducida así a una convivencia de pareja, sobre la base del afecto, con independencia de la diferencia de sexo de los convivientes, sin relación intrínseca y determinante con las características objetivas del amor conyugal dificulta gravemente la salida de la crisis de la familia con las consecuencias negativas que de tal situación se derivan para el bien común y para el futuro de las nuevas generaciones.

Anunciar el Evangelio del matrimonio y de la familia es, sin duda, uno de los aspectos más hermosos de la nueva evangelización y de la juventud. Su urgencia, por otro lado, es evidente: nos urge la dolorosa situación aludida, pero nos urge, sobre todo, el amor a Cristo y a los jóvenes.

### III. A modo de conclusión

Mientras recorremos el camino de la preparación inmediata del gran encuentro de Madrid 2011, ponemos nuestra mirada en Jesucristo, en quien se ha revelado para todos los hombres la verdad del Amor que Dios es, así como el verdadero sentido de la voca-

ción de todo ser humano ¡del hombre!, llamado a ser por el amor y a vivir en el amor. La Iglesia no puede ocultar la luz de esa verdad, ha de ponerla sobre el candelero para que alumbré a todos los de la casa. La Iglesia es misionera siempre: cuando evangeliza a los jóvenes con nuevo ardor y con los nuevos métodos de las Jornadas Mundiales de la Juventud y cuando lleva la luz del Evangelio a los pueblos que apenas han oído hablar de Jesucristo. En nuestra Asamblea estudiaremos también un nuevo documento que presenta la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. La misión ad gentes es un estímulo saludable para la misión juvenil. Y, a la inversa, una juventud evangelizada y movida por el amor a Cristo, es condición indispensable para el impulso misionero.

Con estos grandes retos en perspectiva, procederemos a la renovación de cargos de la Conferencia Episcopal que nos demandan los Estatutos. Lo haremos en un ambiente de comunión fraterna y de disponibilidad para asumir las tareas que sean necesarias o convenientes para el buen funcionamiento de la Conferencia, de acuerdo con la naturaleza y los objetivos que la doctrina y la disciplina de la Iglesia les ha fijado a las Conferencias Episcopales.

Lo encomendamos todo a la materna intercesión de María Santísima, la Madre del Señor y de la Iglesia. Guiada por su luz, la nave de Pedro sigue surcando los mares de la historia.

**NOTAS:**

- 1 Cf. Colección Documental Informática. Documentos oficiales de la Conferencia Episcopal Española 1966-2006. Índices y CD-Rom, Editado por M<sup>a</sup> Carmen del Valle Sánchez, Edice 2007.
- 2 Cf. ambos textos pontificios en: Ecclesia n° 3536 (18-IX-2010) 24-28.
- 3 Retomo aquí algunas ideas de mi intervención del 13 de enero de 2011, en el Real Centro Universitario El Escorial-María Cristina, en el marco del II Encuentro Preparatorio de la JMJ-Madrid 2011, donde se dieron cita, convocados por el Pontificio Consejo para los Laicos, delegados de pastoral juvenil de Conferencias Episcopales, Asociaciones y Movimientos de todo el mundo; publicada, bajo el título de La JMJ-Madrid 2011. Un empeño misionero para la evangelización de los jóvenes del siglo XXI, en la Colección de Cartas Pastorales del Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid, n° 39.
- 4 Benedicto XVI, “*Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*” (cf. Col 2, 7). Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, 1.
- 5 Ibid.
- 6 Es una frase sintética en la que se recogen estos versículos: “Mi espíritu está con vosotros - escribe San Pablo -, alegrándome de veros en vuestro puesto, y firmes en vuestra fe en Cristo. Por tanto, ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que os enseñaron, y rebosando de agradecimiento.” (Col 2, 5-7).
- 7 Benedicto XVI, “*Arrraigados y cimentados en Cristo...*”, 2.
- 8 Benedicto XVI, “*Arrraigados y cimentados en Cristo...*”, 4.
- 9 Benedicto XVI, “*Arrraigados y cimentados en Cristo...*”, 3. - El anuncio apostólico no está en contra del acercamiento verdaderamente científico a la figura histórica de Jesús, ni viceversa. El Papa recuerda en el Mensaje que el deseo de mostrar concretamente esa unidad entre historia y fe fue lo que le movió a escribir su libro “*Jesús de Nazaret*”, cuya segunda parte será presentada en Roma el próximo día 10 de marzo, Dios mediante.
- 10 Benedicto XVI, “*Arrraigados y cimentados en Cristo...*”, 4. - Para la Jornada de Madrid se ha preparado una “traducción” del Catecismo de la Iglesia Católica al lenguaje de los jóvenes, un libro que lleva el título de Youcat. Catecismo joven de la Iglesia Católica. En el Prefacio escrito para este libro, Benedicto XVI vuelve a invitar a los jóvenes a estudiar el Catecismo diciéndoles: “¡Es mi deseo más ardiente!”
- 11 Benedicto XVI, “*Arrraigados y cimentados en Cristo...*”, 6.
- 12 Citado en nuestro discurso inaugural de la última Asamblea Plenaria, en: Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 86 (31-XII-2010) 78.
- 13 A título de ejemplo: La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones (27-XI-1998); *Instr. Past. La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (27-IV-2001); *La escuela católica. Oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI* (27-IV-2007).
- 14 Enc. *Deus caritas est*, 2.
- 15 Enc. *Redemptor hominis*, 10.
- 16 LXXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Instr. Past. La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, n° 61.
- 17 Benedicto XVI, Discurso de apertura de la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma (6-XI-2005).

18 Cf. LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Instr. Past. Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 41.

19 Exposición de motivos I, de la Ley 13/2005 de 1 de Julio por la que se modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio.

### **Palabras de Salutación del Nuncio, Mons. Renzo Fratini, a la XCVII Asamblea Plenaria**

*Lunes, 28 de Febrero de 2011*

1.- El amor y aprecio a la vida.

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente, Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos, Señoras y Señores:

Como representante del Santo Padre en España, acojo con gratitud la cordial invitación que, como signo de comunión con el Sucesor de Pedro, me han presentado para acompañarles en esta Apertura de la XCVII Asamblea Plenaria. Aprovecho la oportunidad, en primer lugar, para saludar fraternalmente a todos los hermanos en el episcopado.

Mirando el bien común de la sociedad y acompañando a los creyentes y hombres de buena voluntad, esta Conferencia Episcopal ha tenido ocasión reiterada de reflexionar y referirse a los temas que afectan profundamente a una sana convivencia. Entre ellos sobresalen el amor y el aprecio a la vida y los derechos referentes a la educación.

Conscientes de que ninguna persona es jamás inútil - es un proyecto de Dios amor - siempre es oportuna una rotunda defensa de la vida desde su concepción hasta su muerte natural. Nunca hay motivos para frustrar el proyecto y la posibilidad de vivir a ningún ser humano concebido, ni de quitar una vida por ceder a una falsa compasión o a una equivocada idea de progreso haciéndose “cómplice de un grave mal moral” que “contribuye a minar los cimientos de la convivencia en la justicia” (*La Eutanasia es inmoral y antisocial. Declaración de la Comisión Permanente CEE*. 18 febrero 2007. nº 19). Entre eutanasia y muerte digna, no hay equivalencia. Las diferentes terapias disponibles hoy y el amor humano, no se excluyen, se complementan. Solo es digna la muerte natural aceptada personalmente y acompañada por el amor de los demás. Que alguien acabe con una vida contradice la naturaleza y el sentido de la misma vida humana.

2.- El derecho de los padres y la escuela católica.

Sabemos también que la educación incide en la libertad humana. Las notas débiles de nuestro mundo presentan los síntomas del desinterés por las verdades fundamentales de la vida humana, del individualismo, del relativismo moral y del utilitarismo. La escuela católica educa para la entrega de la vida percibiendo en Cristo la verdadera fraternidad y la unidad profunda de la naturaleza humana. En este sentido no está de sobra recordar las líneas del precioso documento de esta Conferencia Episcopal: “La Escuela Católica. Oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI”.

Como ahí bien afirman ustedes el fundamento y razón básica del ser y el hacer educativo “es Dios, Verdad, Bien y Belleza supremas...La paternidad de Dios hace posible en los hijos la fraternidad universal, su vida entregada por todos nosotros es fundamento de nuestro amor desinteresado, su ser eterno al que estamos destinados es el sentido de nuestra vida.” Esa Verdad, como vemos en S. Agustín, es descubierta, no puesta, y trasciende tanto al maestro como al alumno.

Por tanto siendo “Jesucristo el marco de referencia continuo del proyecto educativo católico” se ofrece al alumno una “Luz en medio del mun-

do que les sirve de guía, un Maestro a quien imitar, una Vida con la que conformarse y una Persona en quien poner su confianza, Jesucristo”. Enseñándoles a trabajar “por superar aquellas conductas, situaciones y estructuras que se oponen a esta nueva vida” el proyecto educativo católico pretende “renovar al hombre entero y su cultura... purificar y elevar las aptitudes más profundas de los alumnos, restaurar y completar en Cristo, como desde dentro, las características y cualidades propias de los alumnos. Así contribuye a educar a los niños y jóvenes para la libertad interior que les va a hacer libres desde lo más hondo de su ser.”

Por eso la Iglesia, aún respetuosa con las diversas opciones, sabe que educar es para ella, no un derecho concedido o reconocido por la sociedad, sino parte integrante de la misión que su Señor le ha confiado para fomentar la unidad y la comunión con El y de los hombres entre sí.

No puede negarse la aportación de la Escuela católica a la sociedad con efectos de beneficio, también económico, para la misma sociedad. Debería respetarse, por parte de todos, cualquier forma de educación, ya mixta o diferenciada. La decisión primera, en todos los aspectos educativos, corresponde a los padres. A ellos les asiste una normativa legal constitucional y en su opción son movidos por sus convicciones religiosas y sociales, así como

las experiencias contrastadas y estudios pedagógicos. En esto, como en tantas cosas, la libertad de los padres debe ser respetada en consenso por las diferentes opciones políticas buscando el bien común por encima de cualquier otro interés.

3.- La colaboración a la misión “ad gentes”.

A nivel intra eclesial esta Asamblea tratará el asunto de la misión “ad gentes” en la aprobación del documento “*Directorio de la Cooperación Misionera entre las Iglesias para las Diócesis de España*”. Me alegra que, sensibles al Magisterio Pontificio, respondan, mediante este instrumento, a los diversos aspectos que están apareciendo, de una o de otra forma, en las Diócesis españolas en referencia a la animación misionera, y que repercuten en la cooperación a favor de la Iglesia Universal.

Aprecio vivamente el gran elenco de posibilidades mediante las cuales el episcopado español desea contribuir a su vasta historia de proverbial generosidad de misioneros y misioneras y de medios materiales, oraciones y sacrificios espirituales. En su Mensaje para la próxima Jornada Mundial Misionera 2011, el Papa recuerda que “La misión universal implica a todos, todo y siempre. El Evangelio no es un bien exclusivo de quien lo ha recibido, sino que es un don que compartir, una buena noticia que comunicar... Y – sigue el

Santo Padre - en ello están implicadas también todas las actividades. La atención y la cooperación en la obra evangelizadora de la Iglesia en el mundo no pueden limitarse a algunos momentos y ocasiones particulares, y tampoco pueden ser consideradas como una entre las muchas actividades pastorales: la dimensión misionera de la Iglesia es esencial, y por tanto debe tenerse siempre presente”.

4.- Las vocaciones al sacerdocio.

Por último, les animo muy vivamente en el estudio de una “renovada pastoral de las vocaciones sacerdotales”. Respondiendo también a la iniciativa del Santo Padre, fruto concreto del recientemente pasado “Año Sacerdotal”, esta Asamblea tratará este punto vital para la vida de la Iglesia. Será una forma privilegiada de preparar ya la próxima Jornada Mundial de la Juventud y sus ecos. En los jóvenes, como sabemos, existen impulsos de donación que necesitan de orientación para poder seguir, con totalidad y certeza, a Jesucristo el Señor. Como gustaba tanto decir al Venerable Siervo de Dios Juan Pablo II, prontamente beatificado, “ellos son la esperanza de la Iglesia”.

Señores Obispos, confiando en la maternal intercesión de la Santísima Virgen María les aseguro mi oración por sus trabajos al servicio del Reino de Dios.

Muchas gracias.



## Mensaje a los jóvenes invitándoles a la Jornada Mundial de la Juventud

*«Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (cf. Col 2,7)»*

Queridos Jóvenes:

Cerca ya la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid del 16 al 21 de Agosto, los obispos españoles, reunidos en Asamblea Plenaria, os dirigimos este breve mensaje para animaros a participar en ella. Sabemos que muchos de vosotros os estáis preparando con ilusión y que animáis a vuestros amigos y compañeros. Por nuestra parte, os invitamos a todos como ha hecho el Papa Benedicto XVI en el mensaje que os ha dirigido con ocasión de esta Jornada: «Quisiera que todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe, como los que vacilan, dudan o no creen, puedan vivir esta experiencia, que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo, y de su amor por cada uno de nosotros»[1].

### 1. Vivid con gozo y esperanza

Desde el inicio de la Iglesia, sus pastores os han mirado con esperanza y gozo porque sois el presente y, sobre todo, el futuro de la sociedad y de la Iglesia. En su primera carta, san Juan se dirige a vosotros con estas palabras: «Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno» (1Jn 2,14). Hoy, el Sucesor de Pedro os escribe diciendo: «Con profunda alegría, os espero a cada uno personal-

mente. Cristo quiere afianzaros en la fe por medio de la Iglesia»[2]. También nosotros, como obispos vuestros, confiamos en vosotros y os consideramos, no sólo destinatarios del Evangelio de Cristo, sino protagonistas de la historia de la Iglesia y de su edificación. El lema de la Jornada Mundial de la Juventud no puede ser más expresivo: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (cf. Col 2,7)». En esa hermosa etapa de la vida, que es la juventud, os animamos a fortalecer y edificar vuestra fe, a profundizar vuestras raíces en Cristo, que os ama y llama a su amistad y os propone seguirle en el sacerdocio, en la vida consagrada o en el matrimonio para hacer de vosotros sus testigos. Él os dará luz y fuerza para edificar vuestro futuro, mediante el estudio, la profesión y el trabajo que, a pesar de las dificultades económicas y del paro actual, lucháis por conseguir.

El Papa Juan Pablo II, el anuncio de cuya próxima beatificación nos ha llenado de gozo, os situó en el centro de su interés y misión. Se le ha llamado el «Papa de los jóvenes», por el afecto y dedicación con que os distinguió. No se ganó vuestro cariño mediante la adulación o al plantearos reducidas exigencias en el seguimiento de Cristo. Todo lo contrario: os pedía lo mejor de vosotros mismos, la capacidad de entregaros totalmente al amor de Dios y de los hombres y a llevar una vida



cristiana alejada de toda mediocridad, a contracorriente, si fuera necesario, de nuestro tiempo. ¡Cuántas veces os invitó a ser santos! Pensando en vosotros, inició la apasionante aventura de las Jornadas Mundiales de la Juventud, para que, como jóvenes, manifestarais al mundo la alegría de vivir en Cristo, la juventud y belleza de la Iglesia, y la firmeza de una fe que sea para todos el signo de la presencia del Dios vivo. Sí, amigos, este es el sentido de la próxima Jornada Mundial a la que os invitamos convencidos de vuestra apertura a la Verdad y de vuestra capacidad de crear lazos de amistad con los jóvenes de todo el mundo.

## 2. Celebrad una auténtica fiesta de la fe

Dentro de unos meses la Iglesia que peregrina en España vivirá la experiencia de acoger en las diócesis y finalmente en Madrid a cientos de miles de jóvenes convocados por el Papa Benedicto XVI para celebrar la XXVI Jornada Mundial de la Juventud. Tendréis ocasión, durante casi una semana, de rezar personal y comunitariamente, participaréis en las catequesis de obispos de todo el mundo sobre el significado de ser cristiano, celebraréis el perdón de Dios y la eucaristía, y expresaréis de muchas maneras – conciertos, exposiciones y actos culturales diversos – la alegría de la fe, que cambia vuestra vida y os proyecta en el mundo como creadores de obras donde brillan la caridad, la justicia y la verdad. La presencia del

Papa os permitirá sentirnos miembros del Pueblo universal, que es la Iglesia Católica.

La Jornada Mundial de la Juventud será, pues, una auténtica fiesta de la fe, que mostrará cómo son los cristianos que necesita el mundo de hoy: «artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano, un mundo según Dios», que se comprometen «en diferentes ámbitos de la vida social, con competencia y profesionalidad, contribuyendo eficazmente al bien de todos»[3]. Se trata, amigos jóvenes, de hacer visible que «Cristo no es un bien sólo para nosotros mismos, sino que es el bien más precioso que tenemos que compartir con los demás. En la era de la globalización, sed testigos de la esperanza cristiana en el mundo entero: son muchos los que desean recibir esta esperanza»[4].

Os invitamos a participar en la Jornada Mundial de la Juventud como expresión de vuestra adhesión a Cristo y pertenencia a la Iglesia. Para que esta participación sea verdadera y fecunda os animamos desde ahora a peregrinar interiormente hacia Cristo, conscientes de que «la calidad de nuestro encuentro dependerá, sobre todo, de la preparación espiritual, de la oración, de la escucha en común de la Palabra de Dios y del apoyo recíproco»[5]. Nosotros mismos, vuestros sacerdotes, catequistas y jóvenes de vuestras comunidades os acompañaremos en esta tarea. No estáis solos, porque sois parte

de la única Iglesia de Cristo que peregrina en el mundo. Sólo os pedimos que confiéis y pongáis en juego todas vuestras capacidades.

### 3. Manifestad el rostro de la Iglesia joven

Vuestra responsabilidad como jóvenes del país que acoge es muy grande. Vosotros seréis en cierto sentido el rostro de la Iglesia joven que recibirá a los peregrinos del mundo entero. Los días de acogida en las diócesis serán una experiencia inolvidable para vivir la universalidad de la Iglesia y la enorme riqueza y vitalidad de cada diócesis de España, que acogió el evangelio de Cristo desde la primera hora del cristianismo. Animad a vuestros amigos y compañeros para que participen en las diversas tareas de acogida y voluntariado, en las celebraciones de la fe y en las actividades que cada diócesis prepare. Ofreceos también como voluntarios para las muchas tareas de la organización en Madrid, sede de la Jornada Mundial de la Juventud. Se trata de servir a todos para que todos se sientan acogidos y amados por sí mismos. Os pedimos también vuestra solidaridad con los jóvenes de los países más necesitados. Muchos de ellos, con frecuencia aislados de experiencias de este tipo, desean participar en la Jornada para vivir dimensiones de la fe y de la vida eclesial que les enriquezcan. También esperamos a jóvenes de países donde la Iglesia es

perseguida, que nos fortalecerán con su testimonio. Sed generosos al inscribirlos contribuyendo con la cuota de solidaridad. Haréis felices a muchos compañeros vuestros.

No queremos terminar sin agradecer de antemano la acogida de este mensaje y vuestro trabajo en la Iglesia. Recibid nuestras palabras como signo del afecto y cercanía que sentimos por vosotros. Como obispos, estamos a vuestro lado y os queremos. La Iglesia os necesita para anunciar a todos el amor de Dios. Sabemos que también vosotros nos queréis y necesitáis para crecer en vuestra fe y en la vida cristiana. Peregrinamos en Cristo, camino que nos lleva hacia el Padre. Todos somos caminantes y todos aspiramos a llegar juntos a la meta. ¿Acaso no son estas suficientes razones para vivir en la comunión que el Espíritu nos ha dado? ¿No será más grande nuestra alegría si todos nos encontramos con el Sucesor de Pedro que viene a confirmarnos en la fe? Pidamos, pues, unos por otros para que esta Jornada Mundial, como las anteriores, nos arraigue y edifique en Cristo y convierta nuestra fe en la roca firme sobre la que se asiente nuestra vida. No nos faltará la protección de María, Madre de Cristo y de la Iglesia, que desde la meta de la peregrinación vigila y custodia nuestros pasos.

Os bendecimos en el Señor Jesucristo

Madrid, 2 de marzo de 2011

**NOTAS:**

- [1] Benedicto XVI, Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011, 6-VIII, 2010.
- [2] Benedicto XVI, Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011, 6-VIII, 2010, 6.
- [3] Benedicto XVI, Mensaje, 5.
- [4] Benedicto XVI, Mensaje, 5.
- [5] Benedicto XVI, Mensaje, 6.

## **Nota de prensa final de la XCVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española**

*Viernes, 04 de Marzo de 2011*

Los obispos españoles han celebrado del 28 de febrero al 4 de marzo la XCVII Asamblea Plenaria. Del lunes al miércoles se renovaron todos los cargos de la Conferencia Episcopal Española para el trienio 2011-2014, excepto el del Secretario General.

Además, durante la semana los obispos han estudiado diversos documentos y han aprobado un Mensaje a los jóvenes, invitándoles a participar en la próxima Jornada Mundial de la Juventud y un Directorio de la Cooperación misionera entre las iglesias para las diócesis de España.

### **Participación en la Asamblea**

Han participado en la Asamblea los 75 obispos con derecho a voto; 64 diocesanos, el Ordinario Castrense, el Administrador apostólico de Sigüenza-

Guadalajara y los 9 obispos auxiliares. Se han incorporado a la Asamblea, por primera vez, Mons. D. Xavier Novell Gomá, y el Obispo auxiliar de Sevilla, Mons. D. Santiago Gómez Sierra. También han participado, aunque sin derecho a voto, algunos de los 38 obispos eméritos.

Los obispos han tenido un recuerdo especial para el Obispo emérito de Barbastro-Monzón, Mons D. Ambrosio Echebarría Arroita, quien falleció el pasado 6 de diciembre.

### **Sesión inaugural**

El lunes 28 de febrero se inauguraba la Plenaria con el discurso del Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Cardenal Antonio M<sup>a</sup> Rouco Varela, quien dedicó una buena parte de su discurso a los jóvenes, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud que se celebra-

rá en Madrid del 16 al 21 del próximo mes de agosto. “La Jornada Mundial de la Juventud es un instrumento providencial al servicio del empeño misionero de la Iglesia en la evangelización de los jóvenes”, señaló el Cardenal. “La Iglesia que peregrina en España –destacó el Presidente de la CEE- ha sido y sigue siendo una iglesia con especial vocación de misión universal. La Jornada Mundial de Madrid pone a prueba esta vocación y ofrece una ocasión providencial para responder a ella con generosidad no menor que la de otras iglesias y siguiendo el ejemplo del mismo Benedicto XVI”.

Respecto a la misión evangelizadora de la Iglesia, el Cardenal subrayó que “después de dos mil años de evangelización, la Iglesia se encuentra hoy con que Jesucristo sigue siendo muy poco conocido y muy poco amado”. “El relativismo que se ha difundido, y para el que todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni un punto de referencia absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y conformismo con las modas del momento”.

Por otro lado, el Presidente de la CEE habló también en su discurso sobre la familia, la escuela y la parroquia e indicó que “es cada vez más claro que el futuro de las nuevas generaciones depende decisivamente de las familias cristianas”. “El Estado no puede sustituir, ni siquiera suplir, el papel propio de esas dos instituciones básicas para el desarrollo de la persona”.

Sobre el amor humano argumentó que “es la clave cultural, intelectual y moral para una realización verdadera de lo que son la familia, la escuela y la parroquia”, por lo que “la reducción emotivista e individualista del amor, dominante en la cultura pública actual, ha conducido a una situación crítica que dificulta mucho la educación para el amor y para el matrimonio y que caracteriza nuestro vigente derecho matrimonial”.

### **Saludo del Nuncio Apostólico**

En su saludo a los miembros de la Asamblea, el Nuncio Apostólico de Su Santidad en España, Mons. D. Renzo Fratini, se refirió entre otros temas al derecho a la vida. “Nunca hay motivos para frustrar el proyecto y la posibilidad de vivir a ningún ser humano concebido, ni de quitar una vida por ceder a una falsa compasión o a una equivocada idea de progreso haciéndose cómplice de un grave mal moral que contribuye a minar los cimientos de la convivencia en la justicia”. Por eso, apuntó que “sólo es digna la muerte natural aceptada personalmente y acompañada por el amor de los demás. Que alguien acabe con una vida contradice la naturaleza y el sentido de la misma vida humana”.

### **Renovación de cargos**

Entre la mañana del lunes y la tarde del miércoles se llevaron a cabo 27 elecciones: Presidente, Vicepresidente,

cuatro miembros del Comité Ejecutivo, catorce Presidentes de Comisiones Episcopales, Presidente de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos, tres Presidentes de Subcomisiones Episcopales y tres miembros del Consejo de Economía. El jueves por la mañana quedaban constituidas las Comisiones Episcopales y la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos.

En esta Asamblea tenían derecho a voto los 64 obispos diocesanos, el Ordinario Castrense, el Administrador apostólico de Sigüenza-Guadalajara y los 9 obispos auxiliares. En total, 75 personas con derecho a voto, por lo que para obtener la mayoría absoluta han sido necesarios 38 votos.

En la mañana del martes, día 1 de marzo, era reelegido como Presidente de la CEE, en primera votación con 39 votos, el Arzobispo de Madrid, Cardenal Antonio M<sup>a</sup> Rouco Varela, para un segundo trienio consecutivo. El Cardenal Rouco Varela ya había presidido la CEE desde 1999 al 2005. El Arzobispo de Valladolid, Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, obtuvo 28 votos; el Arzobispo de Valencia, Mons. D. Carlos Osoro Sierra, 3 votos; el Arzobispo Castrense, Mons. D. Juan del Río Martín, 2 votos; y los otros 3 votos restantes fueron en blanco. En total, 75 votos.

Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez también era reelegido, para un segundo trienio, como Vicepresidente de la

Conferencia Episcopal Española. La elección tenía lugar en primera votación con 51 votos. El Cardenal Lluís Martínez Sistach, obtuvo 17 votos; Mons. D. Carlos Osoro Sierra, 3 votos; y un voto Mons. D. Juan del Río Martín y Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Arzobispo de Sevilla; además de uno en blanco. En total, 74 votos.

La misma mañana del martes se elegían los cuatro miembros que formarán el Comité Ejecutivo junto con el Presidente, el Vicepresidente y el Secretario General. Son, por orden de elección, los Arzobispos Castrense, Mons. D. Juan del Río Martín; de Sevilla, Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina; de Santiago de Compostela, Mons. D. Julián Barrio Barrio; y de Pamplona: Mons. D. Francisco Pérez González. Los cuatro en primer trienio, pues Mons. del Río y Mons. Asenjo entraron a formar parte del Ejecutivo en sustitución de los Cardenales Cañizares y Amigo, y no computa el tiempo que lleven en el cargo, según establecen los estatutos de la CEE.

La Comisión Permanente se elegía entre la tarde del martes y la mañana del miércoles. Está compuesta por 23 Obispos: los 7 miembros del Comité Ejecutivo, los 14 Presidentes de las Comisiones Episcopales y los representantes de las Provincias eclesiásticas que no tienen por otro título ningún representante en la Permanente (en esta ocasión, Burgos y Zaragoza).

Han sido reelegidos, para un segundo trienio consecutivo, los Presidentes de las Comisiones Episcopales de Enseñanza y Catequesis, Mons. D. Casimiro López Llorente, Obispo de Segorbe-Castellón; Pastoral Social, Mons. D. Santiago García Aracil, Arzobispo de Mérida-Badajoz; y Seminarios y Universidades, Mons. D. José Ángel Saiz Meneses, Obispo de Terrassa.

Comienzan en primer trienio los Presidentes de las Comisiones Episcopales de Apostolado Seglar, Mons. D. Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Valencia; Clero, Mons. D. Jesús E. Catalá Ibáñez, Obispo de Málaga; Doctrina de la Fe, Mons. D. Adolfo González Montes, Obispo de Almería; Liturgia, Cardenal Lluís Martínez Sistach; Medios de Comunicación Social, Mons. D. Joan Piris Frígola, Obispo de Lleida; Migraciones, Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos, Obispo de Albacete; Misiones, Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo; Pastoral, Mons. D. Sebastià Taltavull Anglada, Obispo auxiliar de Barcelona; Patrimonio Cultural, Mons. D. Jesús García Burillo, Obispo de Ávila; Relaciones Interconfesionales, Mons. D. Fco. Javier Martínez Fernández, Arzobispo de Granada; y Vida Consagrada, Mons. D. Vicente Jiménez Zamora, Obispo de Santander.

Continúan en el cargo los Presidentes de las tres Subcomisiones Episcopales: Catequesis, Mons. D. Javier Salinas Viñals, Obispo de Tortosa; Familia

y Defensa de la Vida, Mons. D. Juan Antonio Reig Plà, Obispo de Alcalá de Henares; y Universidades, Mons. D. Agustín Cortés Soriano, Obispo de Sant. Feliu de Llobregat. Por su parte, el Obispo de Salamanca, Mons. D. Carlos López Hernández, ha sido reelegido Presidente de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos. Además, continúan siendo miembros del Consejo de Economía el Arzobispo de Urgell, D. Joan Enric Vives i Sicília; y los obispos de Ciudad Real, Antonio Algora Hernández; y de Orihuela-Alicante, Mons. D. Rafael Palmero Ramos. Todos estos cargos no tienen límite estatutario de tiempo.

Por último, el jueves por la mañana quedaban constituidas las Comisiones Episcopales y la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos. (Se adjunta el listado con todos los organismos y sus respectivos miembros para el trienio 2011-2014).

### **Mensaje a los jóvenes**

Los obispos han aprobado un Mensaje a los jóvenes, en el que les invitan a participar en la próxima Jornada Mundial de la Juventud y a hacerlo como expresión de su adhesión a Cristo y pertenencia a la Iglesia. “La Jornada Mundial de la Juventud será una auténtica fiesta de la fe, que mostrará cómo son los cristianos que necesita el mundo de hoy: «artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano, un mundo según Dios», que

se comprometen «en diferentes ámbitos de la vida social, con competencia y profesionalidad, contribuyendo eficazmente al bien de todos» (...) Vuestra responsabilidad como jóvenes del país que acoge es muy grande. Vosotros seréis en cierto sentido el rostro de la Iglesia joven que recibirá a los peregrinos del mundo entero”.

### Otros temas

También se ha aprobado un “Directorio de la Cooperación misionera entre las iglesias para las diócesis de España” -título provisional-, elaborado por la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. El objetivo del Directorio es unificar criterios entre los distintos organismos que aportan la colaboración de los fieles para proyectos misioneros, como pueden ser las Obras Misionales Pontificias, las propias diócesis o iniciativas de otras comu-

nidades cristianas, asociaciones y parroquias. Los obispos también han dado su aprobación a un documento sobre “La transmisión de la fe. Orientaciones para la acción coordinada de la parroquia, la familia y la escuela”, que habrá de volver a la Comisión Permanente tras la introducción de algunas mejoras.

El borrador sobre “La verdad del amor humano” y la ponencia “Hacia una renovada pastoral de las vocaciones sacerdotales” no han podido ser estudiados con detenimiento y volverán a la próxima Asamblea Plenaria.

Como es habitual, la Asamblea Plenaria ha tratado asuntos de seguimiento y temas económicos. En esta sesión, los obispos han abordado además las líneas principales del próximo Plan Pastoral de la CEE, que sucederá al aprobado en 2006 “Yo soy el Pan de Vida. Vivir de la Eucaristía”.







# IGLESIA UNIVERSAL

---



## IGLESIA UNIVERSAL

### SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

#### ÁNGELUS

*Plaza de San Pedro. Domingo, 27 de febrero de 2011*

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de hoy se hace eco de una de las palabras más conmovedoras de la Sagrada Escritura. El Espíritu Santo nos la ha dado a través de la pluma del llamado «segundo Isaías», el cual, para consolar a Jerusalén, afligida por desventuras, dice así: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49, 15). Esta invitación a la confianza en el amor indefectible de Dios se nos presenta también en el pasaje, igualmente sugestivo, del evangelio de san Mateo, en el que Jesús exhorta a sus discípulos a confiar en la providencia del Padre celestial, que alimenta a los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo, y conoce todas nuestras necesidades (cf. 6, 24-34). Así dice el Maestro: «No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso».

Ante la situación de tantas personas, cercanas o lejanas, que viven

en la miseria, estas palabras de Jesús podrían parecer poco realistas o, incluso, evasivas. En realidad, el Señor quiere dar a entender con claridad que no es posible servir a dos señores: a Dios y a la riqueza. Quien cree en Dios, Padre lleno de amor por sus hijos, pone en primer lugar la búsqueda de su reino, de su voluntad. Y eso es precisamente lo contrario del fatalismo o de un ingenuo irenismo. La fe en la Providencia, de hecho, no exime de la ardua lucha por una vida digna, sino que libera de la preocupación por las cosas y del miedo del mañana. Es evidente que esta enseñanza de Jesús, si bien sigue manteniendo su verdad y validez para todos, se practica de maneras diferentes según las distintas vocaciones: un fraile franciscano podrá seguirla de manera más radical, mientras que un padre de familia deberá tener en cuenta sus deberes hacia su esposa e hijos. En todo caso, sin embargo, el cristiano se distingue por su absoluta confianza en el Padre celestial, como Jesús. Precisamente la relación con Dios Padre da sentido a toda la vida de Cristo, a sus palabras, a sus gestos de salvación, hasta su pasión, muerte y resurrección. Jesús nos demostró lo que significa vivir con los pies bien

plantados en la tierra, atentos a las situaciones concretas del prójimo y, al mismo tiempo, teniendo siempre el corazón en el cielo, sumergido en la misericordia de Dios.

Queridos amigos, a la luz de la Palabra de Dios de este domingo, os invito a invocar a la Virgen María con el título de Madre de la divina Providencia. A ella le encomendamos nuestra vida, el camino de la Iglesia y las vicisitudes de la historia. En particular, invocamos su intercesión para que todos aprendamos a vivir siguiendo un estilo más sencillo y sobrio en la actividad diaria y en el respeto de la creación, que Dios ha encomendado a nuestra custodia.

***Plaza de San Pedro, Domingo 6 de marzo de 2011***

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo presenta la conclusión del «Sermón de la montaña», donde el Señor Jesús, a través de la parábola de las dos casas, una construida sobre roca y otra sobre arena, invita a sus discípulos a escuchar sus palabras y a ponerlas en práctica (cf. *Mt* 7, 24). De este modo sitúa al discípulo y su camino de fe en el horizonte de la Alianza, constituida por la relación que Dios estableció con el hombre, a través del don de su Palabra, entrando en comunicación con nosotros. El concilio Vaticano II afirma:

«Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía». (*Dei Verbum*, 2). «En esta visión, cada hombre se presenta como el destinatario de la Palabra, interpelado y llamado a entrar en este diálogo de amor mediante su respuesta libre» (*Verbum Domini*, 22). Jesús es la Palabra viva de Dios. Cuando enseñaba, la gente reconocía en sus palabras la misma autoridad divina, sentía la cercanía del Señor, su amor misericordioso, y alababa a Dios. En toda época y en todo lugar, quien tiene la gracia de conocer a Jesús, especialmente a través de la lectura del santo Evangelio, queda fascinado con él, reconociendo que en su predicación, en sus gestos, en su Persona, él nos revela el verdadero rostro de Dios, y al mismo tiempo nos revela a nosotros mismos, nos hace sentir la alegría de ser hijos del Padre que está en el cielo, indicándonos la base sólida sobre la cual debemos edificar nuestra vida.

Pero a menudo el hombre no construye su obrar, su existencia, sobre esta identidad, y prefiere las arenas de las ideologías, del poder, del éxito y del dinero, pensando encontrar en ellos estabilidad y la respuesta a la insuprimible demanda de felicidad y de plenitud que lleva en su alma. Y nosotros, ¿sobre qué queremos construir nuestra vida? ¿Quién puede responder verdaderamente a la inquietud de nuestro corazón? ¡Cristo es la roca de nuestra vida! Él es la Palabra eterna y definiti-

va que no hace temer ningún tipo de adversidad, de dificultad, de molestia (cf. *Verbum Domini*, 10). Que la Palabra de Dios impregne toda nuestra vida, nuestro pensamiento y nuestra acción, como proclama la primera lectura de la liturgia de hoy, tomada del libro del Deuteronomio: «Meted estas palabras mías en vuestro corazón y en vuestra alma, atadlas a la muñeca como un signo y ponedlas de señal en vuestra frente» (11, 18). Queridos hermanos, os exhorto a dedicar tiempo cada día a la Palabra de Dios, a alimentaros de ella, a meditarla continuamente. Es una ayuda preciosa también para evitar un activismo superficial, que puede satisfacer por un momento el orgullo, pero que al final nos deja vacíos e insatisfechos.

Invocamos la ayuda de la Virgen María, cuya existencia estuvo marcada por la fidelidad a la Palabra de Dios. La contemplamos en la Anunciación, al pie de la cruz, y ahora, partícipe de la gloria de Cristo resucitado. Como ella, queremos renovar nuestro «sí» y encomendar con confianza a Dios nuestro camino.

***Plaza de San Pedro. Domingo, 13 de marzo de 2011***

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy es el primer domingo de Cuaresma, el tiempo litúrgico de cuaren-

ta días que constituye en la Iglesia un camino espiritual de preparación para la Pascua. Se trata, en definitiva, de seguir a Jesús, que se dirige decididamente hacia la cruz, culmen de su misión de salvación. Si nos preguntamos: ¿por qué la Cuaresma? ¿Por qué la cruz? La respuesta, en términos radicales, es esta: porque existe el mal, más aún, el pecado, que según las Escrituras es la causa profunda de todo mal. Pero esta afirmación no es algo que se puede dar por descontado, y muchos rechazan la misma palabra «pecado», pues supone una visión religiosa del mundo y del hombre. Y es verdad: si se elimina a Dios del horizonte del mundo, no se puede hablar de pecado. Al igual que cuando se oculta el sol desaparecen las sombras -la sombra sólo aparece cuando hay sol-, del mismo modo el eclipse de Dios conlleva necesariamente el eclipse del pecado. Por eso, el sentido del pecado -que no es lo mismo que el «sentido de culpa», como lo entiende la psicología-, se alcanza re-descubriendo el sentido de Dios. Lo expresa el Salmo Miserere, atribuido al rey David con ocasión de su doble pecado de adulterio y homicidio: «Contra ti -dice David, dirigiéndose a Dios-, contra ti sólo pequé» (*Sal* 51, 6).

Ante el mal moral, la actitud de Dios es la de oponerse al pecado y salvar al pecador. Dios no tolera el mal, porque es amor, justicia, fidelidad; y precisamente por esto no

quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Para salvar a la humanidad, Dios interviene: lo vemos en toda la historia del pueblo judío, desde la liberación de Egipto. Dios está decidido a liberar a sus hijos de la esclavitud para conducirlos a la libertad. Y la esclavitud más grave y profunda es precisamente la del pecado. Por esto, Dios envió a su Hijo al mundo: para liberar a los hombres del dominio de Satanás, «origen y causa de todo pecado». Lo envió a nuestra carne mortal para que se convirtiera en víctima de expiación, muriendo por nosotros en la cruz. Contra este plan de salvación definitivo y universal, el Diablo se ha opuesto con todas sus fuerzas, como lo demuestra en particular el Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, que se proclama cada año en el primer domingo de Cuaresma. De hecho, entrar en este tiempo litúrgico significa ponerse cada vez del lado de Cristo contra el pecado, afrontar -sea como individuos sea como Iglesia- el combate espiritual contra el espíritu del mal (*Miércoles de Ceniza, oración colecta*).

Por eso, invocamos la ayuda maternal de María santísima para el camino cuaresmal que acaba de comenzar, a fin de que abunde en frutos de conversión. Pido un recuerdo especial en la oración por mí y por mis colaboradores de la Curia romana, que esta tarde comenzaremos la semana de ejercicios espirituales.

### *Plaza de San Pedro. Domingo, 20 de marzo de 2011*

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias al Señor que me ha permitido vivir en los días pasados los ejercicios espirituales, y me siento agradecido a cuantos me han manifestado su cercanía con la oración. Este domingo, segundo de Cuaresma, se suele denominar de la Transfiguración, porque el Evangelio narra este misterio de la vida de Cristo. Él, tras anunciar a sus discípulos su pasión, «tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz» (Mt 17, 1-2). Según los sentidos, la luz del sol es la más intensa que se conoce en la naturaleza, pero, según el espíritu, los discípulos vieron, por un breve tiempo, un esplendor aún más intenso, el de la gloria divina de Jesús, que ilumina toda la historia de la salvación. San Máximo el Confesor afirma que «los vestidos que se habían vuelto blancos llevaban el símbolo de las palabras de la Sagrada Escritura, que se volvían claras, transparentes y luminosas» (*Ambiguum* 10: pg 91, 1128 b).

Dice el Evangelio que, junto a Jesús transfigurado, «aparecieron Moisés y Elías conversando con él» (Mt 17, 3); Moisés y Elías, figura de la Ley y de los Profetas. Fue entonces cuando Pedro, extasiado, exclamó: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres

tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (*Mt* 17, 4). Pero san Agustín comenta diciendo que nosotros tenemos sólo una morada: Cristo; él «es la Palabra de Dios, Palabra de Dios en la Ley, Palabra de Dios en los Profetas» (*Sermo De Verbis Ev.* 78, 3: pl 38, 491). De hecho, el Padre mismo proclama: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo» (*Mt* 17, 5). La Transfiguración no es un cambio de Jesús, sino que es la revelación de su divinidad, «la íntima compenetración de su ser con Dios, que se convierte en luz pura. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 361). Pedro, Santiago y Juan, contemplando la divinidad del Señor, se preparan para afrontar el escándalo de la cruz, como se canta en un antiguo himno: «En el monte te transfiguraste y tus discípulos, en la medida de su capacidad, contemplaron tu gloria, para que, viéndote crucificado, comprendieran que tu pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que tú eres verdaderamente el esplendor del Padre» (*Kontáktion eis ten metamórphosin*, en: *Menaia*, t. 6, Roma 1901, 341).

Queridos amigos, participemos también nosotros de esta visión y de este don sobrenatural, dando espacio a la oración y a la escucha de la Palabra de Dios. Además, especialmente en este tiempo de Cuaresma, os exhorto, como escribe el siervo de Dios Pablo vi, «a responder al precepto divino de la penitencia con algún acto voluntario, además de las renunciaciones impuestas

por el peso de la vida diaria» (*const. ap. Penitemini*, 17 de febrero de 1966, iii, c: aas 58 [1966] 182). Invoquemos a la Virgen María, para que nos ayude a escuchar y seguir siempre al Señor Jesús, hasta la pasión y la cruz, para participar también en su gloria.

### **Llamamiento por la paz en Libia**

En los días pasados las preocupantes noticias que llegaban de Libia han suscitado también en mí viva inquietud y temor. Por ello hice particular oración al Señor durante la semana de los ejercicios espirituales. Sigo ahora los últimos acontecimientos con gran preocupación, rezo por quienes están implicados en la dramática situación de ese país y dirijo un apremiante llamamiento a cuantos tienen responsabilidades políticas y militares, para que den prioridad, ante todo, a la incolumidad y la seguridad de los ciudadanos y garanticen el acceso a la ayuda humanitaria. A la población deseo asegurar mi afectuosa cercanía, mientras pido a Dios que un horizonte de paz y de concordia surja lo antes posible en Libia y en toda la región del norte de África

### **Plaza de San Pedro. Domingo, 27 de marzo de 2011**

Queridos hermanos y hermanas:

Este tercer domingo de Cuaresma se caracteriza por el célebre diálogo de

Jesús con la mujer samaritana, narrado por el evangelista san Juan. La mujer iba todos los días a sacar agua de un antiguo pozo, que se remontaba a los tiempos del patriarca Jacob, y ese día se encontró con Jesús, sentado, «cansado del camino» (*Jn 4, 6*). San Agustín comenta: «Hay un motivo en el cansancio de Jesús... La fuerza de Cristo te ha creado, la debilidad de Cristo te ha regenerado... Con la fuerza nos ha creado, con su debilidad vino a buscarlos» (*In Ioh. Ev.*, 15, 2). El cansancio de Jesús, signo de su verdadera humanidad, se puede ver como un prelude de su pasión, con la que realizó la obra de nuestra redención. En particular, en el encuentro con la Samaritana, en el pozo, sale el tema de la «sed» de Cristo, que culmina en el grito en la cruz: «Tengo sed» (*Jn 19, 28*). Ciertamente esta sed, como el cansancio, tiene una base física. Pero Jesús, como dice también Agustín, «tenía sed de la fe de esa mujer» (*In Ioh. Ev.*, 15, 11), al igual que de la fe de todos nosotros. Dios Padre lo envió para saciar nuestra sed de vida eterna, dándonos su amor, pero para hacernos este don Jesús pide nuestra fe. La omnipotencia del Amor respeta siempre la libertad del hombre; llama a su corazón y espera con paciencia su respuesta.

En el encuentro con la Samaritana, destaca en primer lugar el símbolo del agua, que alude claramente al sacramento del Bautismo, manantial de vida nueva por la fe en la gracia de Dios. En efecto, este Evangelio, como recordé en la

catequesis del miércoles de Ceniza, forma parte del antiguo itinerario de preparación de los catecúmenos a la iniciación cristiana, que tenía lugar en la gran Vigilia de la noche de Pascua. «El que beba del agua que yo le daré -dice Jesús-, nunca más tendrá sed. El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (*Jn 4, 14*). Esta agua representa al Espíritu Santo, el «don» por excelencia que Jesús vino a traer de parte de Dios Padre. Quien renace por el agua y el Espíritu Santo, es decir, en el Bautismo, entra en una relación real con Dios, una relación filial, y puede adorarlo «en espíritu y en verdad» (*Jn 4, 23.24*), como revela también Jesús a la mujer samaritana. Gracias al encuentro con Jesucristo y al don del Espíritu Santo, la fe del hombre llega a su cumplimiento, como respuesta a la plenitud de la revelación de Dios.

Cada uno de nosotros puede identificarse con la mujer samaritana: Jesús nos espera, especialmente en este tiempo de Cuaresma, para hablar a nuestro corazón, a mi corazón. Detengámonos un momento en silencio, en nuestra habitación, o en una iglesia, o en otro lugar retirado. Escuchemos su voz que nos dice: «Si conocieras el don de Dios...». Que la Virgen María nos ayude a no faltar a esta cita, de la que depende nuestra verdadera felicidad.

### **Nuevo llamamiento por Libia**

Ante las noticias, cada vez más dramáticas, que llegan de Libia, crece mi



preocupación por la incolumidad y la seguridad de la población civil, y mi inquietud por la evolución de la situación, actualmente marcada por el uso de las armas. En los momentos de mayor tensión resulta más urgente la exigencia de recurrir a todos los medios de los que dispone la acción diplomática y apoyar toda señal, por más débil que sea, de apertura y de voluntad de reconciliación entre todas las partes implicadas, en la búsqueda de soluciones pacíficas y duraderas. Desde esta perspectiva, mientras elevo al Señor mi oración por la vuelta a la concordia en Libia y en toda la

región del norte de África, dirijo un apremiante llamamiento a los organismos internacionales y a cuantos tienen responsabilidades políticas y militares, para el inmediato inicio de un diálogo que suspenda el uso de las armas.

Por último mi pensamiento se dirige a las autoridades y a los ciudadanos de Oriente Medio, donde en días pasados se han producido varios casos de violencia, para que también allí se privilegie el camino del diálogo y de la reconciliación en la búsqueda de una convivencia justa y fraterna.

## AUDIENCIAS GENERALES

***Sala Pablo VI. Miércoles, 2 de marzo de 2011***

### **San Francisco de Sales**

Queridos hermanos y hermanas:

«Dios es el Dios del corazón humano» (*Tratado del amor de Dios, I, XV*): en estas palabras aparentemente sencillas captamos la huella de la espiritualidad de un gran maestro, del que quiero hablaros hoy, san Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia. Nació en 1567 en una región francesa fronteriza. Era hijo del señor de Boisy, una antigua y noble familia de Saboya. Vivió a caballo entre dos siglos, el XVI y el

XVII, recogió en sí lo mejor de las enseñanzas y de las conquistas culturales del siglo que terminaba, reconciliando la herencia del humanismo con la tendencia hacia lo absoluto propia de las corrientes místicas. Su formación fue muy esmerada; en París hizo los estudios superiores, dedicándose también a la teología; y en la Universidad de Padua, los estudios de derecho, como deseaba su padre, que concluyó de forma brillante con el doctorado en utroque iure, derecho canónico y derecho civil. En su armoniosa juventud, reflexionando sobre el pensamiento de san Agustín y de santo Tomás de Aquino, tuvo una profunda crisis que lo indujo a interrogarse sobre su salvación eterna y sobre la

predestinación de Dios con respecto a sí mismo, sufriendo como verdadero drama espiritual las principales cuestiones teológicas de su tiempo. Oraba intensamente, pero la duda lo atormentó de tal manera que durante varias semanas casi no logró comer ni dormir bien. En el culmen de la prueba, fue a la iglesia de los dominicos en París y, abriendo su corazón, rezó de esta manera: «Cualquier cosa que suceda, Señor, tú que tienes todo en tu mano, y cuyos caminos son justicia y verdad; cualquier cosa que tu hayas decidido para mí...; tú que eres siempre juez justo y Padre misericordioso, yo te amaré, Señor (...), te amaré aquí, oh Dios mío, y esperaré siempre en tu misericordia, y repetiré siempre tu alabanza... ¡Oh Señor Jesús, tu serás siempre mi esperanza y mi salvación en la tierra de los vivos!» (*I Proc. Canon., vol. I, art. 4*). A sus veinte años Francisco encontró la paz en la realidad radical y liberadora del amor de Dios: amarlo sin pedir nada a cambio y confiar en el amor divino; no preguntar más qué hará Dios conmigo: yo sencillamente lo amo, independientemente de lo que me dé o no me dé. Así encontró la paz y la cuestión de la predestinación -sobre la que se discutía en ese tiempo- se resolvió, porque él no buscaba más de lo que podía recibir de Dios; sencillamente lo amaba, se abandonaba a su bondad. Este fue el secreto de su vida, que se reflejará en su obra más importante: el Tratado del amor de Dios.

Venciendo la resistencia de su padre, Francisco siguió la llamada del Señor y,

el 18 de diciembre de 1593, fue ordenado sacerdote. En 1602 se convirtió en obispo de Ginebra, en un período en el que la ciudad era el bastión del calvinismo, tanto que la sede episcopal se encontraba «en exilio» en Annecy. Pastor de una diócesis pobre y atormentada, en un enclave de montaña del que conocía bien tanto la dureza como la belleza, escribió: «[A Dios] lo encontré lleno de dulzura y ternura entre nuestras más altas y ásperas montañas, donde muchas almas sencillas lo amaban y lo adoraban con toda verdad y sinceridad; el corzo y el rebeco corrían de aquí para allá entre los hielos espantosos para anunciar sus alabanzas», (*Carta a la madre de Chantal*, octubre de 1606, en *Oeuvres*, ed. Mackey, t. XIII, p. 223). Y, sin embargo, fue inmensa la influencia de su vida y de su enseñanza en la Europa de la época y de los siglos siguientes. Es apóstol, predicador, escritor, hombre de acción y de oración; comprometido en hacer realidad los ideales del concilio de Trento; implicado en la controversia y en el diálogo con los protestantes, experimentando cada vez más la eficacia de la relación personal y de la caridad, más allá del necesario enfrentamiento teológico; encargado de misiones diplomáticas a nivel europeo, y de tareas sociales de mediación y reconciliación. Pero san Francisco de Sales es, sobre todo, un director de almas: el encuentro con una mujer joven, la señora de Charmois, lo impulsó a escribir uno de los libros más leídos de la edad moderna, la *Introducción a la vida devota*. De su profunda comunión espiritual con una

personalidad excepcional, santa Juana Francisca de Chantal, nació una nueva familia religiosa, la Orden de la Visitación, caracterizada -como quiso el santo- por una consagración total a Dios vivida en la sencillez y la humildad, en hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias: «...quiero que mis Hijas -escribió- no tengan otro ideal que el de glorificar [a nuestro Señor] con su humildad» (*Carta a mons. de Marquemond, junio de 1615*). Murió en 1622, a los cincuenta y cinco años, tras una existencia marcada por la dureza de los tiempos y por los trabajos apostólicos.

La vida de san Francisco de Sales fue relativamente breve, pero de gran intensidad. La figura de este santo produce una impresión de extraña plenitud, demostrada con la serenidad de su búsqueda intelectual, pero también en la riqueza de sus afectos, en la «dulzura» de sus enseñanzas que han ejercido gran influencia en la conciencia cristiana. De la palabra «humanidad» encarnó distintas acepciones que, hoy como ayer, puede asumir este término: cultura y cortesía, libertad y ternura, nobleza y solidaridad. En su aspecto tenía algo de la majestad del paisaje en que vivió, conservando también su sencillez y su naturaleza. Las antiguas palabras y las imágenes con las que se expresaba resuenan inesperadamente, también en el oído del hombre de hoy, como una lengua nativa y familiar.

A Filotea, destinataria ideal de su *Introducción a la vida devota* (1607), san

Francisco de Sales dirige una invitación que en su época pudo parecer revolucionaria. Es la invitación a ser completamente de Dios, viviendo en plenitud la presencia en el mundo y los deberes del propio estado. «Mi intención es la de instruir a aquellos que viven en la ciudad, en el estado conyugal, en la corte...» (*Prefacio a la Introducción a la vida devota*). El documento con el que el Papa Pío IX, más de dos siglos después, lo proclamó doctor de la Iglesia insiste en esta ampliación de la llamada a la perfección, a la santidad. En él se dice: «[la verdadera piedad] ha penetrado hasta el trono de los reyes, en la tienda de los jefes de los ejércitos, en el tribunal de los jueces, en las oficinas, en las tiendas e incluso en las cabañas de los pastores» (*breve Dives in misericordia*, 16 de noviembre de 1877). Así nacía la llamada a los laicos, el interés por la consagración de las cosas temporales y por la santificación de lo cotidiano, en los que insistirán el concilio Vaticano II y la espiritualidad de nuestro tiempo. Se manifestaba el ideal de una humanidad reconciliada, en la sintonía entre acción en el mundo y oración, entre condición secular y búsqueda de la perfección, con la ayuda de la gracia de Dios que impregna lo humano y, sin destruirlo, lo purifica, elevándolo a las alturas divinas. A Teótimo, el cristiano adulto, espiritualmente maduro, al que dirige unos años más tarde su *Tratado del amor de Dios* (1616), san Francisco de Sales ofrece una lección más compleja. Esta lección supone, al inicio, una precisa visión del ser huma-

no, una antropología: la «razón» del hombre, más aún, el «alma racional», se presenta allí como una arquitectura armónica, un templo, articulado en varios espacios, alrededor de un centro, que él llama, junto con los grandes místicos, «cima», «punta» del espíritu, o «fondo» del alma. Es el punto en el que la razón, recorridos todos sus grados, «cierra los ojos» y el conocimiento se funde con el amor (cf. *libro I, cap. XII*). Que el amor, en su dimensión teologal, divina, sea la razón de ser de todas las cosas, en una escala ascendente que no parece conocer fracturas o abismos, san Francisco de Sales lo resumió en una famosa frase: «El hombre es la perfección del universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor es la del espíritu; y la caridad es la perfección del amor» (*ib., libro X, cap. I*).

En un tiempo de intenso florecimiento místico, el Tratado del amor de Dios es una verdadera *summa*, y a la vez una fascinante obra literaria. Su descripción del itinerario hacia Dios parte del reconocimiento de la «inclinación natural» (*ib., libro I, cap. XVI*), inscrita en el corazón del hombre, aunque pecador, a amar a Dios sobre todas las cosas. Según el modelo de la Sagrada Escritura, san Francisco de Sales habla de la unión entre Dios y el hombre desarrollando una serie de imágenes de relación interpersonal. Su Dios es padre y señor, esposo y amigo, tiene características maternas y de nodriza, es el sol del que incluso la noche es misteriosa revelación. Ese Dios

atrae hacia sí al hombre con vínculos de amor, es decir, de verdadera libertad: «Ya que el amor no tiene forzados ni esclavos, sino que reduce todas las cosas bajo la propia obediencia con una fuerza tan deliciosa que, si nada es tan fuerte como el amor, nada es tan amable como su fuerza» (*ib., libro I, cap. VI*). En el Tratado de nuestro santo encontramos una meditación profunda sobre la voluntad humana y la descripción de su fluir, pasar, morir, para vivir (cf. *ib., libro IX, cap. XIII*) en el completo abandono no sólo a la voluntad de Dios, sino también a lo que a él le complace, a su «bon plaisir», a su beneplácito (cf. *ib., libro IX, cap. I*). En la cumbre de la unión con Dios, además de los arrebatos del éxtasis contemplativo, se coloca ese fluir de la caridad concreta, que está atenta a todas las necesidades de los demás y que él llama «éxtasis de la vida y de las obras» (*ib., libro VII, cap. VI*).

Leyendo el libro sobre el amor de Dios, y más aún las numerosas cartas de dirección y de amistad espiritual, se nota bien qué gran conocedor del corazón humano fue san Francisco de Sales. A santa Juana de Chantal escribe: «Esta es la regla de nuestra obediencia, que os escribo con letras mayúsculas: hacer todo por amor, nada por la fuerza, amar más la obediencia que temer la desobediencia. Os dejo el espíritu de libertad, ya no el que excluye la obediencia, pues esta es la libertad del mundo; sino el que excluye la violencia, el ansia y el escúpulo» (*Carta del*

14 de octubre de 1604). No por nada, en el origen de muchos de los caminos de la pedagogía y de la espiritualidad de nuestro tiempo encontramos precisamente las huellas de este maestro, sin el cual no hubieran existido san Juan Bosco ni el heroico «caminito» de santa Teresa de Lisieux.

Queridos hermanos y hermanas, en un tiempo como el nuestro que busca la libertad, incluso con violencia e inquietud, no se debe perder la actualidad de este gran maestro de espiritualidad y de paz, que lega a sus discípulos el «espíritu de libertad», la verdadera, como culmen de una enseñanza fascinante y completa sobre la realidad del amor.

San Francisco de Sales es un testigo ejemplar del humanismo cristiano. Con su estilo familiar, con parábolas que tienen a menudo el batir de alas de la poesía, recuerda que el hombre lleva inscrita en lo más profundo de su ser la nostalgia de Dios y que sólo en él encuentra la verdadera alegría y su realización más plena.

**Sala Pablo VI. Miércoles, 9 de marzo de 2011**

### **Miércoles de Ceniza**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, marcados por el austero símbolo de la Ceniza, entramos en el tiem-

po de Cuaresma, comenzando un itinerario espiritual que nos prepara para celebrar dignamente los misterios pascales. La ceniza bendita impuesta sobre nuestra cabeza es un signo que nos recuerda nuestra condición de criaturas, nos invita a la penitencia y a intensificar el compromiso de conversión para seguir cada vez más al Señor.

La Cuaresma es un camino, es acompañar a Jesús que sube a Jerusalén, lugar del cumplimiento de su misterio de pasión, muerte y resurrección; nos recuerda que la vida cristiana es un «camino» por recorrer, que no consiste tanto en una ley que debemos observar, sino en la persona misma de Cristo, a quien hemos de encontrar, acoger y seguir. De hecho Jesús nos dice: : «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (*Lc 9, 23*). O sea, nos dice que para llegar con él a la luz y a la alegría de la resurrección, a la victoria de la vida, del amor, del bien, también nosotros debemos tomar la cruz de cada día, como nos exhorta una hermosa página de la Imitación de Cristo: «Toma, pues, tu cruz y sigue a Jesús; así entrarás en la vida eterna. Te ha precedido él mismo, llevando su cruz (cf. *Jn 19, 17*) y ha muerto por ti, para que también tú llevaras tu cruz y desearas ser también tú crucificado. Pues si mueres con él, vivirás con él y como él. Si lo acompañas en el sufrimiento, lo acompañarás también en la gloria» (*L. 2, c. 12, n. 2*). En la santa misa del Primer Domingo de Cuaresma rezaremos: «Al

celebrar un año más la santa Cuaresma, signo sacramental de nuestra conversión, concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en plenitud» (*Colecta*). Es una invocación que dirigimos a Dios porque sabemos que sólo él puede convertir nuestro corazón. Y es sobre todo en la liturgia, en la participación en los santos misterios, donde somos impulsados a recorrer este camino con el Señor; es entrar en la escuela de Jesús, recorrer los acontecimientos que nos trajeron la salvación, pero no como una simple conmemoración, como un recuerdo de hechos pasados. En las acciones litúrgicas Cristo se hace presente a través de la obra del Espíritu Santo; esos acontecimientos salvíficos se hacen actuales. Hay una palabra clave que aparece con frecuencia en la liturgia para indicar esto: la palabra «hoy»; y se ha de entender en sentido originario y concreto, no metafórico. Hoy Dios revela su ley y a nosotros se nos da escoger hoy entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte (cf. *Dt* 30, 19); hoy «está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc* 1, 15); hoy Cristo ha muerto en el Calvario y ha resucitado de entre los muertos; ha subido al cielo y está sentado a la derecha del Padre; hoy se nos ha dado el Espíritu Santo; hoy es tiempo favorable. Participar en la liturgia significa, entonces, sumergir la propia vida en el misterio de Cristo, en su presencia permanente, recorrer un camino en el que entramos en su muerte y resurrección para tener la vida.

En los domingos de Cuaresma, y de modo muy particular en este año litúrgico del ciclo A, se nos introduce a vivir un itinerario bautismal, casi a volver a recorrer el camino de los catecúmenos, de quienes se preparan a recibir el Bautismo, para reavivar en nosotros este don y para hacer que nuestra vida recupere las exigencias y los compromisos de este sacramento, que está en la base de nuestra vida cristiana. En el Mensaje que envié para esta Cuaresma recordé el nexo particular que une el tiempo de Cuaresma al Bautismo. Desde siempre la Iglesia asocia la Vigilia pascual a la celebración del Bautismo, paso a paso: en él se realiza el gran misterio por el que el hombre, muerto al pecado, se hace partícipe de la vida nueva en Cristo resucitado y recibe el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos (cf. *Rm* 8, 11). Las lecturas que escucharemos en los próximos domingos y a las que os invito a prestar especial atención, están tomadas precisamente de la antigua tradición que acompañaba al catecúmeno en el descubrimiento del Bautismo: son el gran anuncio de lo que Dios realiza en este sacramento, una estupenda catequesis bautismal dirigida a cada uno de nosotros. El Primer Domingo, llamado domingo de la Tentación, porque presenta las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a renovar nuestra decisión definitiva por Dios y a afrontar con valentía la lucha que nos espera para permanecerle fieles. Siempre existe de nuevo esta necesidad de decisión, de resistir al mal, de seguir a Jesús. En este Domingo la Iglesia, después de oír el testimonio de

los padrinos y de los catequistas, celebra la elección de quienes son admitidos a los sacramentos pascuales. El Segundo Domingo se denomina de Abraham y de la Transfiguración. El Bautismo es el sacramento de la fe y de la filiación divina; como Abraham, padre de los creyentes, también a nosotros se nos invita a partir, a salir de nuestra tierra, a abandonar las seguridades que nos hemos construido, para poner nuestra confianza en Dios; la meta se vislumbra en la transfiguración de Cristo, el Hijo amado, en el que nosotros nos convertimos en «hijos de Dios». En los domingos sucesivos se presenta el Bautismo con las imágenes del agua, de la luz y de la vida. El Tercer Domingo nos presenta la figura de la Samaritana (cf. *Jn* 4, 5-42). Como Israel en el *Éxodo*, también nosotros en el Bautismo hemos recibido el agua que salva; Jesús, como dice a la Samaritana, tiene agua de vida, que apaga toda sed; y esta agua es su mismo Espíritu. La Iglesia en este domingo celebra el primer escrutinio de los catecúmenos y durante la semana les entrega el Símbolo: la Profesión de la fe, el Credo. El Cuarto Domingo nos hace meditar en la experiencia del «ciego de nacimiento» (cf. *Jn* 9, 1-41). En el Bautismo somos liberados de las tinieblas del mal y recibimos la luz de Cristo para vivir como hijos de la luz. También nosotros debemos aprender a ver la presencia de Dios en el rostro de Cristo y así la luz. En el camino de los catecúmenos se celebra el segundo escrutinio. Por último, el Quinto Domingo nos presenta la resurrección de Lázaro (cf. *Jn* 11, 1-45). En el Bautismo pasamos de la muerte a

la vida y nos hicimos capaces de agradecer a Dios, de hacer morir al hombre viejo para vivir del Espíritu del Resucitado. Para los catecúmenos se celebra el tercer escrutinio y durante la semana se les entrega la oración del Señor: el Padre nuestro.

Este itinerario que estamos invitados a recorrer en la Cuaresma se caracteriza, en la tradición de la Iglesia, por algunas prácticas: el ayuno, la limosna y la oración. El ayuno significa la abstinencia de alimentos, pero comprende también otras formas de privación para una vida más sobria. Todo esto, sin embargo, no es aún la realidad plena del ayuno: es el signo externo de una realidad interior, de nuestro compromiso, con la ayuda de Dios, de abstenernos del mal y de vivir del Evangelio. No ayuna de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios.

El ayuno, en la tradición cristiana, está estrechamente unido a la limosna. San León Magno enseñaba en uno de sus discursos sobre la Cuaresma: «Lo que cada cristiano está obligado a hacer en todo tiempo, debe practicarlo ahora con más solicitud y devoción, para que se cumpla la norma apostólica del ayuno cuaresmal, que consiste en la abstinencia no sólo de los alimentos, sino también y sobre todo de los pecados. A estos necesarios y santos ayunos, por lo demás, ninguna obra se puede asociar más útilmente que la limosna, la cual, bajo el nombre único de “misericordia” abarca muchas obras buenas. Es inmenso el campo de las obras de misericordia. No sólo los ricos y acauda-



lados pueden beneficiar a los demás con la limosna, sino también los de condición modesta y pobre. Así, aunque sean desiguales en sus bienes, todos pueden ser iguales en los sentimientos de piedad del alma» (*Discurso 6 sobre la Cuaresma*, 2: PL 54, 286). San Gregorio Magno, en su *Regla Pastoral*, recordaba que el ayuno se hace santo gracias a las virtudes que lo acompañan, sobre todo a la caridad, a todo gesto de generosidad, que da a los pobres y necesitados el fruto de una privación nuestra (cf. 19, 10-11).

La Cuaresma, además, es un tiempo privilegiado para la oración. San Agustín dice que el ayuno y la limosna son «las dos alas de la oración», que le permiten tomar más fácilmente su impulso y llegar hasta Dios. Afirma: «De este modo nuestra oración, hecha con humildad y caridad, con ayuno y limosna, con templanza y perdón de las ofensas, dando cosas buenas y no devolviendo las malas, alejándose del mal y haciendo el bien, busca la paz y la consigue. Con las alas de estas virtudes nuestra oración vuela segura y más fácilmente es llevada hasta el cielo, adonde Cristo nuestra paz nos ha precedido» (*Sermón 206, 3 sobre la Cuaresma*: PL38, 1042). La Iglesia sabe que, por nuestra debilidad, resulta difícil hacer silencio para ponerse en presencia de Dios, y tomar conciencia de nuestra condición de criaturas que dependen de él y de pecadores necesitados de su amor; por eso, en Cuaresma, invita a una oración más fiel e intensa y a una prolongada meditación sobre la Palabra de Dios. San Juan Crisóstomo exhorta:

«Embellece tu casa con la modestia y la humildad mediante la práctica de la oración. Haz espléndida tu habitación con la luz de la justicia; adorna sus paredes con las obras buenas como con una capa de oro puro y, en lugar de las paredes y de las piedras preciosas, coloca la fe y la magnanimidad sobrenatural, poniendo sobre cada cosa, en lo más alto, la oración como adorno de todo el conjunto. Así preparas para el Señor una digna morada; así lo acoges en un espléndido palacio. Él te concederá transformar tu alma en templo de su presencia» (*Homilía 6 sobre la oración*: pg 64, 466).

Queridos amigos, en este camino cuaresmal estemos atentos a captar la invitación de Cristo a seguirlo de modo más decidido y coherente, renovando la gracia y los compromisos de nuestro Bautismo, para abandonar el hombre viejo que hay en nosotros y revestirnos de Cristo, para llegar renovados a la Pascua y poder decir con san Pablo «ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Ga 2, 20*). ¡Feliz camino cuaresmal a todos vosotros! ¡Gracias!

***Plaza de San Pedro. Miércoles, 23 de marzo de 2011***

### **San Lorenzo de Brindis**

Queridos hermanos y hermanas:

Recuerdo aún con alegría la acogida festiva que me reservaron en 2008



en Brindis, la ciudad donde nació, en 1559, un insigne doctor de la Iglesia, san Lorenzo de Brindis, nombre que Giulio Cesare Rossi asumió al entrar en la Orden de los capuchinos. Desde la infancia se sintió atraído por la familia de san Francisco de Asís. De hecho, huérfano de padre a los siete años, fue encomendado por su madre a los cuidados de los frailes conventuales de su ciudad. Algunos años después, sin embargo, se trasladó con su madre a Venecia, y precisamente en el Véneto conoció a los capuchinos, quienes en aquel tiempo se habían puesto generosamente al servicio de toda la Iglesia para incrementar la gran reforma espiritual impulsada por el concilio de Trento. En 1575 Lorenzo, con la profesión religiosa, se convirtió en fraile capuchino y en 1582 fue ordenado sacerdote. Ya durante los estudios eclesiásticos mostró las eminentes cualidades intelectuales de las que estaba dotado. Aprendió fácilmente las lenguas antiguas, como el griego, el hebreo y el siríaco, y las modernas, como el francés y el alemán, que se añadían al conocimiento de la lengua italiana y de la latina, que en esa época se hablaba con fluidez entre los eclesiásticos y los hombres de cultura.

Gracias al dominio de tantos idiomas Lorenzo pudo realizar un intenso apostolado entre diversas clases de personas. Predicador eficaz, conocía de modo tan profundo no sólo la Biblia, pero también la literatura rabínica, que los propios rabinos se quedaban asombrados y admirados, y le manifestaban

estima y respeto. Teólogo versado en la Sagrada Escritura y en los Padres de la Iglesia, era capaz de ilustrar de modo ejemplar la doctrina católica también a los cristianos que habían adherido a la Reforma, sobre todo en Alemania. Con su exposición clara y serena, mostraba el fundamento bíblico y patrístico de todos los artículos de fe puestos en discusión por Martín Lutero. Entre ellos el primado de san Pedro y de sus sucesores, el origen divino del episcopado, la justificación como transformación interior del hombre y la necesidad de las buenas obras para la salvación. El éxito alcanzado por Lorenzo nos ayuda a comprender que también hoy, al proseguir con gran esperanza el diálogo ecuménico, la confrontación con la Sagrada Escritura, leída en la Tradición de la Iglesia, constituye un elemento irrenunciable y de fundamental importancia, como recordé en la exhortación apostólica *Verbum Domini* (n. 46).

Incluso los fieles más sencillos, no dotados de gran cultura, se beneficiaron de la palabra convincente de Lorenzo, que se dirigía a la gente humilde para exhortar a todos a la coherencia de la propia vida con la fe profesada. Esto fue un gran mérito de los capuchinos y de otras Órdenes religiosas, que en los siglos XVI y XVII, contribuyeron a la renovación de la vida cristiana penetrando a fondo en la sociedad con su testimonio de vida y su enseñanza. También hoy la nueva evangelización necesita apóstoles bien preparados, celosos y valientes, para que la luz y la

belleza del Evangelio prevalezcan sobre las orientaciones culturales del relativismo ético y de la indiferencia religiosa, y transformen los distintos modos de pensar y de actuar en un auténtico humanismo cristiano. Es sorprendente que san Lorenzo de Brindis haya podido llevar a cabo ininterrumpidamente esta actividad de apreciado e infatigable predicador en muchas ciudades de Italia y en distintos países, aunque desempeñara otros cargos gravosos y de gran responsabilidad. De hecho, en el seno de la Orden de los capuchinos fue profesor de teología, maestro de novicios, varias veces ministro provincial y definidor general y, por último, ministro general de 1602 a 1605.

En medio de tantos trabajos, Lorenzo cultivó una vida espiritual de fervor excepcional, dedicando mucho tiempo a la oración y de modo especial a la celebración de la santa misa, que a menudo prolongaba durante horas, absorto y conmovido en el memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor. En la escuela de los santos, todo presbítero, como se subrayó en repetidas ocasiones durante el reciente Año sacerdotal, solamente puede evitar el peligro del activismo, es decir, de actuar olvidando las motivaciones profundas del ministerio, si cuida su propia vida interior. Hablando a los sacerdotes y a los seminaristas en la catedral de Brindis, ciudad natal de san Lorenzo, recordé que «los momentos de oración son los más importantes de la vida del sacerdote, los momentos

en que actúa con más eficacia la gracia divina, dando fecundidad a su ministerio. Orar es el primer servicio que es preciso prestar a la comunidad. Por eso, los momentos de oración deben tener una verdadera prioridad en nuestra vida. (...) Si no estamos interiormente en comunión con Dios, no podemos dar nada tampoco a los demás. Por eso, Dios es la primera prioridad. Siempre debemos reservar el tiempo necesario para estar en comunión de oración con nuestro Señor» (*Discurso del 15 de junio de 2008: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de junio de 2008, p. 13). Por lo demás, con el ardor inconfundible de su estilo, Lorenzo exhorta a todos, no sólo a los sacerdotes, a cultivar la vida de oración porque por medio de ella nosotros hablamos a Dios y Dios nos habla a nosotros: «¡Oh, si tuviésemos en cuenta esta realidad! -exclama-, es decir, que Dios está verdaderamente presente en nosotros cuando le hablamos orando; que escucha de verdad nuestra oración, aunque nosotros sólo recemos con el corazón y con la mente; y que no sólo está presente y nos escucha; más aún, puede y desea contestar de buen grado y con el máximo placer a nuestras preguntas».

Otro rasgo que caracteriza la obra de este hijo de san Francisco es su trabajo en favor de la paz. Tanto los Sumos Pontífices como los príncipes católicos le confiaron en varias ocasiones importantes misiones diplomáticas para dirimir controversias y fomentar la

concordia entre los Estados europeos, amenazados en aquel tiempo por el Imperio otomano. La autoridad moral de que gozaba lo convertía en consejero buscado y escuchado. Hoy, como en los tiempos de san Lorenzo, el mundo tiene necesidad paz, tiene necesidad de hombres y mujeres pacíficos y pacificadores. Todos los que creen en Dios deben ser siempre fuentes y artífices de paz. Precisamente con ocasión de una de estas misiones diplomáticas Lorenzo terminó su vida terrena, en 1619, en Lisboa, donde había ido para encontrarse con el rey de España, Felipe III, a fin de defender la causa de sus súbditos napolitanos maltratados por las autoridades locales.

Fue canonizado en 1881 y, por su vigorosa e intensa actividad, por su amplia y armoniosa ciencia, mereció el título de Doctor apostolicus, «Doctor apostólico», que le otorgó el beato Papa Juan XXIII en 1959, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento. Ese reconocimiento se le concedió a Lorenzo de Brindis también porque fue autor de numerosas obras de exégesis bíblica, de teología y de escritos destinados a la predicación. En esas obras ofrece una presentación sistemática de la historia de la salvación, centrada en el misterio de la Encarnación, la mayor manifestación del amor divino a los hombres. Además, siendo un mariólogo de gran valor, autor de una colección de sermones sobre la Virgen titulada «*Mariale*», pone de relieve el papel único de la Virgen María, de la

que afirma con claridad la Inmaculada Concepción y la cooperación en la obra de la redención realizada en Cristo.

Con fina sensibilidad teológica, Lorenzo de Brindis también puso de relieve la acción del Espíritu Santo en la vida del creyente. Nos recuerda que, con sus dones, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad nos ilumina y ayuda en nuestro compromiso de vivir con alegría el mensaje del Evangelio. «El Espíritu Santo -escribe san Lorenzo- hace dulce el yugo de la ley divina y ligero su peso, de manera que guardemos los mandamientos de Dios con gran facilidad, incluso de buen grado».

Quiero completar esta breve presentación de la vida y de la doctrina de san Lorenzo de Brindis, destacando que toda su actividad se inspiró en un gran amor a la Sagrada Escritura, que se sabía ampliamente de memoria, y en la convicción de que la escucha y la acogida de la Palabra de Dios produce una transformación interior que nos lleva a la santidad. «La Palabra del Señor -afirma- es luz para la inteligencia y fuego para la voluntad, a fin de que el hombre pueda conocer y amar a Dios. Para el hombre interior, que por medio de la gracia vive del Espíritu de Dios, es pan y agua, pero pan más dulce que la miel y agua mejor que el vino y la leche. (...) Es un martillo contra un corazón duramente obstinado en los vicios. Es una espada contra la carne, el mundo y el demonio, para destruir todo pecado». San Lorenzo de Brindis nos enseña a

amar la Sagrada Escritura, a crecer en la familiaridad con ella, a cultivar diariamente la relación de amistad con el Señor en la oración, para que todas nuestras acciones, todas nuestras actividades tengan en él su comienzo y su realización. Esta es la fuente a la que es preciso acudir para que nuestro testimonio cristiano sea luminoso y capaz de conducir a los hombres de nuestro tiempo hasta Dios.

***Plaza de San Pedro. Miércoles, 30 de marzo de 2011***

### **San Alfonso María de Ligorio**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero presentaros la figura de un santo doctor de la Iglesia al que debemos mucho, porque fue un insigne teólogo moralista y un maestro de vida espiritual para todos, sobre todo para la gente sencilla. Es el autor de la letra y de la música de uno de los villancicos más populares en Italia y no sólo en Italia: *Tu scendi dalle stelle*.

Alfonso María de Ligorio nació en 1696 en el seno de una familia napolitana noble y rica. Dotado de notables cualidades intelectuales, con tan sólo 16 años obtuvo el doctorado en derecho civil y canónico. Era el abogado más brillante del foro de Nápoles: durante ocho años ganó todas las causas que defendió. Sin embargo, en su alma se-

dienta de Dios y deseosa de perfección el Señor lo llevó a comprender que lo llamaba a una vocación muy diferente. De hecho, en 1723, indignado por la corrupción y la injusticia que viciaban el ambiente del foro, abandonó su profesión -y con ella la riqueza y el éxito- y decidió hacerse sacerdote, a pesar de la oposición de su padre. Tuvo excelentes maestros, que lo introdujeron en el estudio de la Sagrada Escritura, de la historia de la Iglesia y de la mística. Adquirió una amplia cultura teológica, que comenzó a dar fruto cuando, algunos años después, emprendió su obra de escritor. Fue ordenado sacerdote en 1726 y se unió, para el ejercicio de su ministerio, a la Congregación diocesana de las Misiones Apostólicas. Alfonso inició una labor de evangelización y catequesis entre los estratos más bajos de la sociedad napolitana, a la que le gustaba predicar y a la que instruía en las verdades fundamentales de la fe. No pocas de estas personas, pobres y modestas, a las que se dirigía, a menudo se entregaban a los vicios y realizaban acciones criminales. Con paciencia les enseñaba a rezar, animándolas a mejorar su modo de vivir. Alfonso obtuvo resultados excelentes: en los barrios más miserables de la ciudad se multiplicaban los grupos de personas que, al caer la tarde, se reunían en las casas privadas y en los talleres, para rezar y meditar la Palabra de Dios, bajo la guía de algunos catequistas formados por Alfonso y por otros sacerdotes, que visitaban regularmente a estos grupos de fieles. Cuando, por deseo expreso del

arzobispo de Nápoles, estas reuniones comenzaron a celebrarse en las capillas de la ciudad, tomaron el nombre de «capillas vespertinas». Estas capillas fueron una auténtica fuente de educación moral, de saneamiento social y de ayuda recíproca entre los pobres, con lo cual casi se acabaron los robos, los duelos y la prostitución.

Aunque el contexto social y religioso de la época de san Alfonso era muy distinto del nuestro, las «capillas vespertinas» son un modelo de acción misionera en el que nos podemos inspirar también hoy para una «nueva evangelización», especialmente de los más pobres, y para construir una convivencia humana más justa, fraterna y solidaria. A los sacerdotes se les ha confiado una tarea de ministerio espiritual, mientras que laicos bien formados pueden ser animadores cristianos eficaces, auténtica levadura evangélica en el seno de la sociedad.

Después de pensar en ir a evangelizar a los pueblos paganos, Alfonso, a la edad de 35 años, entró en contacto con los campesinos y los pastores de las regiones interiores del reino de Nápoles y, sorprendido por su ignorancia religiosa y por el estado de abandono en que se hallaban, decidió dejar la capital y dedicarse a estas personas, que eran pobres espiritual y materialmente. En 1732 fundó la Congregación religiosa del Santísimo Redentor, que puso bajo la protección del obispo Tommaso Falcoia, y de la que sucesivamente

se convirtió en el superior. Estos religiosos, dirigidos por Alfonso, fueron auténticos misioneros itinerantes, que llegaban incluso a las aldeas más remotas, exhortando a la conversión y a la perseverancia en la vida cristiana sobre todo por medio de la oración. Todavía hoy, los redentoristas, esparcidos por numerosos países del mundo, con nuevas formas de apostolado, continúan esta misión de evangelización. Pienso en ellos con gratitud, exhortándolos a ser siempre fieles al ejemplo de su santo fundador.

Estimado por su bondad y por su celo pastoral, en 1762 Alfonso fue nombrado obispo de Sant'Agata dei Goti, ministerio que, por concesión del Papa Pío VI, abandonó en 1775 a causa de las enfermedades que sufría. El mismo Pontífice, en 1787, al recibir la noticia de su muerte, que se produjo en medio de muchos sufrimientos, exclamó: «¡Era un santo!». Y no se equivocó: Alfonso fue canonizado en 1839, y en 1871 fue declarado doctor de la Iglesia. Este título es muy apropiado por muchas razones. Ante todo, porque propuso una rica enseñanza de teología moral, que expresa adecuadamente la doctrina católica, hasta el punto de que fue proclamado por el Papa Pío XII «patrono de todos los confesores y los moralistas». En su época se había difundido una interpretación muy rigorista de la vida moral, entre otras razones por la mentalidad jansenista que, en vez de alimentar la confianza y esperanza en la misericordia de Dios,

fomentaba el miedo y presentaba un rostro de Dios adusto y severo, muy lejano del que nos reveló Jesús. San Alfonso, sobre todo en su obra principal, titulada Teología moral, propone una síntesis equilibrada y convincente entre las exigencias de la ley de Dios, esculpida en nuestros corazones, revelada plenamente por Cristo e interpretada con autoridad por la Iglesia, y los dinamismos de la conciencia y de la libertad del hombre, que precisamente en la adhesión a la verdad y al bien permiten la maduración y la realización de la persona. A los pastores de almas y a los confesores Alfonso recomendaba ser fieles a la doctrina moral católica, asumiendo al mismo tiempo una actitud caritativa, comprensiva, dulce, para que los penitentes se sintieran acompañados, sostenidos y animados en su camino de fe y de vida cristiana. San Alfonso nunca se cansaba de repetir que los sacerdotes son un signo visible de la infinita misericordia de Dios, que perdona e ilumina la mente y el corazón del pecador para que se convierta y cambie de vida. En nuestra época, en la que son claros los signos de pérdida de la conciencia moral y -es preciso reconocerlo- de cierta falta de estima hacia el sacramento de la Confesión, la enseñanza de san Alfonso sigue siendo de gran actualidad.

Junto a las obras de teología, san Alfonso compuso muchos otros escritos, destinados a la formación religiosa del pueblo. El estilo es sencillo y agradable. Las obras de san Alfonso, leídas

y traducidas a numerosas lenguas, han contribuido a plasmar la espiritualidad popular de los últimos dos siglos. Algunas de ellas son textos que se leen con gran provecho también hoy, como *Las máximas eternas*, *Las glorias de María*, *La práctica de amar a Jesucristo*, obra -esta última- que representa la síntesis de su pensamiento y su obra maestra. Insiste mucho en la necesidad de la oración, que permite abrirse a la Gracia divina para cumplir diariamente la voluntad de Dios y conseguir la propia santificación. Con respecto a la oración escribe: «Dios no niega a nadie la gracia de la oración, con la que se obtiene la ayuda para vencer toda concupiscencia y toda tentación. Y digo, replico y replicaré siempre, mientras viva, que toda nuestra salvación está en el rezar». De aquí su famoso axioma: «Quien reza se salva» (*Del gran mezzo della preghiera e opuscoli affini. Opere Ascetiche II*, Roma 1962, p. 171). Me viene a la mente, a este propósito, la exhortación de mi predecesor, el venerable siervo de Dios Juan Pablo II: «Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas “escuelas de oración”... Hace falta, por tanto, que enseñar a orar se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral» (*Novo millennio ineunte*, 33 y 34).

Entre las formas de oración aconsejadas encarecidamente por san Alfonso destaca la visita al Santísimo Sacramento o, como diríamos hoy, la

adoración, breve o prolongada, personal o comunitaria, ante la Eucaristía. «Ciertamente -escribe Alfonso- entre todas las devociones esta de adorar a Jesús sacramentado es la primera después de los sacramentos, la más querida por Dios y la más útil para nosotros... ¡Oh, qué gran delicia estar ante un altar con fe... y presentarle nuestras necesidades, como hace un amigo a otro con el que se tiene total confianza!» (*Visitas al Santísimo Sacramento y a María santísima para cada día del mes. Introducción*). La espiritualidad alfonsiana es, de hecho, eminentemente cristológica, centrada en Cristo y en su Evangelio. La meditación del misterio de la Encarnación y de la Pasión del Señor son frecuentemente objeto de su predicación, pues en estos acontecimientos se ofrece «abundantemente» la Redención a todos los hombres. Y precisamente porque es cristológica, la piedad alfonsiana es también exquisitamente mariana. Muy devoto de María, Alfonso ilustra su papel en la historia de la salvación: asociada a la Redención y Mediadora de gracia, Madre, Abogada y Reina. Además, san Alfonso afirma que la devoción a María nos confortará grandemente en el momento de nuestra muerte. Estaba convencido de que la meditación sobre nuestro destino eterno, sobre nuestra llamada a participar para siempre en la felicidad de Dios, así como sobre la trágica posibilidad de la condenación, contribuye a vivir con serenidad y compromiso, y a afrontar la realidad de la muerte

conservando siempre la confianza en la bondad de Dios.

San Alfonso María de Liguorio es un ejemplo de pastor celoso, que conquistó las almas predicando el Evangelio y administrando los sacramentos, combinado con un modo de actuar basado en una bondad humilde y suave, que nacía de la intensa relación con Dios, que es la Bondad infinita. Tuvo una visión optimista, pero realista, de los recursos de bien que el Señor da a cada hombre y concedió importancia a los afectos y a los sentimientos del corazón, además de la mente, para poder amar a Dios y al prójimo.

En conclusión, quiero recordar que nuestro santo, análogamente a san Francisco de Sales -del que hablé hace algunas semanas- insiste en decir que la santidad es accesible a todos los cristianos: «El religioso como religioso, el seglar como seglar, el sacerdote como sacerdote, el casado como casado, el comerciante como comerciante, el soldado como soldado, y así sucesivamente en todos los estados» (*Pratica di amare Gesù Cristo. Opere ascetiche I*, Roma 1933, p. 79). Demos gracias al Señor porque, con su Providencia, suscita santos y doctores en lugares y tiempos diversos, que hablan el mismo lenguaje para invitarnos a crecer en la fe y a vivir con amor y con alegría nuestra vida cristiana en las sencillas acciones de cada día, para caminar por la senda de la santidad, por la senda que lleva a Dios y a la verdadera alegría. Gracias.



## CARTAS

***Carta del Papa, Benedicto XVI,  
al Cardenal Sfeir al renunciar al  
cargo de Patriarca de Antioquía de  
los maronitas***

*A Su Beatitud eminentísima el cardenal, Nasrallah Pierre Sfeir, Patriarca de Antioquía de los Maronitas*

El año dedicado al 1600° aniversario de la muerte de san Marón está a punto de concluir. Durante este jubileo excepcional, a la Iglesia Maronita se le ha concedido un tiempo de gracia. También es la culminación de su servicio para mayor gloria de Dios y bien de todos sus fieles.

Dios, en su amor insondable, lo ha modelado y distinguido con su signo indeleble para una elección particular a su servicio. A esta elección secreta usted correspondió con su respuesta libre y entusiasta siguiendo el ejemplo de la Madre de Dios: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

El año pasado usted celebró el 60° aniversario de sacerdocio: testimonio de fidelidad y amor a Jesucristo, Sumo Sacerdote. El próximo mes de julio tendrá de nuevo ocasión de elevar su acción de gracias a la santísima Trinidad al cumplir cincuenta años de episcopado.

Durante casi veinticinco años colaboró usted con sus dos predecesores en

la sede de Antioquía, antes de ser elegido por el Sínodo como su sucesor el 19 de abril de 1986: un momento decisivo que lo sitúa hoy en el umbral del jubileo de plata en este cargo. Comenzó ese noble ministerio de patriarca de Antioquía de los Maronitas en la tormenta de la guerra que ensangrentó el Líbano durante demasiados años. Con ardiente deseo de paz para su país usted ha guiado esta Iglesia y recorrido el mundo para consolar a su pueblo forzado a emigrar. Por fin, la paz ha vuelto, siempre frágil, pero siempre actual.

El Papa Juan Pablo II, al que tendré la alegría de beatificar el próximo 1 de mayo, lo llamó a formar parte del colegio cardenalicio el 26 de noviembre de 1994, para insertarlo en una comunión más profunda con la Iglesia universal. La visita de mi venerable predecesor a Beirut, en 1997, para firmar la exhortación apostólica postsinodal Una esperanza nueva para el Líbano marcó de nuevo el vínculo constante de su Iglesia con el Sucesor de Pedro.

Cuando convoqué el Sínodo extraordinario para Oriente Medio en septiembre de 2009, lo nombré presidente delegado ad honorem a fin de subrayar la importancia del servicio eclesial que usted ha desempeñado en nombre de Cristo.

En estos últimos días bendije la estatua de san Marón, colocada en una



hornacina de la basílica de San Pedro al final del año jubilar y, a continuación, lo pude saludar a usted, así como al presidente de la República del Líbano y a numerosos obispos y fieles.

Usted decidió renunciar al cargo de patriarca de Antioquía de los Maronitas en esta circunstancia muy particular. Ahora acepto su decisión libre y generosa, que es expresión de gran humildad y profundo desapego. Estoy seguro de que acompañará siempre el camino de la Iglesia Maronita con su oración, su sabio consejo y sus sacrificios.

Pido a Dios omnipotente, por intercesión de san Marón y de Nuestra Señora del Líbano, que lo colme de sus bendiciones. De todo corazón le imparto la bendición apostólica a usted, a los obispos, a los sacerdotes y a las personas consagradas, así como a todos los fieles de la Iglesia Maronita y a la amada nación libanesa.

Vaticano, 26 de febrero de 2011

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
con ocasión del 150º Aniversario de  
la unificación política de Italia***

*Ilustrísimo señor, Giorgio Napolitano,  
Presidente de la República Italiana*

El 150º aniversario de la unificación política de Italia me brinda la feliz oca-

sión de reflexionar sobre la historia de este amado país, cuya capital es Roma, ciudad en la que la divina Providencia puso la sede del Sucesor del apóstol san Pedro. Por tanto, al formularle a usted y a toda la nación, mi más cordial felicitación, me alegra compartir con usted estas consideraciones, como signo de los profundos vínculos de amistad y colaboración que unen a Italia y a la Santa Sede.

El proceso de unificación que tuvo lugar en Italia durante el siglo XIX y que ha pasado a la historia con el nombre de Risorgimento, constituyó el desenlace natural de un desarrollo de la identidad nacional comenzado mucho tiempo antes. En efecto, la nación italiana, como comunidad de personas unidas por la lengua, la cultura y los sentimientos de una misma pertenencia, aunque en la pluralidad de comunidades políticas articuladas en la península, comienza a formarse en la Edad Media. El cristianismo contribuyó de manera fundamental a la construcción de la identidad italiana a través de la obra de la Iglesia, de sus instituciones educativas y asistenciales, fijando modelos de comportamiento, configuraciones institucionales, relaciones sociales, pero también mediante una riquísima actividad artística: la literatura, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música. Dante, Giotto, Petrarca, Miguel Ángel, Rafael, Pierluigi de Palestrina, Caravaggio, Scarlatti, Bernini y Borromini son sólo algunos nombres de una lista de grandes

artistas que, a lo largo de los siglos, han dado una aportación fundamental a la formación de la identidad italiana. También las experiencias de santidad, que han constelado la historia de Italia, han contribuido fuertemente a construir esta identidad, no sólo bajo el perfil específico de una realización peculiar del mensaje evangélico, que ha marcado en el tiempo la experiencia religiosa y la espiritualidad de los italianos (piénsese en las grandes y múltiples expresiones de la piedad popular), sino también bajo un perfil cultural e incluso político. San Francisco de Asís, por ejemplo, se distingue también por su contribución a forjar la lengua nacional; santa Catalina de Siena, a pesar de ser una sencilla mujer del pueblo, ofrece un estímulo formidable a la elaboración de un pensamiento político y jurídico italiano. La aportación de la Iglesia y de los creyentes al proceso de formación y de consolidación de la identidad nacional continúa en la edad moderna y contemporánea. Incluso cuando partes de la península fueron sometidas a la soberanía de potencias extranjeras, fue precisamente gracias a esta identidad ya clara y fuerte como, a pesar de la persistencia en el tiempo de la fragmentación geopolítica, la nación italiana pudo seguir subsistiendo y siendo consciente de sí misma. Por ello, la unidad de Italia, llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XIX, pudo tener lugar no como una construcción política artificiosa de identidades diversas, sino como el desenlace político natural de una identidad na-

cional fuerte y arraigada, subsistente desde hacía tiempo. La comunidad política unitaria que nació como conclusión del ciclo del Risorgimento, tuvo, en definitiva, como nexo que mantenía unidas las diferencias locales que aún subsistían, precisamente la identidad nacional preexistente, a cuyo moldeamiento el cristianismo y la Iglesia dieron una contribución fundamental.

Por razones históricas, culturales y políticas complejas, el Risorgimento ha pasado como un movimiento contrario a la Iglesia, al catolicismo, a veces incluso contrario a la religión en general. Sin negar el papel de tradiciones de pensamiento diferentes, algunas marcadas por trazos jurisdiccionalistas o laicistas, no se puede desconocer la aportación del pensamiento -e incluso de la acción- de los católicos en la formación del Estado unitario. Desde el punto de vista del pensamiento político bastaría recordar todas las vicisitudes del neogüelfismo, que tuvo en Vincenzo Gioberti un ilustre representante; o pensar en las orientaciones católico-liberales de Cesare Balbo, Massimo d'Azeglio y Raffaele Lambruschini. Por el pensamiento filosófico, político y también jurídico resalta la gran figura de Antonio Rosmini, cuya influencia se ha mantenido en el tiempo, hasta dar forma a puntos significativos de la Constitución italiana vigente. Y por la literatura que tanto contribuyó a «hacer a los italianos», es decir, a darles su sentido de pertenencia a la nueva comunidad política que el

proceso del Risorgimento estaba plasmando, cómo no recordar a Alessandro Manzoni, fiel intérprete de la fe y de la moral católica; o a Silvio Pellico, que, con su obra autobiográfica sobre las dolorosas vicisitudes de un patriota, supo testimoniar la conciliabilidad del amor a la Patria con una fe inquebrantable. Y también figuras de santos, como san Juan Bosco, impulsado por la preocupación pedagógica a componer manuales de historia patria, que modeló la pertenencia al instituto por él fundado sobre un paradigma coherente con una sana concepción liberal: «ciudadanos ante el Estado y religiosos ante la Iglesia».

La construcción político-institucional del Estado unitario implicó a diversas personalidades del mundo político, diplomático y militar, entre ellas algunos exponentes del mundo católico. Este proceso, al tener que afrontar inevitablemente el problema de la soberanía temporal de los Papas (pero también porque llevaba a extender a los territorios adquiridos poco a poco una legislación en materia eclesiástica de orientación fuertemente laicista), tuvo efectos desgarradores en la conciencia individual y colectiva de los católicos italianos, divididos entre los sentimientos opuestos de fidelidades nacientes de la ciudadanía, por un lado, y la pertenencia eclesial por otro. Pero debe reconocerse que, si bien fue el proceso de unificación político-institucional el que produjo ese conflicto entre Estado e Iglesia que ha pasado a la historia

con el nombre de «Cuestión romana», suscitando en consecuencia la expectativa de una «Conciliación» formal, no se produjo ningún conflicto en el cuerpo social, marcado por una profunda amistad entre la comunidad civil y la comunidad eclesial. La identidad nacional de los italianos, tan fuertemente arraigada en las tradiciones católicas, constituyó en verdad la base más sólida de la unidad política conquistada. En definitiva, la Conciliación debía producirse entre las instituciones, no en el cuerpo social, donde la fe y la ciudadanía no estaban en conflicto. Incluso en los años del desgarramiento, los católicos trabajaron por la unidad del país. La abstención de la vida política, que siguió al «non expedit», dirigió las realidades del mundo católico hacia una gran toma de responsabilidad en lo social: la educación, la instrucción, la asistencia, la salud, la cooperación, la economía social, fueron ámbitos de compromiso que hicieron crecer una sociedad solidaria y fuertemente unida. La controversia que se entabló entre Estado e Iglesia con la proclamación de Roma como capital de Italia y con el fin del Estado Pontificio, era particularmente compleja. Se trataba sin duda de un caso totalmente italiano, en la medida en que sólo Italia tiene la singularidad de hospedar la sede del Papado. Por otra parte, la cuestión tenía también indudable relevancia internacional. Debe observarse que, terminado el poder temporal, la Santa Sede, aun reclamando la más plena libertad y la soberanía que le corresponde en su

orden, rechazó siempre la posibilidad de una solución de la «Cuestión romana» a través de imposiciones desde el exterior, confiando en los sentimientos del pueblo italiano y en el sentido de responsabilidad y de justicia del Estado italiano. La firma de los *Pactos lateranenses*, el 11 de febrero de 1929, marcó la solución definitiva del problema. A propósito del final de los Estados pontificios, en el recuerdo del beato Papa Pío IX y de sus sucesores, retomo las palabras del cardenal Giovanni Battista Montini, en el discurso que pronunció en el Campidoglio el 10 de octubre de 1962: «El papado retomó con inusitado vigor sus funciones de maestro de vida y de testimonio del Evangelio, hasta llegar a gran altura en el gobierno espiritual de la Iglesia y en la irradiación en el mundo, más que nunca».

La aportación fundamental de los católicos italianos a la elaboración de la Constitución republicana de 1947 es bien conocida. Aunque el texto constitucional fue el fruto positivo de un encuentro y una colaboración entre distintas tradiciones de pensamiento, no cabe ninguna duda de que sólo los constituyentes católicos se presentaron en la histórica cita con un proyecto preciso sobre la ley fundamental del nuevo Estado italiano; un proyecto madurado dentro de la Acción católica, en particular de la FUCI y del movimiento Laureati, y de la Universidad católica del Sagrado Corazón, y objeto de reflexión y de elaboración en el *Código de Camaldoli* de 1945 y en la

XIX Semana social de los católicos italianos del mismo año, dedicada al tema «Constitución y Constituyente». De ahí derivó un compromiso muy significativo de los católicos italianos en la política, en la actividad sindical, en las instituciones públicas, en las realidades económicas, en las expresiones de la sociedad civil, dando así una contribución muy relevante al crecimiento del país, demostrando absoluta fidelidad al Estado y dedicación al bien común, y situando a Italia en proyección europea. Luego, en los dolorosos y oscuros años del terrorismo, los católicos dieron su testimonio de sangre: ¿cómo no recordar, entre las diversas figuras, las del honorable Aldo Moro y del profesor Vittorio Bachelet? Por su parte, la Iglesia, gracias a la amplia libertad que le aseguró el *Concordato lateranense* de 1929, siguió dando, con sus propias instituciones y actividades, una contribución efectiva al bien común, interviniendo de modo especial en apoyo de las personas más marginadas y sufrientes, y sobre todo alimentando el cuerpo social con los valores morales que son esenciales para la vida de una sociedad democrática, justa y ordenada. El bien del país, entendido en su integridad, siempre se ha perseguido y expresado particularmente en momentos muy significativos, como en la «gran oración por Italia» convocada por el venerable Juan Pablo II el 10 de enero de 1994.

La conclusión del Acuerdo de revisión del *Concordato lateranense*, firmado el 18 de febrero de 1984, marcó el

paso a una nueva fase de las relaciones entre Iglesia y Estado en Italia. Ese paso fue claramente advertido por mi predecesor, el cual, en el discurso pronunciado el 3 de junio de 1985, en el acto de intercambio de los instrumentos de ratificación del Acuerdo, observó que, como «instrumento de concordia y colaboración, el Concordato se encuadra ahora en una sociedad caracterizada por la competición libre de ideas y el engranaje pluralista de los varios sectores sociales; y puede y debe constituir un factor de promoción y de crecimiento fomentando una profunda unidad de ideales y sentimientos mediante la que todos los italianos se vean como hermanos en una misma patria» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de agosto de 1985, p. 14). Y añadía que en el desempeño de su diaconía en favor del hombre, «la Iglesia se propone actuar con pleno respeto de la autonomía del orden político y de la soberanía del Estado. Igualmente, está atenta a que se salvaguarde la libertad de todos, condición indispensable para la construcción de un mundo digno del hombre; sólo dentro de la libertad puede este buscar plenamente la verdad y adherirse a ella sinceramente, sacando de la misma motivo e inspiración para comprometerse solidaria y unitariamente en favor del bien común» (ib.). El Acuerdo, que ha contribuido en gran medida a delinear la sana laicidad que denota al Estado italiano y su ordenamiento jurídico, ha puesto de manifiesto los dos principios supremos que

están llamados a presidir las relaciones entre Iglesia y comunidad política: el de la distinción de ámbitos y el de la colaboración. Una colaboración motivada por el hecho de que, como enseñó el concilio Vaticano II, ambas, es decir, la Iglesia y la comunidad política, «aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres» (*Gaudium et spes*, 76). La experiencia madurada en los años de vigencia de las nuevas disposiciones de los pactos, ha mostrado una vez más a la Iglesia y a los católicos comprometidos de diversos modos en favor de la «promoción del hombre y del bien del país» que, respetando la independencia y la soberanía recíprocas, constituye un principio inspirador y orientador del Concordato en vigor (art. 1). La Iglesia es consciente no sólo de la contribución que ofrece a la sociedad civil para el bien común, sino también de lo que recibe de la sociedad civil, como afirma el concilio Vaticano II: «Quienes promueven la comunidad humana en el orden de la familia, de la cultura, de la vida económica y social, y de la vida política tanto nacional como internacional, aportan, según el designio de Dios, también una gran ayuda a la comunidad eclesial, en la medida en que esta depende de las realidades externas» (*Gaudium et spes*, 44).

Al repasar el largo desarrollo de la historia, hay que reconocer que la nación italiana siempre ha sentido la carga, pero al mismo tiempo el singular privilegio que supone la situación

peculiar por la que la sede del sucesor de Pedro, y por tanto el centro de la cristiandad, se encuentra en Italia, en Roma. Y la comunidad nacional ha respondido siempre a esta conciencia expresando cercanía afectiva, solidaridad, ayuda a la Sede apostólica para su libertad y para secundar la realización de las condiciones favorables al ejercicio del ministerio espiritual en el mundo por parte del Sucesor de Pedro, que es Obispo de Roma y Primado de Italia. Pasadas las turbulencias causadas por la «Cuestión romana», y habiendo llegado a la anhelada Conciliación, también el Estado italiano ha ofrecido y sigue ofreciendo una valiosa colaboración, de la que la Santa Sede goza y que conscientemente agradece.

Al presentarle, señor presidente, estas reflexiones, invoco de corazón sobre el pueblo italiano la abundancia de los dones celestiales, para que siempre lo guíe la luz de la fe, fuente de esperanza y de compromiso perseverante por la libertad, la justicia y la paz.

Vaticano, 17 de marzo de 2011

***Carta del Papa, Benedicto XVI,  
al Rvdo. P. François Marie Léthel  
O.C.D. predicador de los ejercicios  
espirituales***

*Reverendo padre, François Marie Léthel, o.c.d. Prelado secretario de la Academia pontificia de teología*

De corazón quiero expresarle mi más profunda gratitud por el valioso servicio que nos ha prestado a mí y a mis colaboradores de la Curia romana predicando, en los días pasados, los ejercicios espirituales. También gracias al empeño que ha puesto usted en esta circunstancia, hemos podido entrar en el tiempo de Cuaresma, siguiendo la Palabra divina como la madre Iglesia nos pide: estando más atentos a la voz del Señor.

Es motivo de especial reconocimiento el itinerario que usted, reverendo padre, nos ha impulsado a recorrer a través de las meditaciones: un camino espiritual inspirado en el testimonio de mi venerable predecesor Juan Pablo II, cuya próxima beatificación sugirió el tema de la santidad, para profundizarlo mediante el encuentro con las figuras vivas de algunos santos y santas, como estrellas luminosas que giran alrededor del Sol que es Cristo, Luz del mundo. Con este planteamiento, usted se ha ajustado muy bien al programa de catequesis que he desarrollado en estos años durante las audiencias generales, con el propósito de dar a conocer mejor y amar a la Iglesia, tal como se muestra en la vida, en las obras y en las enseñanzas de los santos: desde los Apóstoles, pasando por el amplio grupo formado por los Padres y los demás escritores antiguos, los teólogos y los místicos de la Edad Media, especialmente el nutrido grupo de mujeres, hasta llegar a la serie de doctores de la Iglesia, que estoy a punto de terminar.

Esta línea de reflexión y de contemplación sobre el misterio de Cristo reflejado, por decirlo así, en la existencia de sus más fieles imitadores, constituye un elemento fundamental que heredé del Papa Juan Pablo II y que he continuado con plena convicción y con gran alegría.

Sé bien, querido hermano, que usted entiende mi agradecimiento como dirigido también a la Orden de los Carmelitas, de la que forma parte. Aprecio y comparto este sentimiento y lo extiendo a la más amplia dimensión eclesial, ya que estos ejercicios nos han

hecho sentir más que nunca a la Iglesia como comunión de los santos. A la Iglesia, animada por la acción del Espíritu Santo, y a su Madre, la santísima Virgen María, vaya nuestro agradecimiento. La Virgen y san José, su esposo y patrono de la Iglesia universal, que hoy celebramos y al cual usted ha dedicado la meditación de esta mañana, le obtengan la abundancia de los dones celestiales, en prenda de los cuales le imparto de corazón una bendición apostólica especial, que de buen grado extiendo a sus seres queridos.

Vaticano, 19 de marzo de 2011

## DISCURSOS

### *Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida*

Sala Clementina. Sábado 26 de febrero de 2011

*Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Os acojo con alegría con ocasión de la asamblea anual de la Academia pontificia para la vida. Saludo en particular al presidente, monseñor Ignacio Carrasco de Paula, y le agradezco sus amables palabras. Os doy a cada uno mi cordial

bienvenida. En los trabajos de estos días habéis afrontado temas de relevante actualidad, que interrogan profundamente a la sociedad contemporánea y la desafían a encontrar respuestas cada vez más adecuadas al bien de la persona humana. La temática del síndrome post-aborto -es decir, el grave malestar psíquico que con frecuencia experimentan las mujeres que han recurrido al aborto voluntario- revela la voz irreprímible de la conciencia moral, y la herida gravísima que sufre cada vez que la acción humana traiciona la innata vocación al bien del ser humano, que ella testimonia. En esta reflexión sería útil también prestar atención a la conciencia, a veces ofuscada, de los padres de los niños, que a menudo dejan



solas a las mujeres embarazadas. La conciencia moral -enseña el *Catecismo de la Iglesia católica*- es el «juicio de la razón, por el que la persona humana reconoce la cualidad moral de un acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho» (n. 1778). En efecto, es tarea de la conciencia moral discernir el bien del mal en las distintas situaciones de la existencia, a fin de que, basándose en este juicio, el ser humano pueda orientarse libremente al bien. A quienes querrían negar la existencia de la conciencia moral en el hombre, reduciendo su voz al resultado de condicionamientos externos o a un fenómeno puramente emotivo, es importante reafirmar que la calidad moral de la acción humana no es un valor extrínseco u opcional, ni tampoco una prerrogativa de los cristianos o de los creyentes, sino que es común a todo ser humano. En la conciencia moral Dios habla a cada persona e invita a defender la vida humana en todo momento. En este vínculo personal con el Creador está la dignidad profunda de la conciencia moral y la razón de su inviolabilidad.

En la conciencia, el hombre en su integridad -inteligencia, emotividad, voluntad- realiza su vocación al bien, de modo que la elección del bien o del mal en las situaciones concretas de la existencia acaba por marcar profundamente a la persona humana en toda expresión de su ser. Todo el hombre, en efecto, queda herido cuando su actuación va contra el dictamen de su conciencia. Sin embargo, incluso cuando el hombre rechaza la verdad y el bien que el Crea-

dor le propone, Dios no lo abandona, sino que precisamente mediante la voz de la conciencia, sigue buscándolo y sigue hablándole, a fin de que reconozca el error y se abra a la Misericordia divina, capaz de sanar cualquier herida.

Los médicos, en particular, no pueden descuidar la grave tarea de defender del engaño la conciencia de numerosas mujeres que piensan que en el aborto encontrarán la solución a dificultades familiares, económicas, sociales, o a problemas de salud de su niño. Especialmente en esta última situación, con frecuencia se convence a la mujer -a veces lo hacen los propios médicos- de que el aborto no sólo representa una opción moralmente lícita, sino que es incluso un acto «terapéutico» debido para evitar sufrimientos al niño y a su familia, y un peso «injusto» para la sociedad. En un marco cultural caracterizado por el eclipse del sentido de la vida, en el cual se ha atenuado mucho la percepción común de la gravedad moral del aborto y de otras formas de atentados contra la vida humana, se exige a los médicos una fortaleza especial para seguir afirmando que el aborto no resuelve nada, sino que mata al niño, destruye a la mujer y ciega la conciencia del padre del niño, arruinando a menudo la vida familiar.

Esta tarea, sin embargo, no concierne sólo a la profesión médica y a los agentes sanitarios. Es necesario que toda la sociedad se alinee en defensa del derecho a la vida del concebido y del verdadero bien de la mujer, que nunca, en nin-



guna circunstancia, podrá realizarse en la opción del aborto. Igualmente, serás necesario -como se ha indicado en vuestros trabajos- proporcionar las ayudas necesarias a las mujeres que lamentablemente ya han recurrido al aborto y ahora están viviendo todo su drama moral y existencial. Son múltiples las iniciativas, a nivel diocesano o de parte de organismos de voluntariado, que ofrecen apoyo psicológico y espiritual, para una recuperación humana completa. La solidaridad de la comunidad cristiana no puede renunciar a este tipo de corresponsabilidad. Al respecto quiero recordar la invitación que el venerable Juan Pablo II dirigió a las mujeres que han recurrido al aborto: «La Iglesia conoce cuántos condicionamientos pueden haber influido en vuestra decisión, y no duda de que en muchos casos se ha tratado de una decisión dolorosa e incluso dramática. Probablemente la herida aún no ha cicatrizado en vuestro interior. Es verdad que lo sucedido fue y sigue siendo profundamente injusto. Sin embargo, no os dejéis vencer por el desánimo y no perdáis la esperanza. Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abríos con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofreceros su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. Podéis confiar con esperanza a vuestro hijo a este mismo Padre y a su misericordia. Con la ayuda del consejo y la cercanía de personas amigas y competentes, podréis estar con vuestro doloroso testimonio entre los defensores

más elocuentes del derecho de todos a la vida» (*Evangelium vitae*, 99).

La conciencia moral de los investigadores y de toda la sociedad civil está íntimamente implicada también en el segundo tema objeto de vuestros trabajos: el uso de bancos de cordón umbilical con finalidades clínicas y de investigación. La investigación médico-científica es un valor y, por tanto, un compromiso, no sólo para los investigadores, sino para toda la comunidad civil. De aquí el deber de promover investigaciones éticamente válidas por parte de las instituciones y el valor de la solidaridad de los individuos en la participación en investigaciones encaminadas a promover el bien común. Este valor, y la necesidad de esta solidaridad, se evidencian muy bien en el caso del uso de células madre procedentes del cordón umbilical. Se trata de aplicaciones clínicas importantes y de investigaciones prometedoras en el plano científico, pero que en su realización dependen mucho de la generosidad en la donación de sangre del cordón umbilical en el momento del parto, y de la adecuación de las estructuras, para hacer efectiva la voluntad de donación por parte de las parturientas. Os invito, por tanto, a todos a haceros promotores de una verdadera y consciente solidaridad humana y cristiana. A este propósito, numerosos investigadores médicos miran justamente con perplejidad el creciente florecimiento de bancos privados para la conservación de la sangre del cordón umbilical para uso exclusivamente autólogo. Esta opción -como demuestran los trabajos de vuestros-

tra asamblea-, además de carecer de una superioridad científica real respecto a la donación del cordón umbilical, debilita el genuino espíritu solidario que debe alentar constantemente la búsqueda de ese bien común al cual tienden, en última instancia, la ciencia y la investigación médica.

Queridos hermanos y hermanas, renuevo la expresión de mi reconocimiento al presidente y a todos los miembros de la Academia pontificia para la vida por el valor científico y ético con el que realizáis vuestro compromiso al servicio del bien de la persona humana. Mi deseo es que mantengáis siempre vivo el espíritu de auténtico servicio que hace que las mentes y los corazones sean sensibles para reconocer las necesidades de los hombres contemporáneos nuestros. A cada uno de vosotros y a vuestros seres queridos os imparto de corazón la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales***

Sala Clementina. Lunes, 28 de febrero de 2011

*Eminencias, excelencias, queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra acogerlos con ocasión de la plenaria del dicasterio. Saludo al presi-

dente, monseñor Claudio Maria Celli, a quien agradezco sus amables palabras, a los secretarios, a los oficiales, a los consultores y a todo el personal.

En el Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de este año, invité a reflexionar sobre el hecho de que las nuevas tecnologías no sólo cambian el modo de comunicar, sino que están realizando una vasta transformación cultural. Se está desarrollando una nueva forma de aprender y de pensar, con oportunidades inéditas de entablar relaciones y construir comunión. Quiero ahora detenerme en el hecho de que el pensamiento y la relación se producen siempre en la modalidad del lenguaje, entendido naturalmente en sentido amplio, no sólo verbal. El lenguaje no es un simple revestimiento intercambiable y provisional de conceptos, sino el contexto vivo y palpitante en el que los pensamientos, las inquietudes y los proyectos de los hombres nacen a la conciencia y se plasman en gestos, símbolos y palabras. El hombre, por tanto, no sólo «usa», sino que en cierto sentido «habita» el lenguaje. En particular hoy, los que el concilio Vaticano II definió «maravillosos inventos de la técnica» (*Inter mirifica*, 1) están transformando el ambiente cultural, y esto requiere una atención específica a los lenguajes que se desarrollan en él. Las nuevas tecnologías «tienen la capacidad de pesar no sólo sobre los modos de pensar, sino también sobre los contenidos del pensamiento» (*Aetatis novae*, 4).

Los nuevos lenguajes que se desarrollan en la comunicación digital determinan, por lo demás, una capacidad más intuitiva y emotiva que analítica, orientan hacia una diversa organización lógica del pensamiento y de la relación con la realidad, a menudo privilegian la imagen y las conexiones hipertextuales. La tradicional distinción neta entre lenguaje escrito y oral, asimismo, parece difuminarse a favor de una comunicación escrita que toma la forma y la inmediatez de la oralidad. Las dinámicas propias de las «redes participativas» requieren, además, que la persona se involucre en lo que comunica. Cuando las personas se intercambian informaciones, ya están compartiéndose a sí mismas y su visión del mundo: se convierten en «testigos» de lo que da sentido a su existencia. Los riesgos que se corren, ciertamente, están a la vista de todos: la pérdida de la interioridad, la superficialidad en vivir las relaciones, la huida hacia la emotividad, el prevalecer de la opinión más convincente respecto al deseo de verdad. Y, sin embargo, esos riesgos son consecuencia de una incapacidad de vivir con plenitud y de forma auténtica el sentido de las innovaciones. Por eso es urgente la reflexión sobre los lenguajes desarrollados por las nuevas tecnologías. El punto de partida es la Revelación misma, que nos atestigua cómo Dios comunicó sus maravillas precisamente en el lenguaje y en la experiencia real de los hombres, «según la cultura propia de las diversas épocas» (*Gaudium et spes*, 58), hasta la manifestación plena de sí mismo en el

Hijo encarnado. La fe siempre penetra, enriquece, exalta y vivifica la cultura, y esta, a su vez, se hace vehículo de la fe, a la que ofrece el lenguaje para pensarse y expresarse. Es necesario, por tanto, hacerse oyentes atentos de los lenguajes de los hombres de nuestro tiempo, para estar atentos a la obra de Dios en el mundo.

En este contexto, es importante el trabajo que lleva a cabo el Consejo pontificio para las comunicaciones sociales con el fin de profundizar la «cultura digital», estimulando y apoyando la reflexión para una mayor toma de conciencia sobre los retos que esperan a la comunidad eclesial y civil. No se trata solamente de expresar el mensaje evangélico en el lenguaje de hoy, sino que es preciso tener el valor de pensar de modo más profundo, como ha sucedido en otras épocas, la relación entre la fe, la vida de la Iglesia y los cambios que el hombre está viviendo. Es el compromiso de ayudar a quienes tienen responsabilidades en la Iglesia para que puedan entender, interpretar y hablar el «nuevo lenguaje» de los medios de comunicación en función pastoral (cf. *Aetatis novae*, 2), en diálogo con el mundo contemporáneo, preguntándose: ¿Qué desafíos plantea a la fe y a la teología el llamado «pensamiento digital»? ¿Qué preguntas y exigencias?

El mundo de la comunicación afecta a todo el universo cultural, social y espiritual de la persona humana. Si los nuevos lenguajes tienen impacto sobre

el modo de pensar y de vivir, esto también atañe, de alguna forma, al mundo de la fe, a su inteligencia y su expresión. La teología, según una definición clásica, es inteligencia de la fe, y sabemos bien que la inteligencia, entendida como conocimiento reflexivo y crítico, no es ajena a los actuales cambios culturales. La cultura digital plantea nuevos desafíos a nuestra capacidad de hablar y de escuchar un lenguaje simbólico que hable de la trascendencia. Jesús mismo, al anunciar el Reino, supo utilizar elementos de la cultura y del ambiente de su tiempo: el rebaño, los campos, el banquete, las semillas, etc. Hoy estamos llamados a descubrir, también en la cultura digital, símbolos y metáforas significativas para las personas, que puedan servir de ayuda al hablar del reino de Dios al hombre contemporáneo.

Hay que considerar también que la comunicación en los tiempos de los «nuevos medios de comunicación» conlleva una relación cada vez más estrecha y ordinaria entre el hombre y las máquinas, desde los ordenadores a los teléfonos móviles, por citar sólo los más comunes. ¿Cuáles serán los efectos de esta relación constante? Ya el Papa Pablo VI, refiriéndose a los primeros proyectos de automatización del análisis lingüístico del texto bíblico, indicó una pista de reflexión al preguntarse: «Este esfuerzo de infundir en instrumentos mecánicos el reflejo de funciones espirituales, ¿no se ennoblece y eleva a un servicio que toca lo sagrado?

¿Es el espíritu el que se hace prisionero de la materia, o no es quizás la materia, ya domada y obligada a cumplir leyes del espíritu, la que ofrece al propio espíritu un sublime homenaje?» (*Discurso al Centro de automatización del Aloisianum de Gallarate*, 19 de junio de 1964). En estas palabras se intuye el vínculo profundo con el espíritu al que la tecnología está llamada por vocación (cf. *Caritas in veritate*, 69).

Es precisamente la llamada a los valores espirituales la que permitirá promover una comunicación verdaderamente humana: más allá de todo fácil entusiasmo o escepticismo, sabemos que esta es una respuesta a la llamada impresa en nuestra naturaleza de seres creados a imagen y semejanza del Dios de la comunión. Por esto la comunicación bíblica según la voluntad de Dios siempre está vinculada al diálogo y a la responsabilidad, como atestiguan, por ejemplo, las figuras de Abraham, Moisés, Job y los Profetas, y nunca a la seducción lingüística, como es en cambio el caso de la serpiente, o de incomunicabilidad y violencia, como en el caso de Caín. Entonces la contribución de los creyentes podrá servir de ayuda también para el mundo de los medios de comunicación, abriendo horizontes de sentido y de valor que la cultura digital no es capaz por sí sola de entrever y representar.

En conclusión, quiero recordar, junto a muchas otras figuras de comunicadores, la del padre Matteo Ricci,

protagonista del anuncio del Evangelio en China en la era moderna, de cuya muerte hemos celebrado el IV centenario. En su obra de difusión del mensaje de Cristo consideró siempre a la persona, su contexto cultural y filosófico, sus valores, su lenguaje, asumiendo todo lo positivo que se encontraba en su tradición, y ofreciendo animarlo y elevarlo con la sabiduría y la verdad de Cristo.

Queridos amigos, os doy las gracias por vuestro servicio; lo encomiendo a la protección de la Virgen María y, a la vez que os aseguro mi oración, os imparto la bendición apostólica.

***Lectio divina del Papa, Benedicto XVI,  
durante la visita al Pontificio  
Seminario Romano Mayor con  
ocasión de la fiesta de la Virgen de  
la Confianza***

Capilla del Seminario. Viernes, 4 de marzo de 2011

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me siento muy feliz de estar, al menos una vez al año, aquí, con mis seminaristas, con los jóvenes que están en camino hacia el sacerdocio y serán el futuro presbiterio de Roma. Me siento feliz de que esto suceda cada año en el día de la Virgen de la Confianza, de la Madre que nos acompaña con su amor día tras día y nos da la confianza de caminar hacia Cristo.

«En la unidad del Espíritu» es el tema que guía vuestras reflexiones durante este año de formación. Es una expresión que se encuentra precisamente en el pasaje que nos han propuesto de la *Carta a los Efesios*, donde san Pablo exhorta a los miembros de esa comunidad a «conservar la unidad del espíritu» (4, 3). Este texto abre la segunda parte de la *Carta a los Efesios*, la denominada parte parenética, exhortativa, y comienza con la palabra παρακαλω «os exhorto». Pero la misma raíz se encuentra en el término Παράκλητος. Así pues, es una exhortación en la luz, en la fuerza del Espíritu Santo. La exhortación del Apóstol se basa en el misterio de salvación, que había presentado en los primeros tres capítulos. De hecho, nuestro pasaje comienza con la palabra «Así pues»: «Así pues, yo... os exhorto» (v. 1). El comportamiento de los cristianos es la consecuencia del don, la realización de lo que se nos da cada día. Y, sin embargo, aunque es sencillamente realización del don que se nos ha otorgado, no se trata de un efecto automático, porque con Dios siempre estamos en la realidad de la libertad y, por eso -dado que la respuesta es libertad, lo es también la realización del don- el Apóstol debe recordarlo, no puede darlo por descontado. Como sabemos, el Bautismo no produce automáticamente una vida coherente: esta es fruto de la voluntad y del esfuerzo perseverante por colaborar con el don, con la Gracia recibida. Y este esfuerzo cuesta, hay que pagar un precio personalmente. Tal vez por eso san Pablo

precisamente aquí hace referencia a su condición actual: «Así pues, yo, prisionero por el Señor, os exhorto» (ib.). Seguir a Cristo significa compartir su pasión, su cruz, seguirlo hasta el fondo, y esta participación en la suerte del Maestro une profundamente a él y refuerza la autoridad de la exhortación del Apóstol.

Entramos ahora en el tema central de nuestra meditación, al encontrar una palabra que nos impresiona de modo especial: la palabra «llamada», «vocación». San Pablo escribe: «comportaos como pide la llamada -de la κλήσις- que habéis recibido» (ib.). Y poco después la repetirá al afirmar que «una sola es la esperanza a la que habéis sido llamados, la de vuestra vocación» (v. 4). Aquí, en este caso, se trata de la vocación común de todos los cristianos, es decir, de la vocación bautismal: la llamada a ser de Cristo y a vivir en él, en su cuerpo. Dentro de esta palabra se halla inscrita una experiencia, en ella resuena el eco de la experiencia de los primeros discípulos, que conocemos por los Evangelios: cuando Jesús pasó por la orilla del lago de Galilea y llamó a Simón y Andrés, luego a Santiago y Juan (cf. *Mc* 1, 16-20). Y antes aún, junto al río Jordán, después del bautismo, cuando, dándose cuenta de que Andrés y el otro discípulo lo seguían, les dijo: «Venid y veréis» (*Jn* 1, 39). La vida cristiana comienza con una llamada y es siempre una respuesta, hasta el final. Eso es así, tanto en la dimensión del creer como en la del obrar: tanto la

fe como el comportamiento del cristiano son correspondencia a la gracia de la vocación.

He hablado de la llamada de los primeros Apóstoles, pero con la palabra «llamada» pensamos sobre todo en la Madre de todas las llamadas, en María santísima, la elegida, la Llamada por excelencia. El icono de la Anunciación a María representa mucho más que ese episodio evangélico particular, por más fundamental que sea: contiene todo el misterio de María, toda su historia, su ser; y, al mismo tiempo, habla de la Iglesia, de su esencia de siempre, al igual que de cada creyente en Cristo, de cada alma cristiana llamada.

Al llegar a este punto, debemos tener presente que no hablamos de personas del pasado. Dios, el Señor, nos ha llamado a cada uno de nosotros; cada uno ha sido llamado por su propio nombre. Dios es tan grande que tiene tiempo para cada uno de nosotros, me conoce, nos conoce a cada uno por nombre, personalmente. Cada uno de nosotros ha recibido una llamada personal. Creo que debemos meditar muchas veces este misterio: Dios, el Señor, me ha llamado a mí, me llama a mí, me conoce, espera mi respuesta como esperaba la respuesta de María, como esperaba la respuesta de los Apóstoles. Dios me llama: este hecho debería impulsarnos a estar atentos a la voz de Dios, atentos a su Palabra, a su llamada a mí, a fin de responder, a fin de realizar esta parte de la historia de la salvación para la que me ha llamado a mí.



En este texto, además, san Pablo nos indica algunos elementos concretos de esta respuesta con cuatro palabras: «humildad», «mansedumbre», «magnanimidad» y «sobrellevándoos mutuamente con amor». Tal vez podemos meditar brevemente estas palabras, en las que se expresa el camino cristiano. Al final volveremos una vez más sobre esto.

«Humildad»: la palabra griega es **ΤΑΠΕΙΝΟΦΡΟΣΥΝΗΣ**. Se trata de la misma palabra que san Pablo usa en la *Carta a los Filipenses* cuando habla del Señor, que era Dios y se humilló, se hizo **ΤΑΠΕΙΝΟΣ**, se rebajó hasta hacerse criatura, hasta hacerse hombre, hasta la obediencia de la cruz (cf. *Flp* 2, 7-8). Humildad, por consiguiente, no es una palabra cualquiera, una modestia cualquiera, algo..., sino una palabra cristológica. Imitar a Dios que se rebaja hasta mí, que es tan grande que se hace mi amigo, sufre por mí, muere por mí. Esta es la humildad que es preciso aprender, la humildad de Dios. Quiere decir que debemos vernos siempre a la luz de Dios; así, al mismo tiempo, podemos conocer la grandeza de que somos personas amadas por Dios, pero también nuestra pequeñez, nuestra pobreza, y así comportarnos como debemos, no como amos, sino como siervos. Como dice san Pablo: «No porque seamos señores de vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría» (2 *Co* 1, 24). Ser sacerdote, mucho más que ser cristiano, implica esta humildad.

«Mansedumbre». El texto griego utiliza aquí la palabra **πραΰτης**, la misma palabra que aparece en las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra» (*Mt* 5, 4). Y en el *Libro de los Números*, el cuarto libro de Moisés, encontramos la afirmación según la cual Moisés era el hombre más manso del mundo (cf. 12, 3); y, en este sentido, era una prefiguración de Cristo, de Jesús, que dice de sí mismo: «Soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 29). Así pues, también la palabra «manso», «mansedumbre», es una palabra cristológica e implica de nuevo este imitar a Cristo. Dado que en el Bautismo hemos sido configurados con Cristo, también debemos configurarnos con Cristo, encontrar este espíritu de ser mansos, sin violencia, de convencer con el amor y con la bondad.

«Magnanimidad», **μακροθυμία**, quiere decir generosidad de corazón, no ser minimalistas que dan sólo lo estrictamente necesario: démonos a nosotros mismos con todo lo que podamos, y crezcamos también nosotros en magnanimidad.

«Sobrellevándoos con amor». Es una tarea de cada día sobrellevarse unos a otros en su alteridad y, precisamente sobrellevándonos con humildad, aprender el verdadero amor.

Ahora demos un paso más. Después de la palabra «llamada» sigue la dimensión eclesial. Hemos hablado ahora de

la vocación como de una llamada muy personal: Dios me llama, me conoce, espera mi respuesta personal. Pero, al mismo tiempo, la llamada de Dios es una llamada en comunidad, es una llamada eclesial. Dios nos llama en una comunidad. Es verdad que en este pasaje que estamos meditando no aparece la palabra **ἐκκλησία**, la palabra «Iglesia», pero sí está muy presente la realidad. San Pablo habla de un Espíritu y un cuerpo. El Espíritu se crea el cuerpo y nos une como un único cuerpo. Y luego habla de la unidad, habla de la cadena del ser, del vínculo de la paz. Con esta palabra alude a la palabra «prisionero» del comienzo. Siempre es la misma palabra: «yo estoy en cadenas», «me hallo en cadenas», pero detrás de ella está la gran cadena invisible, liberadora, del amor. Nosotros estamos en este vínculo de la paz que es la Iglesia; es el gran vínculo que nos une con Cristo. Tal vez también debemos meditar personalmente en este punto: estamos llamados personalmente, pero estamos llamados en un cuerpo. Y este cuerpo no es algo abstracto, sino muy real.

En este momento, el seminario es el cuerpo en el que se realiza concretamente el estar en un camino común. Luego será la parroquia: aceptar, soportar, animar toda la parroquia, a las personas, tanto a las simpáticas como a las menos simpáticas, insertarse en este cuerpo. Cuerpo: la Iglesia es cuerpo; por tanto, tiene estructuras, también tiene realmente un derecho y a veces no resulta fácil insertarse. Ciertamente, queremos

la relación personal con Dios, pero a menudo el cuerpo no nos agrada. Sin embargo, precisamente así estamos en comunión con Cristo: aceptando esta corporeidad de su Iglesia, del Espíritu, que se encarna en el cuerpo.

Por otra parte, con frecuencia sentimos el problema, la dificultad de esta comunidad, comenzando por la comunidad concreta del seminario hasta la gran comunidad de la Iglesia, con sus instituciones. También debemos tener presente que es muy grato estar en compañía, caminar en una gran compañía de todos los siglos, tener amigos en el cielo y en la tierra, y sentir la belleza de este cuerpo, ser felices porque el Señor nos ha llamado en un cuerpo y nos ha dado amigos en todas las partes del mundo.

He dicho que aquí no aparece la palabra **ἐκκλησία**, pero sí aparecen la palabra «cuerpo», la palabra «espíritu», la palabra «vínculo»; y en este breve pasaje se repite siete veces la palabra «uno». Así, percibimos lo mucho que importa al Apóstol la unidad de la Iglesia. Y acaba con una «escala de unidad», hasta la Unidad: uno es Dios, el Dios de todos. Dios es uno, y la unicidad de Dios se manifiesta en nuestra comunión, porque Dios es el Padre, el Creador de todos nosotros y, por eso, todos somos hermanos, todos somos un cuerpo, y la unidad de Dios es la condición, es la creación también de la fraternidad humana, de la paz. Así pues, meditemos también este misterio de la unidad y la importancia de buscar siempre la uni-



dad en la comunión del único Cristo, del único Dios.

Ahora podemos dar un nuevo paso. Si nos preguntamos cuál es el sentido profundo de este uso de la palabra «llamada», vemos que es una de las dos puertas que se abren sobre el misterio trinitario. Hasta ahora hemos hablado del misterio de la Iglesia, del único Dios, pero se nos presenta también el misterio trinitario. Jesús es el mediador de la llamada del Padre que se realiza en el Espíritu Santo.

La vocación cristiana no puede menos de tener una forma trinitaria, tanto a nivel de cada persona como a nivel de comunidad eclesial. Todo el misterio de la Iglesia está animado por el dinamismo del Espíritu Santo, que es un dinamismo vocacional en sentido amplio y perenne, a partir de Abraham, el primero que escuchó la llamada de Dios y respondió con la fe y con la acción (cf. *Gn* 12, 1-3); hasta el «Heme aquí» de María, reflejo perfecto del «Heme aquí» del Hijo de Dios en el momento en que acoge la llamada del Padre a venir al mundo (cf. *Hb* 10, 5-7). Así, en el «corazón» de la Iglesia -como diría santa Teresa del Niño Jesús- la llamada de cada cristiano es un misterio trinitario: el misterio del encuentro con Jesús, con la Palabra hecha carne, mediante la cual Dios Padre nos llama a la comunión consigo y, por esto, nos quiere dar su Espíritu Santo; y precisamente gracias al Espíritu podemos responder a Jesús y al Padre de modo auténtico,

dentro de una relación real, filial. Sin el soplo del Espíritu Santo la vocación cristiana sencillamente no se explica, pierde su linfa vital.

Y, finalmente, el último pasaje. La forma de la unidad según el Espíritu requiere, como he dicho, la imitación de Jesús, la configuración con él en sus comportamientos concretos. Como hemos meditado, el Apóstol escribe: «Con toda humildad, mansedumbre y magnanimidad, sobrellevándoos mutuamente con amor», y añade que la unidad del espíritu se debe conservar «con el vínculo de la paz» (*Ef* 4, 2-3).

La unidad de la Iglesia no deriva de un «molde» impuesto desde el exterior, sino que es fruto de una concordia, de un compromiso común de comportarse como Jesús, con la fuerza de su Espíritu. San Juan Crisóstomo tiene un comentario muy bello de este pasaje. Comentando la imagen del «vínculo», el «vínculo de la paz», el Crisóstomo dice: «Es bello este vínculo, con el que nos unimos tanto unos con otros como con Dios. No es una cadena que hiere. No produce calambres en las manos, las deja libres, les da amplio espacio y una valentía mayor» (*Homilias sobre la carta a los Efesios* 9, 4, 1-3). Aquí encontramos la paradoja evangélica: el amor cristiano es un vínculo, como hemos dicho, pero un vínculo que libera. La imagen del vínculo, como os he dicho, nos remite a la situación de san Pablo, que es «prisionero», está «en vínculo». El Apóstol está en cadenas por causa del Señor; como Jesús

mismo, se hizo esclavo para liberarnos. Para conservar la unidad del espíritu es necesario que nuestro comportamiento esté marcado por la humildad, la mansedumbre y la magnanimidad que Jesús testimonió en su pasión; es necesario tener las manos y el corazón unidos por el vínculo de amor que él mismo aceptó por nosotros, haciéndose nuestro siervo. Este es el «vínculo de la paz». En el mismo comentario dice también san Juan Crisóstomo: «Uníos a vuestros hermanos. Los que están así unidos en el amor lo soportan todo con facilidad... Así quiere él que estemos unidos los unos a los otros, no sólo para estar en paz, no sólo para ser amigos, sino para ser todos uno, una sola alma» (ib.).

El texto paulino del que hemos meditado algunos elementos es muy rico. Sólo he podido ofreceros algunas consideraciones, que encomiendo a vuestra meditación. Pidamos a la Virgen María, la Virgen de la Confianza, que nos ayude a caminar con alegría en la unidad del Espíritu. Gracias.

***Lectio divina del Papa, Benedicto XVI,  
durante el encuentro con los  
párrocos y sacerdotes de la Diócesis  
de Roma***

Sala de las Bendiciones. Jueves, 10 de marzo de 2011

*Eminencia, excelencias y queridos hermanos:*

Para mí es una gran alegría estar con vosotros -el clero de Roma- cada año, al inicio de la Cuaresma, y comenzar con vosotros el camino pascual de la Iglesia. Quiero dar las gracias a su eminenencia por las hermosas palabras que me ha dirigido, agradeceros a todos el trabajo que realizáis por esta Iglesia de Roma que -según san Ignacio- preside en la caridad y debería ser siempre también ejemplar en su fe. Hagamos juntos todo lo posible para que esta Iglesia de Roma responda a su vocación y para que nosotros, en esta «viña del Señor», seamos obreros fieles.

Hemos escuchado el pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (20, 17-38) en el que san Pablo habla a los presbíteros de Éfeso, narrado expresamente por san Lucas como testamento del Apóstol, como discurso destinado no sólo a los presbíteros de Éfeso sino también a los presbíteros de todos los tiempos. San Pablo no sólo habla a quienes estaban presentes en aquel lugar, sino que también nos habla realmente a nosotros. Por tanto, tratemos de comprender lo que nos dice a nosotros en esta hora.

Comienzo: «Vosotros habéis comprobado cómo he procedido con vosotros todo el tiempo que he estado aquí» (v. 18); y sobre su comportamiento durante todo el tiempo san Pablo dice, al final: «De día y de noche, no he cesado de aconsejar (...) a cada uno» (v. 31). Esto quiere decir que durante todo ese tiempo era anunciador, mensajero y embajador de Cristo para

ellos; era sacerdote para ellos. En cierto sentido, se podría decir que era un sacerdote trabajador, porque -como dice también en este pasaje-, trabajó con sus manos como tejedor de tiendas para no pesar sobre sus bienes, para ser libre, para dejarlos libres. Pero aunque trabajaba con las manos, durante todo este tiempo fue sacerdote, todo el tiempo aconsejó. En otras palabras, aunque exteriormente no estuvo todo el tiempo a disposición de la predicación, su corazón y su alma estuvieron siempre presentes para ellos; estaba animado por la Palabra de Dios, por su misión. Me parece que este es un aspecto muy importante: no se es sacerdote sólo por un tiempo; se es siempre, con toda el alma, con todo el corazón. Este ser con Cristo y ser embajador de Cristo, este ser para los demás, es una misión que penetra nuestro ser y debe penetrar cada vez más en la totalidad de nuestro ser.

San Pablo, además, dice: «He servido al Señor con toda humildad» (v. 19). «Servido» es una palabra clave de todo el Evangelio. Cristo mismo dice: no he venido a ser servido sino a servir (cf. *Mt* 20, 28). Él es el Servidor de Dios, y Pablo y los Apóstoles son también «servidores»; no señores de la fe, sino servidores de vuestra alegría, dice san Pablo en la segunda carta a los Corintios (cf. 1, 24). «Servir» debe ser determinante también para nosotros: somos servidores. Y «servir» quiere decir no hacer lo que yo me propongo, lo que para mí sería más agradable; «servir» quiere

decir dejarme imponer el peso del Señor, el yugo del Señor; «servir» quiere decir no buscar mis preferencias, mis prioridades, sino realmente «ponerme al servicio del otro». Esto quiere decir que también nosotros a menudo debemos hacer cosas que no parecen inmediatamente espirituales y no responden siempre a nuestras elecciones. Todos, desde el Papa hasta el último vicario parroquial, debemos realizar trabajos de administración, trabajos temporales; sin embargo, los hacemos como servicio, como parte de lo que el Señor nos impone en la Iglesia, y hacemos lo que la Iglesia nos dice y espera de nosotros. Es importante este aspecto concreto del servicio, porque no elegimos nosotros qué hacer, sino que somos servidores de Cristo en la Iglesia y trabajamos como la Iglesia nos dice, donde la Iglesia nos llama, y tratamos de ser precisamente así: servidores que no hacen su voluntad, sino la voluntad del Señor. En la Iglesia somos realmente embajadores de Cristo y servidores del Evangelio.

«He servido al Señor con toda humildad». También «humildad» es una palabra clave del Evangelio, de todo el Nuevo Testamento. En la humildad nos precede el Señor. En la *carta a los Filipenses*, san Pablo nos recuerda que Cristo, que estaba sobre todos nosotros, que era realmente divino en la gloria de Dios, se humilló, se despojó de su rango haciéndose hombre, aceptando toda la fragilidad del ser humano, llegando hasta la obediencia última de la cruz

(cf. 2, 5-8). «Humildad» no quiere decir falsa modestia -agradecemos los dones que el Señor nos ha concedido-, sino que indica que somos conscientes de que todo lo que podemos hacer es don de Dios, se nos concede para el reino de Dios. Trabajamos con esta «humildad», sin tratar de aparecer. No buscamos alabanzas, no buscamos que nos vean; para nosotros no es un criterio decisivo pensar qué dirán de nosotros en los diarios o en otros sitios, sino qué dice Dios. Esta es la verdadera humildad: no aparecer ante los hombres, sino estar en la presencia de Dios y trabajar con humildad por Dios, y de esta manera servir realmente también a la humanidad y a los hombres.

«No he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando» (v. 20). San Pablo, después de algunas frases, vuelve sobre este aspecto y afirma: «No tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios» (v. 27). Esto es importante: el Apóstol no predica un cristianismo «a la carta», según sus gustos; no predica un Evangelio según sus ideas teológicas preferidas; no se sustrae al compromiso de anunciar toda la voluntad de Dios, también la voluntad incómoda, incluidos los temas que personalmente no le agradan tanto. Nuestra misión es anunciar toda la voluntad de Dios, en su totalidad y sencillez última. Pero es importante el hecho de que debemos predicar y enseñar -como dice san Pablo-, y proponer realmente toda la voluntad de Dios. Y pienso que si el mun-

do de hoy tiene curiosidad de conocer todo, mucho más nosotros deberemos tener la curiosidad de conocer la voluntad de Dios: ¿qué podría ser más interesante, más importante, más esencial para nosotros que conocer lo que Dios quiere, conocer la voluntad de Dios, el rostro de Dios? Esta curiosidad interior debería ser también nuestra curiosidad por conocer mejor, de modo más completo, la voluntad de Dios. Debemos responder y despertar esta curiosidad en los demás, curiosidad por conocer verdaderamente toda la voluntad de Dios, y así conocer cómo podemos y cómo debemos vivir, cuál es el camino de nuestra vida. Así pues, deberíamos dar a conocer y comprender -en la medida de lo posible- el contenido del Credo de la Iglesia, desde la creación hasta la vuelta del Señor, hasta el mundo nuevo. La doctrina, la liturgia, la moral y la oración -las cuatro partes del Catecismo de la Iglesia católica- indican esta totalidad de la voluntad de Dios. También es importante no perdernos en los detalles, no dar la idea de que el cristianismo es un paquete inmenso de cosas por aprender. En resumidas cuentas, es algo sencillo: Dios se ha revelado en Cristo. Pero entrar en esta sencillez -creo en Dios que se revela en Cristo y quiero ver y realizar su voluntad- tiene contenidos y, según las situaciones, entramos en detalles o no, pero es esencial hacer comprender por una parte la sencillez última de la fe. Creer en Dios como se ha revelado en Cristo es también la riqueza interior de esta fe, las respuestas que da a nuestras

preguntas, también las respuestas que en un primer momento no nos gustan y que, sin embargo, son el camino de la vida, el verdadero camino; en cuanto afrontamos estas cosas, aunque no nos resulten tan agradables, podemos comprender, comenzamos a comprender lo que es realmente la verdad. Y la verdad es bella. La voluntad de Dios es buena, es la bondad misma.

Después, el Apóstol afirma: «He predicado en público y en privado, dando solemne testimonio tanto a judíos como a griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesucristo» (v. 20-21). Aquí hay una síntesis de lo esencial: conversión a Dios, fe en Jesús. Pero fijemos por un momento la atención en la palabra «conversión», que es la palabra central o una de las palabras centrales del Nuevo Testamento. Aquí, para conocer las dimensiones de esta palabra, es interesante estar atentos a las diversas palabras bíblicas: en hebreo, «šub» quiere decir «invertir la ruta», comenzar con una nueva dirección de vida; en griego, «metánoia», «cambio de manera de pensar»; en latín, «poenitentia», «acción mía para dejarme transformar»; en italiano, «conversione», que coincide más bien con la palabra hebrea que significa «nueva dirección de la vida». Tal vez podemos ver de manera particular el porqué de la palabra del Nuevo Testamento, la palabra griega «metánoia», «cambio de manera de pensar». En un primer momento el pensamiento parece típicamente griego, pero, profun-

dizando, vemos que expresa realmente lo esencial de lo que dicen también las otras lenguas: cambio de pensamiento, o sea, cambio real de nuestra visión de la realidad. Como hemos nacido en el pecado original, para nosotros «realidad» son las cosas que podemos tocar, el dinero, mi posición; son las cosas de todos los días que vemos en el telediario: esta es la realidad. Y las cosas espirituales se encuentran «detrás» de la realidad: «Metánoia», cambio de manera de pensar, quiere decir invertir esta impresión. Lo esencial, la realidad, no son las cosas materiales, ni el dinero, ni el edificio, ni lo que puedo tener. La realidad de las realidades es Dios. Esta realidad invisible, aparentemente lejana de nosotros, es la realidad. Aprender esto, y así invertir nuestro pensamiento, juzgar verdaderamente que lo real que debe orientar todo es Dios, son las palabras, la Palabra de Dios. Este es el criterio, el criterio de todo lo que hago: Dios. Esto es realmente conversión, si mi concepto de realidad ha cambiado, si mi pensamiento ha cambiado. Y esto debe impregnar luego todos los ámbitos de mi vida: en el juicio sobre cada cosa debo tener como criterio lo que Dios dice sobre eso. Esto es lo esencial, no cuánto obtengo ahora, no el beneficio o el perjuicio que obtendré, sino la verdadera realidad, orientarnos hacia esta realidad. Me parece que en la Cuaresma, que es camino de conversión, debemos volver a realizar cada año esta inversión del concepto de realidad, es decir, que Dios es la realidad, Cristo es la realidad y el criterio de mi acción y

de mi pensamiento; realizar esta nueva orientación de nuestra vida. Y de igual modo la palabra latina «poenitentia», que nos parece algo demasiado exterior y quizá una forma de activismo, se transforma en real: ejercitar esto quiere decir ejercitar el dominio de mí mismo, dejarme transformar, con toda mi vida, por la Palabra de Dios, por el pensamiento nuevo que viene del Señor y me muestra la verdadera realidad. De este modo, no sólo se trata de pensamiento, de intelecto, sino de la totalidad de mí ser, de mi visión de la realidad. Este cambio de pensamiento, que es conversión, llega a mi corazón y une intelecto y corazón, y pone fin a esta separación entre intelecto y corazón, integra mi personalidad en el corazón, que es abierto por Dios y se abre a Dios. Y así encuentro el camino, el pensamiento se convierte en fe, esto es, tener confianza en el Señor, confiar en el Señor, vivir con él y emprender su camino en un verdadero seguimiento de Cristo.

San Pablo continúa: «Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu. No sé lo que me pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios» (vv. 22-24). San Pablo sabe que probablemente este viaje a Jerusalén le costará la vida: será un

viaje hacia el martirio. Aquí debemos tener presente el porqué de su viaje. Va a Jerusalén para entregar a esa comunidad, a la Iglesia de Jerusalén, la suma de dinero recogida para los pobres en el mundo de los gentiles. Por tanto, es un viaje de caridad, pero es algo más: es una expresión del reconocimiento de la unidad de la Iglesia entre judíos y gentiles, un reconocimiento formal del primado de Jerusalén en ese tiempo, del primado de los primeros Apóstoles, un reconocimiento de la unidad y de la universalidad de la Iglesia. En este sentido, el viaje tiene un significado eclesiológico y también cristológico, porque así tiene mucho valor para él este reconocimiento, esta expresión visible de la unicidad y de la universalidad de la Iglesia, que tiene en cuenta también el martirio. La unidad de la Iglesia vale el martirio. Así dice san Pablo: «Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor» (v. 24). El mero sobrevivir biológico -dice san Pablo- no es el primer valor para mí; el primer valor para mí es consumir el ministerio; el primer valor para mí es estar con Cristo; vivir con Cristo es la verdadera vida. Aunque perdiera la vida biológica, no perdería la verdadera vida. En cambio, si perdiera la comunión con Cristo para conservar la vida biológica, perdería precisamente la vida misma, lo esencial de su ser. También esto me parece importante: tener las prioridades justas. Ciertamente debemos estar atentos a nuestra salud, a trabajar con racionalidad, pero tam-

bién debemos saber que el valor último es estar en comunión con Cristo; vivir nuestro servicio y perfeccionarlo lleva a completar la carrera. Tal vez podemos reflexionar un poco más sobre esta expresión: «completar mi carrera». Hasta el final el Apóstol quiere ser servidor de Jesús, embajador de Jesús para el Evangelio de Dios. Es importante que también en la vejez, aunque pasen los años, no perdamos el celo, la alegría de haber sido llamados por el Señor. Yo diría que, en cierto sentido, al inicio del camino sacerdotal es fácil estar llenos de celo, de esperanza, de valor, de actividad, pero al ver cómo van las cosas, al ver que el mundo sigue igual, al ver que el servicio se hace pesado, se puede perder fácilmente un poco este entusiasmo. Volvamos siempre a la Palabra de Dios, a la oración, a la comunión con Cristo en el Sacramento -esta intimidad con Cristo- y dejémonos renovar nuestra juventud espiritual, renovar el celo, la alegría de poder ir con Cristo hasta el final, de «completar la carrera», siempre con el entusiasmo de haber sido llamados por Cristo para este gran servicio, para el Evangelio de la gracia de Dios. Y esto es importante. Hemos hablado de humildad, de esta voluntad de Dios, que puede ser dura. Al final, el título de todo el Evangelio de la gracia de Dios es «Evangelio», es «Buena Nueva» que Dios nos conoce, que Dios me ama, y que el Evangelio, la voluntad última de Dios es gracia. Recordemos que la carrera del Evangelio comienza en Nazaret, en la habitación de María, con las palabras «Dios

te salve María», que en griego se dice: «Chaire kecharitomene»: «Alégrate, porque estás llena de gracia». Estas palabras constituyen el hilo conductor: el Evangelio es invitación a la alegría porque estamos en la gracia, y la última palabra de Dios es la gracia.

A continuación viene el pasaje sobre el martirio inminente. Aquí hay una frase muy importante, que quiero meditar un poco con vosotros: «Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (v. 28). Comienzo por la palabra «Velad». Hace algunos días tuve la catequesis sobre san Pedro Canisio, apóstol de Alemania en la época de la Reforma, y se me quedó grabada una palabra de este santo, una palabra que era para él un grito de angustia en su momento histórico. Dice: «Ved, Pedro duerme; Judas, en cambio, está despierto». Esto nos hace pensar: la somnolencia de los buenos. El Papa Pío XI dijo: «El gran problema de nuestro tiempo no son las fuerzas negativas, sino la somnolencia de los buenos». «Velad»: meditemos esto, y pensemos que el Señor en el Huerto de los Olivos repite dos veces a sus discípulos: «Velad», y ellos duermen. «Velad», nos dice a nosotros; tratemos de no dormir en este tiempo, sino de estar realmente dispuestos para la voluntad de Dios y para la presencia de su Palabra, de su Reino.



«Velad por vosotros mismos» (v. 28): estas palabras también valen para los presbíteros de todos los tiempos. Hay un activismo con buenas intenciones, pero en el que uno descuida la propia alma, la propia vida espiritual, el propio estar con Cristo. San Carlos Borromeo, en la lectura del breviario de su memoria litúrgica, nos dice cada año: no puedes ser un buen servidor de los demás si descuidas tu alma. «Velad por vosotros mismos»: estemos atentos también a nuestra vida espiritual, a nuestro estar con Cristo. Como he dicho en muchas ocasiones: orar y meditar la Palabra de Dios no es tiempo perdido para la atención a las almas, sino que es condición para que podamos estar realmente en contacto con el Señor y así hablar de primera mano del Señor a los demás. «Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios» (v. 28). Aquí son importantes dos palabras. En primer lugar: «el Espíritu Santo os ha puesto»; es decir, el sacerdocio no es una realidad en la que uno encuentra una ocupación, una profesión útil, hermosa, que le agrada y se elige. ¡No! Nos ha constituido el Espíritu Santo. Sólo Dios nos puede hacer sacerdotes; sólo Dios puede elegir a sus sacerdotes; y, si somos elegidos, somos elegidos por él. Aquí aparece claramente el carácter sacramental del presbiterado y del sacerdocio, que no es una profesión que debe desempeñarse porque alguien debe administrar las cosas, y también debe predicar. No es algo que

hagamos nosotros solamente. Es una elección del Espíritu Santo, y en esta voluntad del Espíritu Santo, voluntad de Dios, vivimos y buscamos cada vez más dejarnos llevar de la mano por el Espíritu Santo, por el Señor mismo. En segundo lugar: «os ha puesto como guardianes para pastorear». La palabra que el texto español traduce por «guardianes» en griego es «epískopos». San Pablo habla a los presbíteros, pero aquí los llama «epískopoi». Podemos decir que, en la evolución de la realidad de la Iglesia, los dos ministerios aún no estaban divididos claramente, no eran distintos; evidentemente son el único sacerdocio de Cristo y ellos, los presbíteros, son también «epískopoi». La palabra «presbítero» viene sobre todo de la tradición judía, donde estaba vigente el sistema de los «ancianos», de los «presbíteros», mientras que la palabra «epískopos» fue creada -o encontrada- en el ámbito de la Iglesia por los paganos, y proviene del lenguaje de la administración romana. «Epískopoi» son los que vigilan, los que tienen una responsabilidad administrativa para vigilar cómo van las cosas. Los cristianos eligieron esta palabra en el ámbito pagano-cristiano para expresar el oficio del presbítero, del sacerdote, pero como es obvio cambió inmediatamente el significado de la palabra. La palabra «epískopoi» se identificó de inmediato con la palabra «pastores». O sea, vigilar es «apacentar», desempeñar la misión de pastor: en realidad de inmediato se convirtió en «poimainein», «apacentar» a la Iglesia de Dios; está pensado en el



sentido de esta responsabilidad respecto de los demás, de este amor por el rebaño de Dios. Y no olvidemos que en el antiguo Oriente «pastor» era el título de los reyes: son los pastores del rebaño, que es el pueblo. Seguidamente, el rey-Cristo, al ser el verdadero rey, transforma interiormente este concepto. Es el Pastor que se hace cordero, el pastor que se deja matar por los demás, para defenderlos del lobo; el pastor cuyo primer significado es amar a este rebaño y así dar vida, alimentar, proteger. Tal vez estos son los dos conceptos centrales para este oficio del «pastor»: alimentar dando a conocer la Palabra de Dios, no sólo con las palabras, sino testimoniándola por voluntad de Dios; y proteger con la oración, con todo el compromiso de la propia vida. Pastores, el otro significado que percibieron los Padres en la palabra cristiana «epískopoi», es: quien vigila no como un burócrata, sino como quien ve desde el punto de vista de Dios, camina hacia la altura de Dios y a la luz de Dios ve a esta pequeña comunidad de la Iglesia. Para un pastor de la Iglesia, para un sacerdote, un «epískopos», es importante también que vea desde el punto de vista de Dios, que trate de ver desde lo alto, con el criterio de Dios y no según sus propias preferencias, sino como juzga Dios. Ver desde esta altura de Dios y así amar con Dios y por Dios.

«Pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (v. 28). Aquí encontramos una palabra central sobre la Iglesia. La Igle-

sia no es una organización que se ha formado poco a poco; la Iglesia nació en la cruz. El Hijo adquirió la Iglesia en la cruz y no sólo la Iglesia de ese momento, sino la Iglesia de todos los tiempos. Con su sangre adquirió esta porción del pueblo, del mundo, para Dios. Y creo que esto nos debe hacer pensar. Cristo, Dios creó la Iglesia, la nueva Eva, con su sangre. Así nos ama y nos ha amado, y esto es verdad en todo momento. Y esto nos debe llevar también a comprender que la Iglesia es un don, a sentirnos felices por haber sido llamados a ser Iglesia de Dios, a alegrarnos de pertenecer a la Iglesia. Ciertamente, siempre hay aspectos negativos, difíciles, pero en el fondo debe quedar esto: es un don bellissimo el poder vivir en la Iglesia de Dios, en la Iglesia que el Señor se adquirió con su sangre. Estar llamados a conocer realmente el rostro de Dios, conocer su voluntad, conocer su gracia, conocer este amor supremo, esta gracia que nos guía y nos lleva de la mano. Felicidad por ser Iglesia, alegría por ser Iglesia. Me parece que debemos volver a aprender esto. El miedo al triunfalismo tal vez nos ha hecho olvidar un poco que es hermoso estar en la Iglesia y que esto no es triunfalismo, sino humildad, agradecer el don del Señor.

Sigue inmediatamente que esta Iglesia no siempre es sólo don de Dios y divina, sino también muy humana: «Se meterán entre vosotros lobos feroces» (v. 29). La Iglesia siempre está amenazada; siempre existe el peligro, la oposición del diablo,

que no acepta que en la humanidad se encuentre presente este nuevo pueblo de Dios, que esté la presencia de Dios en una comunidad viva. Así pues, no debe sorprendernos que siempre haya dificultades, que siempre haya hierba mala en el campo de la Iglesia. Siempre ha sido así y siempre será así. Pero debemos ser conscientes, con alegría, de que la verdad es más fuerte que la mentira, de que el amor es más fuerte que el odio, de que Dios es más fuerte que todas las fuerzas contrarias a él. Y con esta alegría, con esta certeza interior emprendemos nuestro camino inter consolaciones Dei et persecuciones mundi, dice el concilio Vaticano II (cf. *Lumen gentium*, 8): entre las consolaciones de Dios y las persecuciones del mundo.

Y ahora el penúltimo versículo. En este punto no deseo entrar en detalles: al final aparece un elemento importante de la Iglesia, del ser cristianos. «Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Hay más dicha en dar que en recibir”» (v. 35). La opción preferencial por los pobres, el amor por los débiles es fundamental para la Iglesia, es fundamental para el servicio de cada uno de nosotros: estar atentos con gran amor a los débiles, aunque tal vez no sean simpáticos, sino difíciles. Pero ellos esperan nuestra caridad, nuestro amor, y Dios espera este amor nuestro. En comunión con Cristo estamos llamados a socorrer a los débiles con nuestro amor, con nuestras obras.

Y el último versículo: «Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas y oró con todos ellos» (v. 36). Al final, el discurso se transforma en oración y san Pablo se arrodilla. San Lucas nos recuerda que también el Señor en el Huerto de los Olivos oró de rodillas, y nos dice que del mismo modo san Esteban, en el momento del martirio, se arrodilló para orar. Orar de rodillas quiere decir adorar la grandeza de Dios en nuestra debilidad, dando gracias al Señor porque nos ama precisamente en nuestra debilidad. Detrás de esto aparece la palabra de san Pablo en la *carta a los Filipenses*, que es la transformación cristológica de una palabra del profeta Isaías, el cual, en el capítulo 45, dice que todo el mundo, el cielo, la tierra y el abismo, se arrodillará ante el Dios de Israel (cf. *Is* 45, 23). Y san Pablo precisa: Cristo bajó del cielo a la cruz, la obediencia última. Y en este momento se realiza esta palabra del Profeta: ante Cristo crucificado todo el cosmos, el cielo, la tierra y el abismo, se arrodilla (cf. *Flp* 2, 10-11). Él es realmente expresión de la verdadera grandeza de Dios. La humildad de Dios, el amor hasta la cruz, nos demuestra quién es Dios. Ante él nos ponemos de rodillas, adorando. Estar de rodillas ya no es expresión de servidumbre, sino precisamente de la libertad que nos da el amor de Dios, la alegría de estar redimidos, de unirnos con el cielo y la tierra, con todo el cosmos, para adorar a Cristo, de estar unidos a Cristo y así ser redimidos.

El discurso de san Pablo termina con la oración. También nuestros discursos deben terminar con la oración. Oremos al Señor para que nos ayude a estar cada vez más impregnados de su Palabra, a ser cada vez más testigos y no sólo maestros, a ser cada vez más sacerdotes, pastores, «*epískopoi*», es decir, los que ven con Dios y desempeñan el servicio del Evangelio de Dios, el servicio del Evangelio de la gracia.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
durante la conclusión de los  
ejercicios espirituales de la Curia  
Romana***

Capilla “Redemptoris Mater”. Sábado, 19 de marzo de 2011

*Queridos hermanos, querido padre  
Léthel:*

Al final de este camino de reflexión, de meditación, de oración en compañía de los santos amigos del Papa Juan Pablo II, quiero decir de todo corazón: gracias a usted, padre Léthel, por su guía segura, por la riqueza espiritual que nos ha dado. Nos ha presentado a los santos como «estrellas» en el firmamento de la historia y, con su entusiasmo y su alegría, usted nos ha introducido en el corro de estos santos y nos ha mostrado que precisamente los santos «pequeños» son los santos «grandes». Nos ha mostrado que la *scientia fidei* y la *scientia amoris* van juntas y se com-

plementan, que la razón grande y el gran amor van juntos, más aún, que el gran amor ve más que la razón sola.

La Providencia ha querido que estos ejercicios concluyan en la fiesta de san José, mi patrono personal y patrono de la santa Iglesia: un santo humilde, un trabajador humilde, que fue considerado digno de ser Custodio del Redentor.

San Mateo define a san José con una palabra: «Era un justo», *díkaios*», que deriva de «*dike*», y en la visión del Antiguo Testamento, como la encontramos por ejemplo en el Salmo 1, «justo» es el hombre que está inmerso en la Palabra de Dios, que vive en la Palabra de Dios, que vive la Ley no como un «yugo» sino como «alegría», vive -podríamos decir- la Ley como «Evangelio». San José era justo, estaba inmerso en la Palabra de Dios, escrita, transmitida en la sabiduría de su pueblo y precisamente de esta manera estaba preparado y llamado a conocer al Verbo encarnado -al Verbo que vino a nosotros como hombre- y predestinado a custodiar, a proteger a este Verbo encarnado. Esta es su misión para siempre: custodiar a la santa Iglesia y a nuestro Señor.

En este momento nos encomendamos a su custodia, rezamos para que nos ayude en nuestro humilde servicio. Sigamos adelante con valentía bajo esta protección. Demos gracias por los santos humildes, pidamos al Señor que nos haga también a nosotros humildes

en nuestro servicio y de esta manera santos en la compañía de los santos.

De nuevo, gracias a usted, padre Léthel, por su inspiración. ¡Gracias!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en el curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica***

Aula de las Bendiciones. Viernes, 25 de marzo de 2011

*Queridos amigos:*

Me alegra daros a cada uno mi cordial bienvenida. Saludo al cardenal Fortunato Baldelli, penitenciario mayor, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido. Saludo al regente de la Penitenciaría, monseñor Gianfranco Girotti, al personal, a los colaboradores y a todos los participantes en el curso sobre el fuero interno, que ya se ha convertido en un encuentro tradicional y en una ocasión importante para profundizar en los temas relativos al sacramento de la Penitencia.

Deseo reflexionar con vosotros sobre un aspecto a veces no considerado suficientemente, pero de gran importancia espiritual y pastoral: el valor pedagógico de la Confesión sacramental. Aunque es verdad que es necesario salvaguardar siempre la objetividad de los efectos del Sacramento y su correcta

celebración según las normas del Rito de la Penitencia, no está fuera de lugar reflexionar sobre cuánto puede educar la fe, tanto del ministro como del penitente. La fiel y generosa disponibilidad de los sacerdotes a escuchar las confesiones, a ejemplo de los grandes santos de la historia, como san Juan María Vianney, san Juan Bosco, san Josemaría Escrivá, san Pío de Pietrelcina, san José Cafasso y san Leopoldo Mandić, nos indica a todos que el confesonario puede ser un «lugar» real de santificación.

¿De qué modo educa el sacramento de la Penitencia? ¿En qué sentido su celebración tiene un valor pedagógico, ante todo para los ministros? Podríamos partir del reconocimiento de que la misión sacerdotal constituye un punto de observación único y privilegiado, que permite contemplar diariamente el esplendor de la Misericordia divina. Cuántas veces en la celebración del sacramento de la Penitencia, el sacerdote asiste a auténticos milagros de conversión que, renovando el «encuentro con un acontecimiento, una Persona» (*Deus caritas est*, 1), fortalecen también su fe. En el fondo, confesar significa asistir a tantas «profesiones fidei» cuantos son los penitentes, y contemplar la acción de Dios misericordioso en la historia, palpar los efectos salvadores de la cruz y de la resurrección de Cristo, en todo tiempo y para todo hombre.

Con frecuencia nos encontramos ante auténticos dramas existenciales y

espirituales, que no hallan respuesta en las palabras de los hombres, pero que son abrazados y asumidos por el Amor divino, que perdona y transforma: «Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve» (Is 1, 18). Conocer y, en cierto modo, visitar el abismo del corazón humano, incluso en sus aspectos oscuros, por un lado pone a prueba la humanidad y la fe del propio sacerdote; y, por otro, alimenta en él la certeza de que la última palabra sobre el mal del hombre y de la historia es de Dios, es de su misericordia, capaz de hacerlo nuevo todo (cf. Ap 21, 5).

¡Cuánto puede aprender el sacerdote de penitentes ejemplares por su vida espiritual, por la seriedad con que hacen el examen de conciencia, por la transparencia con que reconocen su pecado y por la docilidad a la enseñanza de la Iglesia y a las indicaciones del confesor! De la administración del sacramento de la Penitencia podemos recibir profundas lecciones de humildad y de fe. Es una llamada muy fuerte para cada sacerdote a la conciencia de su propia identidad. Nunca podríamos escuchar únicamente en virtud de nuestra humanidad las confesiones de los hermanos. Si se acercan a nosotros es sólo porque somos sacerdotes, configurados con Cristo sumo y eterno Sacerdote, y hemos sido capacitados para actuar en su nombre y en su persona, para hacer realmente presente a Dios que perdona, renueva y transforma. La celebración del sacramento de la Penitencia tiene

un valor pedagógico para el sacerdote, en orden a su fe, a la verdad y pobreza de su persona, y alimenta en él la conciencia de la identidad sacramental.

¿Cuál es el valor pedagógico del sacramento de la Reconciliación para los penitentes? Lo primero que debemos decir es que depende ante todo de la acción de la Gracia y de los efectos objetivos del Sacramento en el alma del fiel. Ciertamente, la Reconciliación sacramental es uno de los momentos en que la libertad personal y la conciencia de sí mismos están llamadas a expresarse de modo particularmente evidente. Tal vez también por esto, en una época de relativismo y de consiguiente conciencia atenuada del propio ser, queda debilitada asimismo la práctica sacramental. El examen de conciencia tiene un valor pedagógico importante: educa a mirar con sinceridad la propia existencia, a confrontarla con la verdad del Evangelio y a valorarla con parámetros no sólo humanos, sino también tomados de la Revelación divina. La confrontación con los Mandamientos, con las Bienaventuranzas y, sobre todo, con el Mandamiento del amor, constituye la primera gran «escuela penitencial».

En nuestro tiempo, caracterizado por el ruido, por la distracción y por la soledad, el coloquio del penitente con el confesor puede representar una de las pocas ocasiones, por no decir la única, para ser escuchados de verdad y en profundidad. Queridos sacerdotes, no dejéis de dar un espacio oportuno al

ejercicio del ministerio de la Penitencia en el confesonario: ser acogidos y escuchados constituye también un signo humano de la acogida y de la bondad de Dios hacia sus hijos. Además, la confesión íntegra de los pecados educa al penitente en la humildad, en el reconocimiento de su propia fragilidad y, a la vez, en la conciencia de la necesidad del perdón de Dios y en la confianza en que la Gracia divina puede transformar la vida. Del mismo modo, la escucha de las amonestaciones y de los consejos del confesor es importante para el juicio sobre los actos, para el camino espiritual y para la curación interior del penitente. No olvidemos cuántas conversiones y cuántas existencias realmente santas han comenzado en un confesonario. La acogida de la penitencia y la escucha de las palabras «Yo te absuelvo de tus pecados» representan, por último, una verdadera escuela de amor y de esperanza, que guía a la plena confianza en el Dios Amor revelado en Jesucristo, a la responsabilidad y al compromiso de la conversión continua.

Queridos sacerdotes, que experimentar nosotros en primer lugar la Misericordia divina y ser sus humildes instrumentos nos eduque a una celebración cada vez más fiel del sacramento de la Penitencia y a una profunda gratitud hacia Dios, que «nos encargó el ministerio de la reconciliación» (2 Co 5, 18). A la santísima Virgen María, Mater misericordiae y Refugium peccatorum, encomiendo los frutos de

vuestro curso sobre el fuero interno y el ministerio de todos los confesores, y con gran afecto os bendigo.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la visita al mausoleo de las Fosas Ardeatinas***

Fosas Ardeatinas, Roma. Domingo, 27 de marzo de 2011

*Queridos hermanos y hermanas:*

De buen grado he aceptado la invitación de la «Asociación nacional entre las familias italianas de los mártires caídos por la libertad de la patria» para peregrinar a este mausoleo, querido por todos los italianos, en particular por el pueblo romano. Saludo al cardenal vicario, al rabino jefe, al presidente de la asociación, al comisario general, al director del mausoleo y, de manera especial, a los familiares de las víctimas, así como a todos los presentes.

«Creo en Dios y en Italia, creo en la resurrección de los mártires y de los héroes, creo en el renacimiento de la patria y en la libertad del pueblo». Estas palabras fueron grabadas en la pared de una celda de tortura, en la calle Tasso, en Roma, durante la ocupación nazi. Son el testamento de una persona desconocida, que estuvo encarcelada en aquella celda, y demuestran que el espíritu humano sigue siendo libre incluso en las condiciones más duras. «Creo

en Dios y en Italia»: esta expresión me ha impresionado, además, porque en este año se celebra el 150° aniversario de la unidad de Italia, pero sobre todo porque afirma la primacía de la fe, de la que se obtiene la confianza y la esperanza para Italia y para su futuro. Lo que sucedió aquí el 24 de marzo de 1944 es una ofensa gravísima a Dios, porque se trata de la violencia deliberada del hombre contra el hombre. Es el efecto más execrable de la guerra, de toda guerra, mientras que Dios es vida, paz, comunión.

Al igual que mis predecesores, he venido aquí para orar y renovar la memoria. He venido a invocar la Misericordia divina, la única que puede llenar los vacíos, los abismos abiertos por los hombres cuando, arrastrados por la ciega violencia, reniegan de su dignidad de hijos de Dios y hermanos entre sí. Yo también, como Obispo de Roma, ciudad consagrada por la sangre de los mártires del Evangelio del amor, vengo a rendir homenaje a estos hermanos, asesinados a poca distancia de las antiguas catacumbas.

«Creo en Dios y en Italia». En ese testamento grabado en un lugar de violencia y de muerte, el vínculo entre la fe y el amor a la patria aparece en toda su pureza, sin retórica alguna. Quien escribió esas palabras lo hizo sólo por íntima convicción, como último testimonio de la verdad en que creía, que hace regio el espíritu humano incluso en la máxima humillación. Cada hom-

bre está llamado a realizar de este modo su propia dignidad: testimoniando esa verdad que reconoce con su propia conciencia.

Me ha impresionado otro testimonio, que se encontró precisamente aquí, en las Fosas Ardeatinas. Una hoja de papel en la que un caído escribió: «Dios mío, Padre grande, te rogamos que protejas a los judíos de las bárbaras persecuciones. Un padrenuestro, diez avemarías, un Gloria al Padre». En ese momento tan trágico, tan inhumano, en el corazón de esa persona surgió la invocación más elevada: «Dios mío, Padre grande». ¡Padre de todos! Como en los labios de Jesús poco antes de morir en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». En ese nombre, «Padre», está la garantía segura de la esperanza; la posibilidad de un futuro diferente, libre del odio y de la venganza, un futuro de libertad y de fraternidad para Roma, para Italia, para Europa, para el mundo. Sí, en todo lugar, en todo continente, sea cual sea el pueblo al que pertenezca, el hombre es hijo del Padre que está en los cielos, es hermano de todos en humanidad. Pero ser hijo y hermano no es algo que se puede dar por descontado. Lo demuestran, por desgracia, también las Fosas Ardeatinas. Hay que quererlo, hay que decir sí al bien y no al mal. Es necesario creer en el Dios del amor y de la vida, y rechazar cualquier otra falsa imagen divina, que traiciona su santo Nombre y traiciona, por consiguiente, al hombre, hecho a su imagen.



Por eso, en este lugar, memorial doloroso del mal más horrendo, la respuesta más verdadera es la de tomarse de la mano, como hermanos, y decir:

Padre nuestro, creemos en ti, y con la fuerza de tu amor queremos caminar juntos, en paz, en Roma, en Italia, en Europa, en todo el mundo. Amén.

## HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la statio y procesión penitencial desde la iglesia de San Anselmo a la basílica de Santa Sabina en el Aventino. Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza***

Basílica de Santa Sabina. Miércoles de Ceniza, 9 de marzo de 2011

*Queridos hermanos y hermanas:*

Comenzamos hoy el tiempo litúrgico de Cuaresma con el sugestivo rito de la imposición de la ceniza, a través del cual queremos asumir el compromiso de orientar nuestro corazón hacia el horizonte de la Gracia. Por lo general, en la opinión de la mayoría, este tiempo corre el peligro de evocar tristeza, el tono gris de la vida. En cambio, es un don precioso de Dios, es un tiempo fuerte y denso de significado en el camino de la Iglesia; es el itinerario hacia la Pascua del Señor. Las lecturas bíblicas de la celebración de hoy nos ofrecen indicaciones para vivir en plenitud esta experiencia espiritual.

«Convertíos a mí de todo corazón»

(*Jl* 2, 12). En la primera lectura, tomada del libro del profeta Joel, hemos escuchado estas palabras con las que Dios invita al pueblo judío a un arrepentimiento sincero, no ficticio. No se trata de una conversión superficial y transitoria, sino de un itinerario espiritual que concierne en profundidad a las actitudes de la conciencia, y supone un sincero propósito de enmienda. El profeta, con el fin de invitar a una penitencia interior, a rasgar el corazón, no las vestiduras (cf. 2, 13), se inspira en la plaga de la invasión de langostas que asoló al pueblo destruyendo los cultivos. Se trata, por tanto, de poner en práctica una actitud de auténtica conversión a Dios -volver a él-, reconociendo su santidad, su poder, su grandeza. Esta conversión es posible porque Dios es rico en misericordia y grande en el amor. Su misericordia es una misericordia regeneradora, que crea en nosotros un corazón puro, renueva por dentro con espíritu firme, devolviéndonos la alegría de la salvación (cf. *Sal* 50, 14). Como dice el profeta, Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. *Ez* 33, 11). El profeta Joel orde-



na, en nombre del Señor, que se cree un ambiente penitencial propicio: es necesario tocar la trompeta, convocar la asamblea, despertar las conciencias. El período cuaresmal nos propone este ámbito litúrgico y penitencial: un camino de cuarenta días en el que podemos experimentar de manera eficaz el amor misericordioso de Dios. Hoy resuena para nosotros la llamada: «Convertíos a mí de todo corazón». Hoy somos nosotros quienes recibimos la llamada a convertir nuestro corazón a Dios, siempre conscientes de que no podemos realizar nuestra conversión sólo con nuestras fuerzas, porque es Dios quien nos convierte. Él nos sigue ofreciendo su perdón, invitándonos a volver a él para darnos un corazón nuevo, purificado del mal que lo oprime, para hacernos partícipes de su gozo. Nuestro mundo necesita ser convertido por Dios, necesita su perdón, su amor; necesita un corazón nuevo.

«Dejaos reconciliar con Dios» (2 Co 5, 20). En la segunda lectura, san Pablo nos ofrece otro elemento del camino de la conversión. El Apóstol invita a desviar la mirada de él, y a dirigir la atención hacia quien lo envió y al contenido de su mensaje: «Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (ib.). Un enviado transmite lo que escuchó de labios de su Señor y habla con la autoridad y dentro de los límites que ha recibido. Quien

desempeña la función de enviado no debe atraer la atención sobre sí mismo, sino que debe ponerse al servicio del mensaje que debe transmitir y de quien lo envió. Así actúa san Pablo al desempeñar su ministerio de predicador de la Palabra de Dios y de Apóstol de Jesucristo. Él no se echa atrás ante la misión recibida, sino que la desempeña con entrega total, invitando a abrirse a la Gracia, a dejar que Dios nos convierta: «Como cooperadores suyos, -escribe- os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios» (2 Co 6, 1). «La llamada de Cristo a la conversión -nos dice el *Catecismo de la Iglesia católica*- sigue resonando en la vida de los cristianos. (...) Es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia que “recibe en su propio seno a los pecadores” y que, “santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación”. Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del “corazón contrito” (*Sal 51*, 19), atraído y movido por la gracia a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero» (n. 1428). San Pablo habla a los cristianos de Corinto, pero a través de ellos quiere dirigirse a todos los hombres. En efecto, todos tienen necesidad de la gracia de Dios, que ilumine la mente y el corazón. El Apóstol apremia: «Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación» (2 Co 6, 2). Todos pueden abrirse a la acción de Dios, a su amor; con nuestro testimonio evangélico, los cristia-

nos debemos ser un mensaje viviente, más aún, en muchas ocasiones somos el único Evangelio que los hombres de hoy todavía leen. He aquí nuestra responsabilidad siguiendo las huellas de san Pablo; he aquí un motivo más para vivir bien la Cuaresma: dar testimonio de fe vivida en un mundo en dificultad, que necesita volver a Dios, que necesita convertirse.

«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos» (Mt 6, 1). Jesús, en el Evangelio de hoy, hace una relectura de las tres obras de misericordia fundamentales previstas por la ley de Moisés. La limosna, la oración y el ayuno caracterizan al judío observante de la ley. Con el transcurso del tiempo, estas prescripciones cayeron en el formalismo exterior, o incluso se transformaron en un signo de superioridad. Jesús pone de relieve una tentación común en estas tres obras de misericordia. Cuando se realiza una obra buena, casi por instinto surge el deseo de ser estimados y admirados por la buena acción, es decir, se busca una satisfacción. Y esto, por una parte, nos encierra en nosotros mismos y, por otra, nos hace salir de nosotros mismos, porque vivimos proyectados hacia lo que los demás piensan de nosotros y admiran en nosotros. El Señor Jesús, al proponer de nuevo estas prescripciones, no pide un respeto formal a una ley ajena al hombre, impuesta como una pesada carga por un legislador severo, sino que invita a redescubrir estas tres obras de mi-

sericordia viviéndolas de manera más profunda, no por amor propio, sino por amor a Dios, como medios en el camino de conversión a él. Limosna, oración y ayuno: es el camino de la pedagogía divina que nos acompaña, no sólo durante la Cuaresma, hacia el encuentro con el Señor resucitado; un camino que hemos de recorrer sin ostentación, con la certeza de que el Padre celestial sabe leer y ver también en lo secreto de nuestro corazón.

Queridos hermanos y hermanas, comencemos confiados y gozosos el itinerario cuaresmal. Cuarenta días nos separan de la Pascua; este tiempo «fuerte» del Año litúrgico es un tiempo favorable que se nos ofrece para esperar, con mayor empeño, en nuestra conversión, para intensificar la escucha de la Palabra de Dios, la oración y la penitencia, abriendo el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina, para practicar con más generosidad la mortificación, gracias a la cual podamos salir con mayor liberalidad en ayuda del prójimo necesitado: un itinerario espiritual que nos prepara a revivir el Misterio pas-cual.

Que María, nuestra guía en el camino cuaresmal, nos lleve a un conocimiento cada vez más profundo de Cristo, muerto y resucitado; nos ayude en el combate espiritual contra el pecado; y nos sostenga al invocar con fuerza: «*Converte nos, Deus, salutaris noster*», «*Conviértenos a ti, oh Dios, nuestra salvación*». Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
durante la Santa Misa y Rito de  
Dedicación de la nueva parroquia  
romana de San Corbiniano***

Domingo, 20 de marzo de 2011

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra mucho estar entre vosotros para celebrar un acontecimiento tan significativo como es la dedicación a Dios y al servicio de la comunidad de esta iglesia en honor de san Corbiniano. La Providencia ha querido que este encuentro tenga lugar el segundo domingo de Cuaresma, que se caracteriza por el Evangelio de la Transfiguración de Jesús. Por eso, hoy se unen dos elementos, ambos muy importantes: por una parte, el misterio de la Transfiguración y, por otra, el del templo, es decir, de la casa de Dios en medio de vuestras casas. Las lecturas bíblicas que hemos escuchado han sido elegidas para iluminar estos dos aspectos.

La Transfiguración. El evangelista Mateo nos ha narrado lo que aconteció cuando Jesús subió a un monte alto llevando consigo a tres de sus discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Mientras estaban en lo alto del monte, ellos solos, el rostro de Jesús se volvió resplandeciente, al igual que sus vestidos. Es lo que llamamos «Transfiguración»: un misterio luminoso, confortante. ¿Cuál es su significado? La Transfiguración es una revelación de la persona de Jesús, de su realidad profunda. De hecho, los

testigos oculares de ese acontecimiento, es decir, los tres Apóstoles, quedaron cubiertos por una nube, también ella luminosa -que en la Biblia anuncia siempre la presencia de Dios- y oyeron una voz que decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo» (Mt 17, 5). Con este acontecimiento los discípulos se preparan para el misterio pascual de Jesús: para superar la terrible prueba de la pasión y también para comprender bien el hecho luminoso de la resurrección.

El relato habla también de Moisés y Elías, que se aparecieron y conversaban con Jesús. Efectivamente, este episodio guarda relación con otras dos revelaciones divinas. Moisés había subido al monte Sinaí, y allí había tenido la revelación de Dios. Había pedido ver su gloria, pero Dios le había respondido que no lo vería cara a cara, sino sólo de espaldas (cf. Ex 33, 18-23). De modo análogo, también Elías tuvo una revelación de Dios en el monte: una manifestación más íntima, no con una tempestad, ni con un terremoto o con el fuego, sino con una brisa ligera (cf. 1 R 19, 11-13). A diferencia de estos dos episodios, en la Transfiguración no es Jesús quien tiene la revelación de Dios, sino que es precisamente en él en quien Dios se revela y quien revela su rostro a los Apóstoles. Así pues, quien quiera conocer a Dios, debe contemplar el rostro de Jesús, su rostro transfigurado: Jesús es la perfecta revelación de la santidad y de la misericordia del

Padre. Además, recordemos que en el monte Sinaí Moisés tuvo también la revelación de la voluntad de Dios: los diez Mandamientos. E igualmente en el monte Elías recibió de Dios la revelación divina de una misión por realizar. Jesús, en cambio, no recibe la revelación de lo que deberá realizar: ya lo conoce. Más bien son los Apóstoles quienes oyen, en la nube, la voz de Dios que ordena: «Escuchadlo». La voluntad de Dios se revela plenamente en la persona de Jesús. Quien quiera vivir según la voluntad de Dios, debe seguir a Jesús, escucharlo, acoger sus palabras y, con la ayuda del Espíritu Santo, profundizarlas. Esta es la primera invitación que deseo hacerlos, queridos amigos, con gran afecto: creced en el conocimiento y en el amor a Cristo, como individuos y como comunidad parroquial; encontradlo en la Eucaristía, en la escucha de su Palabra, en la oración, en la caridad.

El segundo punto es la Iglesia, como edificio y, sobre todo, como comunidad. Ahora bien, antes de reflexionar sobre la dedicación de vuestra iglesia, quiero decirles que hay un motivo particular que aumenta mi alegría de encontrarme hoy con vosotros. De hecho, san Corbiniano es el fundador de la diócesis de Freising, en Baviera, de la que fui obispo durante cuatro años. En mi escudo episcopal quise incluir un elemento íntimamente vinculado a la historia de este santo: el oso. Un oso -así se narra- devoró el caballo de Corbiniano,

quien se dirigía a Roma. Él se lo reprochó duramente, logró amansarlo y le cargó sobre el lomo su equipaje, que hasta ese momento había llevado el caballo. El oso transportó esa carga hasta Roma y sólo aquí el santo lo dejó libre de irse.

Tal vez aquí debo decir dos palabras sobre la vida de san Corbiniano. San Corbiniano era francés, sacerdote de la zona de París, y había fundado un monasterio en las inmediaciones de París. Era muy apreciado como consejero espiritual, pero más bien buscaba la contemplación; por eso vino a Roma para fundar aquí un monasterio cerca de las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo. Con todo, el Papa Gregorio II -estamos alrededor del año 720- apreciaba sus cualidades, había comprendido sus cualidades, y lo ordenó obispo, encargándole que fuera a Baviera para anunciar el Evangelio en esa tierra. Baviera: el Papa pensaba en el país situado entre el Danubio y los Alpes, que durante quinientos años había sido la provincia romana de la Raetia; sólo a finales del siglo v la población latina había regresado en gran parte a Italia. Allí habían quedado pocos, la gente sencilla; la tierra estaba poco habitada y había entrado allí un pueblo nuevo, el pueblo bávaro, que había encontrado una herencia cristiana porque el país había sido cristianizado durante la época romana. La gente bávara había comprendido inmediatamente que esta era la verdadera religión y

quería hacerse cristiana, pero faltaba gente culta, faltaban sacerdotes para anunciar el Evangelio. Así el cristianismo había permanecido muy fragmentario, incipiente. El Papa conocía esta situación, conocía la sed de fe que había en aquel país; por eso encargó a san Corbiniano que se dirigiera allí para anunciar el Evangelio. Y en Freising, en la ciudad del duque, en una colina, el santo creó la catedral -ya había encontrado un santuario de la Virgen-, y allí permaneció durante más de mil años la sede del obispo. Sólo después del tiempo napoleónico se trasladó treinta kilómetros más al sur, a Munich. Aún se llama diócesis de Munich y Freising, y la majestuosa catedral románica de Freising sigue siendo el corazón de la diócesis. Así vemos cómo los santos promueven la unidad y la universalidad de la Iglesia. La universalidad: san Corbiniano une Francia, Alemania y Roma. La unidad: san Corbiniano nos dice que la Iglesia está fundada sobre Pedro y nos garantiza también la perennidad de la Iglesia construida sobre roca, que hace mil años era la misma Iglesia de hoy, porque el Señor es siempre el mismo. Él es siempre la Verdad, siempre antigua y siempre nueva, actualísima, presente, y es la clave para el futuro.

Ahora quiero dar las gracias a quienes han contribuido a construir esta iglesia. Conozco el gran empeño de la diócesis de Roma por asegurar a cada barrio complejos parroquiales adecuados. Saludo y doy las gracias

al cardenal vicario, al obispo auxiliar del sector y al obispo secretario de la Obra romana para la conservación de la fe y la provisión de nuevas iglesias. Saludo sobre todo a mis dos sucesores. Saludo al cardenal Wetter, de quien partió la iniciativa de dedicar una iglesia parroquial a san Corbiniano y quien ha dado un gran apoyo para la realización del proyecto. Gracias, eminencia. Mil gracias. Me alegra que la iglesia se haya construido tan rápidamente. Saludo al cardenal Marx, actual arzobispo de Munich y Freising, que continúa con amor no sólo a san Corbiniano sino también a su iglesia en Roma. Mil gracias también a usted. Saludo asimismo a monseñor Clemens, de la diócesis de Paderborn y secretario del Consejo pontificio para los laicos. Saludo de modo particular al párroco, don Antonio Magnotta, a la vez que le agradezco las palabras que me ha dirigido. Gracias. Y naturalmente saludo también al vicario parroquial. A través de todos vosotros, aquí presentes, deseo enviar una palabra de afectuosa cercanía a los cerca de diez mil residentes en el territorio de la parroquia. Reunidos en torno a la Eucaristía, percibimos más fácilmente que la misión de cada comunidad cristiana es llevar a todos el mensaje del amor de Dios, dar a conocer a todos su rostro. Precisamente por eso es importante que la Eucaristía sea siempre el corazón de la vida de los fieles, como lo es hoy para vuestra parroquia, aunque no todos sus

miembros hayan podido participar en ella personalmente.

Vivimos hoy una jornada importante, que corona los esfuerzos, los trabajos, los sacrificios realizados, y el compromiso de la gente que reside aquí para constituirse como comunidad cristiana y madura, capaz de tener una iglesia ya consagrada definitivamente al culto de Dios. Me alegra que ya se haya alcanzado esa meta, y estoy seguro de que favorecerá las asambleas y el crecimiento de la familia de los creyentes en este territorio. La Iglesia quiere estar presente en todos los barrios donde la gente vive y trabaja, con el testimonio evangélico de cristianos coherentes y fieles, pero también con edificios que permitan reunirse para la oración y los sacramentos, para la formación cristiana y para entablar relaciones de amistad y fraternidad, haciendo crecer a los niños, a los jóvenes, a las familias y a los ancianos en el espíritu de comunidad que Cristo nos ha enseñando y que el mundo tanto necesita.

Como se ha realizado el edificio parroquial, así mi visita desea animaros a realizar cada vez mejor la Iglesia de piedras vivas que sois vosotros. Lo hemos escuchado en la segunda lectura: «Vosotros sois campo de Dios, edificio de Dios», escribe san Pablo a los Corintios (1 Co 3, 9) y a nosotros; y los exhorta a construir sobre el único cimiento verdadero, que es Jesucristo (3, 11). Por eso, también yo

os exhorto a hacer de vuestra nueva iglesia el lugar en donde se aprende a escuchar la Palabra de Dios, la «escuela» permanente de vida cristiana de la que parte toda actividad de esta parroquia joven y comprometida. Sobre este aspecto es iluminador el texto del libro de Nehemías que se nos ha propuesto en la primera lectura. En él se ve bien que Israel es el pueblo convocado para escuchar la Palabra de Dios, escrita en el libro de la Ley. Los ministros leen solemnemente este libro y lo explican al pueblo, que está de pie, alza las manos al cielo y luego se arrodilla y se postra rostro en tierra, como signo de adoración. Es una verdadera liturgia, animada por la fe en Dios que habla, por el arrepentimiento de la propia infidelidad a la Ley del Señor, pero sobre todo por la alegría de que la proclamación de su Palabra es signo de que él no ha abandonado a su pueblo, que está cerca de él. También vosotros, queridos hermanos y hermanas, al reunirnos para escuchar la Palabra de Dios con fe y perseverancia, os convertís, de domingo en domingo, en Iglesia de Dios, formados y modelados interiormente por su Palabra. ¡Qué gran don es este! Estad siempre agradecidos por él.

Vuestra comunidad es joven; está constituida en gran parte por parejas que llevan poco tiempo casadas y que vienen a vivir al barrio; son numerosos los niños y los muchachos. Conozco el empeño y la atención que



se dedican a la familia y al acompañamiento de los matrimonios jóvenes: sabed poner en práctica una pastoral familiar caracterizada por la acogida abierta y cordial de los nuevos núcleos familiares, que favorezca el conocimiento mutuo, de forma que la comunidad parroquial sea cada vez más una «familia de familias», capaz de compartir con ellas tanto las alegrías como las inevitables dificultades de los comienzos. Sé también que varios grupos de fieles se reúnen para orar, formarse en la escuela del Evangelio, participar en los sacramentos y vivir esa dimensión esencial para la vida cristiana que es la caridad. Pienso en quienes con la Cáritas parroquial se esfuerzan por salir al encuentro de las numerosas exigencias del territorio, respondiendo especialmente a las expectativas de los más pobres y necesitados.

Me alegra lo que hacéis en la preparación de los muchachos y de los jóvenes para los sacramentos de la vida cristiana, y os exhorto a interesaros cada vez más también por sus padres, especialmente por los que tienen niños pequeños. La parroquia ha de esforzarse por proponerles también a ellos, en horarios y de modos convenientes, encuentros de oración y de formación, sobre todo para los padres de los niños que deben recibir el Bautismo y los demás sacramentos de la iniciación cristiana. También prestad una atención particular a las familias que atraviesan dificultades o

que se encuentran en una situación precaria o irregular. No las dejéis solas; más bien estad cerca de ellas con amor, ayudándolas a comprender el auténtico plan de Dios sobre el matrimonio y la familia. El Papa quiere dirigir en particular unas palabras de afecto y de amistad también a vosotros, queridos muchachos y jóvenes que me escucháis, y a vuestros coetáneos que viven en esta parroquia. El presente y el futuro de la comunidad eclesial y civil dependen especialmente de vosotros. La Iglesia espera mucho de vuestro entusiasmo, de vuestra capacidad de mirar hacia adelante y de vuestro deseo de radicalidad en las opciones de la vida.

Queridos amigos de san Corbiano, el Señor Jesús, que llevó a los Apóstoles al monte a orar y les manifestó su gloria, hoy nos ha invitado a nosotros a esta nueva iglesia: aquí podemos escucharlo, aquí podemos reconocer su presencia al partir el Pan eucarístico, y de este modo llegar a ser Iglesia viva, templo del Espíritu Santo, signo del amor de Dios en el mundo. Volved a vuestras casas con el corazón lleno de gratitud y de alegría, porque formáis parte de este gran edificio espiritual que es la Iglesia. A la Virgen María encomendamos nuestro camino cuaresmal, así como el de la toda la Iglesia. Que la Virgen, que siguió a su Hijo Jesús hasta la cruz, nos ayude a ser discípulos fieles de Cristo, para poder participar juntamente con ella en la alegría de la Pascua. Amén.

## MENSAJES

***Videomensaje del Papa, Benedicto XVI, a la velada conclusiva del “Atrio de los gentiles” organizada en París por el Consejo Pontificio de la Cultura***

Viernes 25 de marzo de 2011

*Queridos jóvenes, queridos amigos:*

Sé que os habéis reunido en gran número en el atrio de Notre-Dame de París, siguiendo la invitación del cardenal André Vingt-Trois, Arzobispo de París, y del cardenal Gianfranco Ravasi, Presidente del Pontificio Consejo de la Cultura. Os saludo a todos, sin olvidar a los hermanos y amigos de la Comunidad de Taizé. Doy las gracias al Pontificio Consejo por haber acogido y dado curso a mi invitación de abrir en la Iglesia “atrios de los gentiles”, una imagen que evoca el espacio abierto en la amplia explanada junto al Templo de Jerusalén, que permitía a todos los que no compartían la fe de Israel acercarse al Templo e interrogarse sobre la religión. En aquel lugar podían encontrarse con los escribas, hablar de la fe e incluso rezar al Dios desconocido. Y si, en aquella época, el atrio era al mismo tiempo un lugar de exclusión, ya que los “gentiles” no tenían derecho a entrar en el espacio sagrado, Cristo Jesús vino para “derribar el muro que separaba” a judíos y gentiles. “Reconcilió con Dios a los dos pueblos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, al odio. Vino y

trajo la noticia de la paz...”, como San Pablo nos dice (cf. *Ef* 2, 14-17).

En el corazón de la Ciudad de las Luces, frente a esta magnífica obra maestra de la cultura religiosa francesa, Notre-Dame de París, se abre un gran atrio para dar un nuevo impulso al encuentro respetuoso y amistoso entre personas de convicciones diferentes. Vosotros jóvenes, creyentes y no creyentes, igual que en la vida cotidiana, esta noche queréis estar juntos para reuniros y hablar de los grandes interrogantes de la existencia humana. Hoy en día, muchos reconocen que no pertenecen a ninguna religión, pero desean un mundo nuevo y más libre, más justo y más solidario, más pacífico y más feliz. Al dirigirme a vosotros, tengo en cuenta todo lo que tenéis que decir: los no creyentes queréis interpelar a los creyentes, exigiéndoles, en particular, el testimonio de una vida que sea coherente con lo que profesan y rechazando cualquier desviación de la religión que la haga inhumana. Los creyentes queréis decir a vuestros amigos que este tesoro que lleváis dentro merece ser compartido, merece una pregunta, merece que se reflexione sobre él. La cuestión de Dios no es un peligro para la sociedad, no pone en peligro la vida humana. La cuestión de Dios no debe estar ausente de los grandes interrogantes de nuestro tiempo.

Queridos amigos, tenéis que construir puentes entre vosotros. Aprove-



chad la oportunidad que se os presenta para descubrir en lo más profundo de vuestras conciencias, a través de una reflexión sólida y razonada, los caminos de un diálogo precursor y profundo. Tenéis mucho que deciros unos a otros. No cerréis vuestras conciencias a los retos y problemas que tenéis ante vosotros.

Estoy profundamente convencido de que el encuentro entre la realidad de la fe y de la razón permite que el ser humano se encuentre a sí mismo. Pero muy a menudo la razón se dobla a la presión de los intereses y a la atracción de lo útil, obligada a reconocer esto como criterio último. La búsqueda de la verdad no es fácil. Y si cada uno está llamado a decidirse con valentía por la verdad es porque no hay atajos hacia la felicidad y la belleza de una vida plena. Jesús lo dice en el Evangelio: *“La verdad os hará libres”*.

Queridos jóvenes, es tarea vuestra lograr que en vuestros países y en Europa creyentes y no creyentes reencuentren el camino del diálogo. Las religiones no pueden tener miedo de una laicidad justa, de una laicidad abierta que permita a cada uno y a cada una vivir lo que cree, de acuerdo con su conciencia. Si se trata de construir un mundo de libertad, igualdad y fraternidad, creyentes y no creyentes tienen que sentirse libres de serlo, iguales en sus derechos de vivir su vida personal y comunitaria con fidelidad a sus convicciones, y tienen que ser hermanos entre sí. Un motivo fundamental

de este atrio de los Gentiles es promover esta fraternidad más allá de las convicciones, pero sin negar las diferencias. Y, más profundamente aún, reconociendo que sólo Dios, en Cristo, libera interiormente y nos permite reencontrarnos en la verdad como hermanos.

La primera actitud que hay que tener o las acciones que podéis realizar conjuntamente es respetar, ayudar y amar a todo ser humano, porque es criatura de Dios y en cierto modo el camino que conduce a Él. Continuando lo que estáis viviendo esta noche, contribuid a derribar los muros del miedo al otro, al extranjero, al que no se os parece, miedo que nace a menudo del desconocimiento mutuo, del escepticismo o de la indiferencia. Procurad estrechar lazos con todos los jóvenes sin distinción alguna, es decir, sin olvidar a los que viven en la pobreza o en la soledad, a los que sufren por culpa del paro, padecen una enfermedad o se sienten al margen de la sociedad.

Queridos jóvenes, no es sólo vuestra experiencia de vida lo que podéis compartir, también vuestro modo de orar. Creyentes y no creyentes, presentes en este atrio del Desconocido, estáis invitados a entrar también en el espacio sagrado, a franquear el magnífico pórtico de Notre-Dame y entrar en la catedral para hacer un rato de oración. Esta oración será para algunos de vosotros una oración a un Dios conocido por la fe, pero también puede ser para otros una oración al Dios Desconocido. Queri-

dos jóvenes no creyentes, uniéndolos a aquellos que en Notre-Dame están rezando, en este día de la Anunciación del Señor, abrid vuestros corazones a los textos sagrados, dejaos interpelar por la belleza de los cantos, y si realmente lo deseáis, dejad que los sentimientos que hay dentro de vosotros se eleven hacia el Dios Desconocido.

Me alegro de haber podido dirigirme a vosotros esta noche en esta inauguración del atrio de los Gentiles. Espero que respondáis también a otras convocatorias que os propongo, especialmente a la Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará este verano en Madrid. El Dios que los creyentes aprenden a conocer os invita a descubrirlo y vivir con Él cada vez más. ¡No tengáis miedo! Caminando juntos hacia un mundo nuevo, buscad al Absoluto y buscad a Dios, incluso vosotros para quien Dios es el Dios Desconocido. Y que Aquel que ama a todos y a cada uno de vosotros os bendiga y os guarde. Él cuenta con vosotros para cuidar de los demás y del futuro. También vosotros podéis contar con Él.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
con ocasión del encuentro de obispos  
responsables de las Comisiones  
Episcopales de Familia y Vida de  
América Latina y el Caribe***

*Al venerado hermano, Cardenal Ennio Antonelli, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia*

Me complace saludar cordialmente a Vuestra Eminencia, así como a los demás señores cardenales, obispos y sacerdotes que participan en el encuentro de responsables de las Comisiones Episcopales de Familia y Vida de América Latina y el Caribe, que tiene lugar en Bogotá.

Como ha reiterado la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, la familia es el valor más querido por los pueblos de esas nobles tierras. Por este motivo, la pastoral familiar tiene un puesto destacado en la acción evangelizadora de cada una de las distintas Iglesias particulares, promoviendo la cultura de la vida y trabajando para que los derechos de las familias sean reconocidos y respetados.

Se constata con dolor, sin embargo, cómo los hogares sufren cada vez más situaciones adversas provocadas por los rápidos cambios culturales, por la inestabilidad social, por los flujos migratorios, por la pobreza, por programas de educación que banalizan la sexualidad y por falsas ideologías. No podemos quedar indiferentes ante estos retos. En el Evangelio encontramos luz para responder a ellos sin desanimarnos. Cristo con su gracia nos impulsa a trabajar con diligencia y entusiasmo para acompañar a cada uno de los miembros de las familias en el descubrimiento del proyecto de amor que Dios tiene sobre la persona humana. Ningún esfuerzo, por tanto, será inútil para fomentar

cuanto contribuya a que cada familia, fundada en la unión indisoluble entre un hombre y una mujer, lleve a cabo su misión de ser célula viva de la sociedad, semillero de virtudes, escuela de convivencia constructiva y pacífica, instrumento de concordia y ámbito privilegiado en el que, de forma gozosa y responsable, la vida humana sea acogida y protegida, desde su inicio hasta su fin natural. Vale la pena también continuar animando a los padres en su derecho y obligación fundamental de educar a las nuevas generaciones en la fe y en los valores que dignifican la existencia humana.

No dudo que la misión continental promovida en Aparecida, y que tantas esperanzas está despertando por doquier, sirva para avivar en los amados países latinoamericanos y del Caribe la pastoral matrimonial y familiar. La Iglesia cuenta con los hogares cristianos, llamándolos a ser un verdadero sujeto de evangelización y de apostolado e invitándolos a tomar conciencia de su valiosa misión en el mundo.

Aliento, pues, a todos los participantes en esta significativa reunión a desarrollar en sus reflexiones las grandes líneas pastorales marcadas por los episcopados congregados en Aparecida, favoreciendo así que la familia pueda

vivir un profundo encuentro con Cristo a través de la escucha de su Palabra, la oración, la vida sacramental y el ejercicio de la caridad. De este modo, se le ayudará a poner en práctica una sólida espiritualidad que propicie en todos sus miembros una decidida aspiración a la santidad, sin miedo a mostrar la belleza de los altos ideales y las exigencias éticas y morales de la vida en Cristo. Para promover esto, es necesario incrementar la formación de todos aquellos que, de una u otra forma, se dedican a la evangelización de las familias. Así mismo, es importante trazar caminos de colaboración con todos los hombres y mujeres de buena voluntad para seguir tutelando intensamente la vida humana, el matrimonio y la familia en toda la región.

Concluyo expresando mi afecto y solidaridad a todas las familias de América Latina y el Caribe, en particular a aquellas que se hallan en situaciones de dificultad. A la vez que encomiendo a la poderosa protección de la Santísima Virgen María los frutos de esta loable iniciativa, les imparto de corazón la implorada Bendición Apostólica, que extendiendo complacido a cuantos están comprometidos en la evangelización y promoción del bien de las familias.

Vaticano, 28 de marzo de 2011

## SANTA SEDE

### **Intervención de Mons. Silvano M. Tomasi, Observador permanente de la Santa Sede ante la Oficina de las Naciones Unidas, en el XVI Periodo de Sesiones del Consejo de Derechos Humanos sobre la Libertad Religiosa. Ginebra, 2 de marzo de 2011**

Señor presidente,

1. En el centro de los derechos humanos fundamentales está la libertad de religión, conciencia y creencias: afecta a la identidad personal y a las decisiones básicas, y hace posible el goce de otros derechos humanos. Tal y como reconoce la *Declaración de la ONU sobre la eliminación de la Discriminación Religiosa*, la dimensión espiritual de la vida es una parte vital de la existencia humana [1]. Pero una creciente proliferación de episodios de discriminación y de actos de violencia contra personas y comunidades de fe y lugares de culto en muchas regiones geográficas diferentes del mundo deniega en la práctica el principio proclamado en la ley. La lucha religiosa es un peligro para el desarrollo social, político y económico. El conflicto religioso polariza a la sociedad, rompiendo los vínculos necesarios para que florezcan la vida social y el comercio. Y siembra semillas de desconfianza y amargura que podrán superarse sólo en generaciones. A menudo la impunidad y la negligencia de los medios de comunicación siguen a estas tragedias. Un reciente informe muestra que por cada 100 personas asesinadas a causa del odio religioso, 75 son cristianas [2]. Tal concentración de discriminación religiosa debería preocuparnos a todos nosotros. Pero el propósito de la Santa Sede

en esta intervención es el de reafirmar la importancia del derecho a la libertad de religión para todas las personas, para todas las comunidades de creyentes, y para toda sociedad, en todo lugar del mundo.

2. El Estado tiene el deber de defender el derecho a la libertad religiosa y tiene la responsabilidad de crear un ambiente en el que este derecho pueda ser disfrutado. Como se afirma en la Declaración sobre la Discriminación Religiosa y en otros lugares, el Estado tiene que realizar muchos deberes en el funcionamiento diario de la sociedad. Por ejemplo, el Estado no debe practicar la discriminación religiosa – en sus leyes, en sus políticas, o permitiendo de facto la discriminación por parte de empleados públicos. Debe promover la tolerancia religiosa y la comprensión en la sociedad, un objetivo que puede lograrse si los sistemas educativos enseñan a respetar a todos y los sistemas judiciales son imparciales en la implementación de las leyes y rechazan la presión política dirigida a asegurar impunidad a quienes perpetran crímenes contra los derechos humanos contra los seguidores de una religión particular. El Estado debería apoyar todas las iniciativas dirigidas a promover el diálogo y el respeto mutuo entre las comunidades religiosas. Debería reforzar las leyes y luchar contra la discriminación religiosa

– vigorosamente y sin selectividades. El Estado debe proporcionar seguridad psicológica a las comunidades religiosas que son atacadas. Debe animar a la mayoría de la población a permitir a las minorías religiosas practicar su fe individualmente y en comunidad sin amenazas ni obstáculos. El Estado debe tener leyes que hagan a los empleadores hacer “ajustes razonables” ante la religión del empleado.

3. La libertad de religión es un valor para la sociedad en su conjunto. El Estado que protege este derecho permite a la sociedad beneficiarse de las consecuencias sociales que vienen de ello: coexistencia pacífica, integración nacional en las situaciones pluralistas de hoy, mayor creatividad dado que los talentos de todos se ponen al servicio del bien común. Por otro lado, la negación de la libertad religiosa obstaculiza cualquier aspiración democrática, favorece la opresión, y ahoga a toda la sociedad, que de vez en cuando explota con trágicos resultados. Desde esta perspectiva también, está claro que la libertad de religión y de convicciones está unida intrínsecamente a la libertad de opinión, expresión y asamblea. Junto a ello, un clima de libertad religiosa real se convierte en la medicina para prevenir la manipulación de la religión con propósitos políticos de conquista del poder o de mantenimiento del mismo, así como la opresión de los disidentes y de las comunidades y minorías religiosas diferentes. De hecho, la discriminación y las luchas religiosas raramente, si las hay, no son solamente el producto de la diferencia de opiniones y prácticas reli-

giosas. Bajo la superficie hay problemas sociales y políticos.

4. Para recoger los beneficios sociales de la libertad religiosa es necesario elaborar medidas específicas que permitan florecer el ejercicio práctico de este derecho. Señor presidente, quisiera resaltar algunas medidas a nivel de la ONU. El Relator Especial sobre libertad religiosa debería ser invitado con regularidad a incluir información sobre la persecución de grupos religiosos. Sería de ayuda si el Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la Oficina de las Naciones Unidas siguiese los casos de restricciones gubernamentales o sociales contra la libertad religiosa y la trasladase anualmente al Consejo de los Derechos Humanos. El artículo 20 de la *Declaración de Derechos Civiles y Políticos* [3], referido a la apología del odio religioso que incite a la discriminación religiosa, plantea importantes cuestiones, tales como la relación entre los diversos derechos y sobre las mejores formas de lograr objetivos legítimos. Leyes como la de la blasfemia son un ejemplo de ello. Los grupos de trabajo encargados de estudiar el art. 20 y de proponer buenas prácticas, constituyen un paso en la dirección correcta.

5. Concluyo, señor presidente, llamando la atención sobre tres percepciones falsas que rodean a la libertad de religión y creencias. En primer lugar, el derecho a expresar y practicar la propia religión no se limita a los actos de culto. También incluye el derecho a expresar la fe a través de actos de servicio caritativo y social. Por ejemplo, prestar servicios sanitarios y educativos a través

de las instituciones religiosas son importantes formas para las personas de vivir su fe. [4]. Segundo, las comunidades de creyentes tienen sus propias normas para cualificar a alguien para un cargo religioso, y para servir en las instituciones religiosas, incluidos los servicios de caridad. Estas instituciones religiosas son parte de la sociedad civil, y no de los poderes del Estado. En consecuencia, los límites que la ley internacional plantea a los Estados con respecto a las cualificaciones para los funcionarios y los servicios públicos no se aplican automáticamente a los actores no estatales. Según se reconoce en la Declaración sobre la discriminación religiosa, la libertad religiosa implica el derecho de una comunidad religiosa de establecer sus propias normativas [5]. La tolerancia religiosa incluye el respeto a las diferencias de opinión en estos asuntos, y el respeto de la diferencia entre el Estado y la institución religiosa. Y finalmente, existe el temor de que respetar la libertad de elegir y practicar

otra religión, diferente de la propia, se basa en la premisa de que toda verdad es relativa y que la propia religión no válida de modo absoluto. Esto es un malentendido. El derecho de adoptar, y de cambiar, una religión se basa en el respeto de la dignidad humana: el Estado debe permitir a toda persona buscar libremente la verdad.

6. Señor presidente, el Estado tiene la obligación legal y ética de apoyar y hacer aplicable el derecho a la libertad de religión o convicción porque es un derecho fundamental y porque es su deber defender los derechos de los ciudadanos y buscar el bienestar de la sociedad. Como afirmó Su Santidad el Papa Benedicto XVI al dirigirse al Cuerpo Diplomático, la libertad religiosa “es el camino fundamental a la paz. La paz se construye y preserva sólo cuando los seres humanos pueden libremente buscar a Dios en sus corazones y en sus relaciones con los demás” [6].

## NOTAS:

- 1 Declaración sobre la Eliminación de Todas las Formas de Intolerancia y de Discriminación basadas en la Religión o en las Creencias, Resolución 36/55 de la Asamblea General (1981); e.g., cuarto párrafo del preámbulo.
- 2 Cfr., Ayuda a la Iglesia Necesitada, La Libertad religiosa en el Mundo – Informe 2010; Conferencia sobre la persecución de los cristianos organizada por el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, grupos de europarlamentarios del Partido Popular Europeo, del Partido Conservador y del Grupo Reformista el 10 de octubre de 2011
- 3 Artículo 20 : “1.Toda propaganda en favor de la guerra estará prohibida por la ley. 2. Toda apología del odio nacional, racial o religioso que constituya incitación a la discriminación, la hostilidad o la violencia será prohibida por la ley”.
- 4 Ver, por ejemplo, el artículo 6(b), Declaración sobre la Eliminación de toda forma de Intolerancia y de Discriminación basada en la Religión o en las Creencias.
- 5 Artículo 6(g), Declaración sobre la Eliminación de toda forma de Intolerancia y de Discriminación basada en la Religión o en las Creencias.
- 6 Benedicto XVI. Discurso a los Miembros del Cuerpo Diplomático, 10 de enero de 2011.



# CRÓNICA DIOCESANA

---





## CRÓNICA DIOCESANA

### MARZO

---

- Día 1: Fiesta de San Rosendo, en Celanova.
- Día 11: Funeral de D. Emilio R. Crespo Fernández, ex-párroco de S. Vicente de Reádegos, en la parroquia de Castro Dozón.
- Día 17: Celebración Eucarística en Inglés, en la Iglesia de Santa María Madre, con motivo del día de S. Patricio y organizada por alumnos de la Escuela Oficial de Idiomas.  
Comienzo de la Novena en Honor de Santa María Madre, copatrona de la Diócesis, organizada por la Cofradía de Santa María Madre, en la Iglesia de su mismo nombre.
- Día 18: Vigilia de Oración por las vocaciones sacerdotales, organizada por el Seminario Mayor y la Delegación de Vocaciones, en la Iglesia de los PP. Franciscanos.
- Día 24: Organizado por el colegio “Divina Pastora” de la HH. Franciscanas de la Divina Pastora, 7º festival solidario “Ladesol”.







DIÓCESIS  
DE OURENSE

---